



VIRGINIA CHEDRESE

# ALGUIEN EN LA CIUDAD

# Alguien en la ciudad

*Virginia Chedrese*

Chedrese, Mercedes Virginia

Alguien en la ciudad / Mercedes Virginia Chedrese. - 1a ed. - La Plata : Mercedes Virginia Chedrese, 2025.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-631-01-1642-6

1. Vida Urbana. I. Título.

CDD A860

Diseño de tapa y edición fotográfica: Emilio Laquidara.

Edición de contenido: Javier Laquidara.

Todos los derechos reservados.

© 2025, Mercedes Virginia Chedrese.

Publicado bajo el segundo nombre y apellido como Virginia Chedrese.

Foto original de tapa: Caroline Cagnin – Pexels.

ISBN 978-631-01-1642-6

Hecho el depósito que indica la ley 11.723.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Una ciudad se construye con pedazos de historias  
en las que alguien,  
desde su sitio de fulgor o de sombra,  
enhebra la trama que sostiene  
nuestra fugaz existencia dentro de la eternidad.*

## En estas páginas

*Un barrio de La Plata, como cualquier otro, despierta y echa a rodar un nuevo día junto a la maquinaria imparable de la ciudad.*

*La calle se despereza dejando escuchar los primeros saludos en la vereda, sumándose al latir inconfundible de una mañana de trabajo.*

*Mario abre su negocio y al mismo tiempo desempolva su baúl de recuerdos.*

*Familia, amigos, clientes, fútbol, alegrías y preocupaciones llenan la vida de este hombre sencillo, que fue creciendo al ritmo de una ciudad capital de provincia, erudita y pueblerina, cosmopolita y localista.*

*Personajes famosos y desconocidos se cruzan y superponen en planos de tiempo y espacio sobre un mismo punto cardinal.*

## I.

La mañana fresca y celeste de fines de marzo baña las paredes de la cuadra con sus primeros rayos tibios de sol otoñal.

Los tilos, que en los últimos meses han regalado hasta la última gota de su néctar embriagador y decenas de siestas de sombra fresca, no pueden disimular ahora el borde cobrizo que visten sus hojas, que con el verdor último comienzan a despedirse antes de que un viento arrasador las desplome a montones sobre veredas y empedrados.

La calzada de adoquines donde todavía brillan los rieles centenarios del tranvía que supo estremecerla, suena como una lluvia repentina cada vez que los neumáticos de algún camión de reparto temprano roza su frente gris de granito.

Dentro del local de mitad de cuadra, Mario empuña como todos los días a esta hora las antiguas cadenas que permiten abrir y cerrar las persianas metálicas de su negocio. El clásico repicar de los eslabones sobre la rueda engrasada, anuncia al vecindario que son las ocho y media.

Muchos ya han partido hacia la escuela o el trabajo. Algunos suertudos remolonean aún en la cama que cuesta abandonar, ahora que las sábanas ya no se pegan al cuerpo como en los tórridos días de verano y da gusto taparse de nuevo hasta la nariz, hacerse un ovillo sobre sí mismo y retrasar el momento de encarar la jornada.

El hombre abre de par en par las puertas veteranas de chapa y vidrio enrejado y, moviendo la cabeza de derecha a izquierda como un radar, otea el panorama repetido de cada mañana: la verdulera de enfrente y en diagonal ya está desplumando lechugas marchitas, al tiempo que su esposo acomoda prolijamente y a cuarenta y cinco grados de la fachada los cajones de frutas que fue a buscar al mercado de madrugada. Mientras tanto Julio, el ferretero de la esquina, con su paciencia habitual, ordena la mercadería que exhibe habitualmente fuera del comercio y que con estoicismo envidiable pone y saca cuatro veces al día.

Mario saluda a unos y otros agitando su brazo mientras sonríe cortés a don Víctor que, tan metódico como el resto, lleva religiosamente a pasear a su pichicho, aunque a veces parezca ser al revés. Observa las baldosas todavía húmedas que

Charo, su mujer, ya se ha encargado de baldear puntualmente a las ocho, como todos los días, luego de preparar el desayuno de las chicas y de cebar los primeros mates amargos del día, que comparte infaltablemente con su compañero.

Un taxi se detiene junto a la vereda de enfrente. Una mujer con un nene de unos diez años baja del auto y descarga un par de bolsos y paquetes. De la mano del pibito flacucho cuelga un superhéroe no identificado. La que es probablemente su madre, se multiplica para llevar todo hasta la puerta del pasillo del 1527 1/2, donde hay varios departamentos en propiedad horizontal, y después de un instante se pierden en él. Mario se pregunta quiénes serán, pero sabe que muy pronto lo averiguará: todo el mundo, tarde o temprano, pasa por su mostrador.

Como último paso de su ritual matutino, se aleja hasta el cordón, gira sobre los talones y con orgullo da una mirada panorámica a la fachada de su negocio, empezando por el gran cartel fileteado: “Carnicería Don Antonio e hijos”.

-¡Buen día Mario! -lo saluda uno de sus clientes fieles a la pasada.

-Chau Portella, ¿cómo anda?

-Petrella, don Mario, Petrella -lo corrige el hombre, alejándose.

Finalmente, el carnicero entra a su negocio y se dispone a meter manos a la obra.

☆☆☆

Hoy es jueves, día de embutir chorizos. Mario debe procurar estoquear una buena cantidad para el fin de semana ya que para sus clientes el asadito del domingo, a pesar de las crisis eternas del bendito país, se sostiene hasta las últimas consecuencias. Es preferible no hacerle el service al auto antes que privarse de compartir esa tradición familiar argentina.

Mientras acomoda lo necesario en la mesa de madera del cuarto contiguo al salón de ventas, escucha que está llegando a las corridas su ayudante. Mentalmente trata de adivinar cuál será la excusa del día de la fecha: “me pasaron de largo dos micros”, “estaba cortado en Plaza Moreno y el tipo dio una vuelta infernal”, “me quedó sin batería el celu y no sonó la alarma”.

Ese es Franco Bruni, el pibe que lo asiste en el negocio. Es buen chico y muy trabajador, por eso Mario le perdona estas desprolijidades. Se esfuerza en aprender y con diecinueve años trabaja todo el día para llevar unos pesos a la casa humilde y de noche está terminando el secundario. ¿Cómo no lo va a bancar entonces?

El único defecto grave que tiene Franquito, según su patrón, es el de ser simpatizante fanático de Estudiantes. Y la bonhomía de Mario queda patentizada al tenerlo como empleado, ya que él es un acérrimo, incondicional y enfermizo hincha de Gimnasia y Esgrima, el Lobo platense.

Tan es así que le tiene prohibido al pibe atender a la clientela con la casaca del Pincha:

-Nene, ponete el guardapolvo y que no se te vea la camiseta porque se me abomba toda la cuadrada -le dice al chico.

El muchachito se ríe y le hace caso porque es tan bueno su patrón que no quiere contradecirlo. Lo más lindo es que el hombre está convencido de lo que dice, para él no es una teoría sin sentido. Basta con que alguna vez se le haya arruinado el corte de carne mientras había cerca cualquier objeto rojo y blanco, para que la asociación con la maldición del eterno rival le haya quedado fijada para siempre.

Mientras le pide a Franco que vigile si vienen clientes, Mario saca de la heladera la mezcla que preparó la noche anterior. Huele el aroma que brota de la bandeja y le da ganas de prender un fueguito para hacer unos choripanes a media mañana en el patio. Él fabrica los chorizos únicamente de puro cerdo porque son los más ricos y además tiene muy buena mano para condimentar, sin contar el litro de vino semillón de damajuana que le tira al menjunje y que le da el toque distintivo.

Acomoda la máquina embutidora sobre la mesa y va rellenando la tripa de cerdo con el preciado elemento, formando tiras del largo de la tabla, para finalmente bordar con destreza -y con hilo matambrero- los exquisitos bocados de uno en uno hasta formar ruedas de seis que esperarán hasta el día siguiente, colgadas en la heladera, potenciando toda su sazón.

Cuando el trabajo está terminado, limpia y ordena todo cuidadosamente. Es estricto con la pulcritud de su negocio. Sabe que de su cuidado depende la salud de su clientela y no transa con eso. Ahora sí, con la misión cumplida, se lava bien

las manos y mira el reloj. Ya debe de estar por llegar Charo del fondo con el mate, después de ordenar un poco la casa y dejar algo preparado para el almuerzo.



Como la mañana parece tranquila y hoy no es día de recibir mercadería, Mario se sienta ante su escritorio a revisar papeles. En un rincón del salón, con un panel divisorio que lo aleja apenas de las miradas de los clientes, está su búnker donde se acumulan facturas, listas de proveedores por pagar, impuestos varios y otras yerbas, bajo el viejo velador de lámpara fluorescente.

Desde tiempos de su padre fue él quien se encargó de la contabilidad, pero ahora la cosa lo desbordó. Con tantos requisitos nuevos y la cantidad de trámites que se resuelven con una computadora, debió sucumbir a los consejos de su mujer: contratar un contador. Él ya no está para estas aventuras. Charo le da una mano en la caja porque sabe manejar todos los aparatitos que hay ahora. Que el *posnet*, que el *contactless* y todas esas palabras gringas que él no maneja ni quiere aprender.

Lo que Mario siempre supo fue sacar las cuentas en el aire. Ya era una luz para los números desde chiquito. Tanto, que más de uno le ha desconfiado alguna vez:

-¿Algo más vecino?

-No Marito, es todo por hoy.

-A ver, son 250 de paleta a mil doscientos cincuenta -cuando la paleta estaba a ese precio de vaya saber qué moneda-, más 4 bifes, 640 gramos por mil tres veinte... serían mil ciento cincuenta y siete para redondear.

-¿Le cuento un secreto Mario?

-Uh don, no sé si decirle que sí...

-¿Sabe que mi hija no me creía que usted sacaba las cuentas así al voleo nomás? Así que un día me acompañó, memorizó las cifras y las revisó con la calculadora cuando llegamos a casa.

-¡Mirala vos, la muy ladina! ¿Y qué le dijo?

-No lo podía creer, dice que usted tiene que ir a uno de esos programas de televisión, ¡se haría millonario!

-Ja,ja, ¡mujer de poca fe su hija!, yo ya soy millonario de amores, no necesito nada más -responde Mario, divertido con la inocencia de su cliente.

Mientras se sonríe al recordar la anécdota, el carnicero da un pantallazo con su mirada a la vieja pared revestida de corlok, de un marrón vetusto y hace rato pasado de moda, que sobrevuela por dos lados el escritorio. Allí conviven, como en una galería, las imágenes que equivalen a un resumen gráfico de la vida de este hombre buenazo y solidario, puro corazón y querido por todos.

Unas más descoloridas que otras, las fotos y recortes se superponen adheridas con chinchas al revestimiento. Una imagen a dos páginas de la revista El Gráfico, plastificada, con el equipo campeón del Lobo en la Copa Centenario 1993, comparte escena con el almanaque de felpa roja del taller mecánico La Unión, de acá a la vuelta, marcando el corriente año 2019. Mario aprovecha para cambiar el día arrancando la última hoja del taco: Marzo 27 Miércoles. La da vuelta y lee, como cada mañana, la cita que figura en el anverso:

*Lo que pinta este pincel  
ni el tiempo lo ha de borrar;  
ninguno se ha de animar  
a corregirme la plana;  
no pinta quien tiene gana  
sino quien sabe pintar. Martín Fierro.*

Continuando con el recorrido visual, Mario se emociona como de costumbre al ver el retrato de su vieja, sentadita al sol, en una de las últimas fotos que le tomó antes de que partiera hace pocos años. Cuando se casaron con su mujer, se fueron a vivir a la casa familiar, detrás de la carnicería, y como Carmen era viuda vivió siempre con ellos. Se llevaba muy bien con Charo, era una persona bien dispuesta y de buen humor. Ella insistía con que no quería ser un estorbo, pero las chicas la adoraban y les encantaba trenzarse en largas charlas con su abuela, actualizada en todos los temas. Todavía se la extraña como el primer día.

Ahora se detiene en una postal en blanco y negro, mucho mejor conservada que las de color, pegada sobre un cartón rígido. Es un retrato de sus abuelos paternos al poco tiempo de llegar a la Argentina, con sus dos pequeños: su papá Pedro y su tío Ernesto. Don Antonio de traje cruzado, bigote profuso y pelo engominado, de pie detrás de la abuela, que está sentada y luce un vestido largo y oscuro con

pechera de alforzas y pelo recogido en un rodete. Los niños, vestidos de marineritos, uno en la falda y el otro parado junto a su madre, serios como perro en bote.

Rememora una vez más los relatos del origen de su familia paterna y de cómo empezó el negocio, que su padre le transmitiera tantas veces mientras descansaba en su sillón de mimbre de la galería bajo el emparrado, después de un día de trabajo, y que nunca se cansaba de escuchar.



La historia de la “Carnicería Don Antonio e hijos” atravesaba dos centurias y comenzó tiempo después de la llegada de Antonio Romero a la Argentina, ya avanzada la primera mitad del siglo XX.

Don Antonio, abuelo de Mario, había nacido en Cádiz en 1898 y era el mayor de tres hijos de una familia trabajadora. De espíritu inquieto, se había empleado desde chico en una carnicería del barrio del Mentidero, en el centro viejo de la ciudad.

Era un barrio popular, con toda la esencia del ser gaditano. Vivían allí tanto trabajadores portuarios como pequeños comerciantes y artesanos, profesores, contables y hasta algunas pocas familias burguesas que no desentonaban con el entorno.

De día, el movimiento era incesante y por las noches, los patios floridos de las casas particulares eran testigos de reuniones de cante y toque, con palmas y baile flamenco, especialmente en las fiestas populares como la de Cruz de Mayo o en la noche de San Juan.

En esas ocasiones se compartía el pan, el vino de Chiclana y las sardinas asadas, los chicharrones, o lo que hubiera. Y, cuando el 24 de junio llegaba, el festejo se prolongaba en las hogueras de la plaza del Mentidero, donde espontáneamente los vecinos juntaban muebles viejos, papeles o maderas y les “metían candela”.

También en esas celebraciones se quemaban los “Juás” o “Juanillos”, personajes que los más jóvenes construían con trapos o papel, en tono de burla hacia algún personaje del barrio o de la ciudad y al que le cantaban coplillas:

*Este juás fue pa'l alcalde,  
con galera y con bastón,  
prometía luz al barrio,  
nos dejó sin farolón.*

*Subió el precio de la carne,  
y nos quitó hasta el carbón,  
pero él cenaba en manteles  
y dormía en su colchón.*

*¡Al fuego con el primero!  
Que en la hoguera de San Juan,  
arde el que engaña al vecino  
y el que peca por truhan.*

La carnicería estaba cerca de la plaza y en plena calle Bendición de Dios, corazón social y comercial del barrio. La zona era puro bullicio, salpicada de pequeños comercios y tabernas. Eran comunes los gritos de los vendedores ambulantes y las conversaciones de ventana a ventana.

Dentro del local, el ambiente no era más silencioso. Allí se debatía sobre política, entre republicanos, monárquicos y falangistas, que se trenzaban en discusiones acaloradas hasta que el carnicero pegaba un golpe en la tabla y todos callaban al verlo revolear la cuchilla en el aire. Tampoco faltaban las charlas de fútbol: algunos orgullosos del Betis, flamante campeón, otros localistas seguidores del Mirandilla.

Pero el tema infaltable era el precio de la carne y la escasez que se hacía sentir cada vez con más fuerza. La res de ternera era un lujo que pocos podían darse, a dos pesetas y media el kilo de segunda, si es que había. Por lo tanto, lo más común era llevarse un poco de tocino o algún hueso con carne para el puchero o como mucho el “medio cuartillo de carne picá” que compraban por 30 céntimos.

Así transcurrían los días en el negocio hasta que su dueño decidió que ya había trabajado suficiente en su existencia y que prefería ahora pasar el resto de sus tardes tirando la caña en el espigón de la Caleta, si Dios y el viento del levante lo permitían. Antonio, que ya a esta altura era un hombre joven, casado y con dos niños pequeños, había aprendido todo sobre el oficio y entonces se hizo cargo de la carnicería, pagándole a su patrón una módica renta mensual.

El bravo gaditano, que conocía por demás a toda la clientela, le imprimió enseguida su sello al comercio. Era un hombre simpático, amable y

comprometido con las ideas republicanas, las que no dudaba en expresar públicamente con sus críticas al gobierno conservador de Cádiz, a la Guardia Civil o hasta el mismísimo cura de San Antonio, aunque éste fuera empleado de su santo tocayo. Participaba en asambleas vecinales y vendía de fiado cuando sabía que alguna familia humilde no tenía qué llevar a la mesa.

Pero se avecinaban tiempos más difíciles aún. La Segunda República estaba llegando a su fin y una guerra entre hermanos asolaría al país por varios años, dejando miles de víctimas y sumiendo a los habitantes de la península en una crisis sin precedentes. Antonio, como tantos, estaba en la mira de los nacionalistas y él lo sabía, porque amigos suyos ya habían sido perseguidos, detenidos y hasta torturados, sólo por pensar distinto y decirlo. Pero él tenía una familia que sostener y cuidar y no podía arriesgarlos a un destino incierto. Era urgente tomar una determinación antes de que fuera demasiado tarde.

Habló con su esposa y el resto de su familia y, no sin mucha angustia, comenzaron a preparar su salida de Cádiz. Junto a otras personas que también deseaban emigrar y tenían conocidos en Argentina que podrían ayudarlos a insertarse en una nueva vida, resolvieron que era una opción posible y comenzaron a organizar la partida. Fueron vendiendo sus pertenencias para poder adquirir los pasajes de barco y los billetes del tren que los llevaría hasta Valencia para tomar el transatlántico.

En el puerto valenciano hacían escala las principales compañías navieras que viajaban a América del Sur y además, por ser esta ciudad un bastión de los republicanos, tendrían allí menos problemas para sortear los controles, que en el puerto de Cádiz eran implacables.

Fue así que un día dijeron adiós a caletas, malvones, familia, amigos y costumbres y con unos pocos bártulos, Antonio, su mujer y sus dos niños inocentes dejaron el hogar para enfrentar un futuro incierto lejos de casa. Sentados en el tren que atravesaba Andalucía, iban dejando jirones de su pasado colgados de las sierras y enredados en los campos bañados de olivos y de añosos viñedos.

Una vez embarcados, al bordear la costa española, cada puerto que quedaba atrás fue una lágrima candente que quemaba en sus mejillas: Alicante, Cartagena, Almería, Málaga, Algeciras... Y cuando finalmente el barco partió en dos las aguas del estrecho de Gibraltar y en Tarifa comenzó a virar hacia el sudoeste, con el pecho estrujado imaginaron, allá hacia el norte, su callecita del Mentidero, bañada por un sol poniente que ya no los vería regresar.



Para el verano del año 1935, cuando la familia Romero arribó a la Argentina, los frigoríficos Swift y Armour estaban en su apogeo, desarrollando su actividad en Berisso, próximo a La Plata. En ellos trabajaban más de seis mil personas, la mayoría inmigrantes provenientes de distintos países de Europa, especialmente de Italia y España.

Los gaditanos, junto con sus compañeros de viaje, se contactaron al llegar con personas que ya estaban trabajando allí. La experiencia de Antonio en la carnicería le sería de gran ayuda. La familia enseguida logró acomodarse en una casa-conventillo ubicada en el barrio platense de El Mondongo, donde tuvieron la suerte de encontrar varios connacionales que le hicieron más llevadera la adaptación a su nueva vida.

Ésta era un barriada popular y relativamente nueva, habitada principalmente por inmigrantes, especialmente por trabajadores de los frigoríficos. Como parte de su salario, los empleados de esos establecimientos recibían todas las semanas un corte de mondongo o “callos” como se lo denomina comúnmente en España. Era así que empleaban esta víscera en comidas potentes y sustanciosas para las familias, que contaban con recursos escasos, y hasta lo vendían ellos mismos el fin de semana en puestos de la calle, para ganarse unos pesos. De allí el nombre con el que se bautizó al famoso barrio.

Para llegar hasta su trabajo, Antonio utilizaba la línea 25 del tranvía eléctrico de “La Nacional”, que realizaba el servicio La Plata — Berisso con grandes coches verdes y blancos de 54 asientos. Mientras tanto, su mujer llevaba todas las mañanas a Pedro y Ernesto a la primaria pública del barrio, la Escuela Nro. 45 “Manuel Rocha”, de calle 68 y 116. No imaginaba ni por asomo que sus hijos compartirían el patio de recreo con alguien que un día sería tan importante en la vida de algunos de sus descendientes.



Pasado el tiempo y a fuerza de mucho trabajo y también de iniciativa, Antonio pudo abrir su propia carnicería. Consiguió alquilar un local en el mismo barrio, que tenía una casa detrás. Era la típica casa chorizo, con un zaguán extenso que corría al lado del negocio y se abría a un patio de baldosas donde convergían todos los ambientes. Al fondo, todavía quedaba lugar para un terrenito donde plantar hortalizas y frutales.

Fue comprando lo necesario para equipar el local: una heladera usada que estaba como nueva y que logró adquirir en un remate municipal a buen precio, porque se vendía en un mismo lote con una picadora de carne, una balanza de pesas, una sierra manual, una ancha tabla de madera, un hacha y varios cuchillos grandes. Todo lo que precisaba.

La heladera funcionaba con bloques de hielo. Las cámaras y picadoras a electricidad ya se veían en el frigorífico, pero no estaban todavía al alcance de un carnicero de barrio recién iniciado. Así era que Antonio debía ir todos los días a comprar los enormes cubos que le servían para conservar la carne. El agua de deshielo la usaban para regar la huerta que su mujer se encargaba de mantener y aumentar. Habían aprendido con la escasez española a no desperdiciar ni siquiera un grano de pimienta.

Lo que más feliz le hacía era que ahora tenía a su familia cerca mientras trabajaba, que podían vivir en una casa para ellos solos y que además no tenía que ir y venir al frigorífico y pasar largas horas de frío despostando reses, tarea que ya estaba haciendo estragos en su salud.

El negocio iba bien. Antonio conseguía carne muy buena y a precio razonable directo del frigorífico que había sido su empleador, por eso enseguida fue haciendo una clientela fiel que, aunque humilde, todos los días le hacía su comprita. Él siempre tenía un gesto, redondeando los centavos para abajo o agregando como yapa un pedazo de hígado para el gato.

Muchas veces recordaba con nostalgia sus jornadas en el puesto de Bendición de Dios, allá en su Cádiz natal, pero aquí los habían recibido tan bien, casi como si fueran compatriotas, que no tenían nada de qué quejarse y menos temer a la persecución ni a la guerra. Por otro lado, disfrutaban con asombro de la abundancia y variedad de la carne de este bendito país, que parecía brotar de las mismas entrañas de la tierra.

Gracias a que la clientela aumentaba junto con sus ingresos y además consiguieron un préstamo que el gobierno ofrecía a una tasa muy accesible, en

unos años pudieron comprar toda la propiedad y hasta contar con un resto para hacer varios arreglos muy necesarios en la casa, cambiar por fin la heladera por una eléctrica, adquirir una balanza de aguja y hasta una picadora que funcionaba con solo apretar un pedal.

## II.

*El verbo amar es difícil de conjugar: su pasado no es perfecto, su presente es sólo indicativo y su futuro es siempre condicional.*

Jean Cocteau

Mario se olvida completamente de los impuestos, sigue rodando por sus callejones de recuerdos y se estaciona en una polaroid que se tomaron con Charo en su luna de miel en Mar del Plata, allá lejos y hace tiempo. Aunque la imagen está bastante borrosa y con manchas en los bordes, puede verse que están abrazados, sentados junto a la costanera con el fondo del mar y la escollera sur. ¡Qué lindos días pasaron y qué jóvenes eran!

Le cuesta reconocerse, delgado y con toda la cabellera peinada para atrás, como se usaba en esa época. Y Charito, que era un bombón. Sigue siendo una linda mujer y le gusta andar de jeans y alguna blusa o pulóver modernos, lo que le quita años de encima, además de ser muy activa y de carácter agradable.

Se conocieron en el barrio porque eran vecinos. Mario hizo la primaria en el mismo lugar que su padre, en la escuelita 45. Terminó el sexto grado con mucho sacrificio, porque lo único que le gustaba eran las matemáticas -a contramano del resto- y jugar al fútbol en el recreo. Después de mucho rogar, pudo convencer a doña Carmen de que le diera permiso para no seguir estudiando y a cambio ayudar a su padre y a su tío en la carnicería, que era lo que más ansiaba.

Fue así que lo conchabaron como ayudante y pronto tuvo una mensualidad. Con los primeros ahorros, después de varios meses, se compró unos botines de fútbol que estrenó un sábado en el campito del barrio. Nunca lo iba a olvidar porque ese mismo día, Gimnasia le había ganado de local a Boca 2 a 0, con goles de Di Meola y Ponce y esas cosas jamás se olvidan.

En cambio Charo, que fue al Normal 2, completó allí la escuela primaria y secundaria y se recibió de bachiller. Desde chicos se veían casi todos los días porque vivían en la misma cuadra y además los padres de ambos eran amigos, por lo que compartían muchos momentos mientras iban creciendo.

Los sábados solían salir las dos familias para ir a ver algún reestreno al cine Select y luego a comer una pizza a Sorrento o una fugazzeta doble a la pizzería Los Tilos y después a caminar por la avenida 7, que era un desfile constante de gente y de automóviles.

Estaban de moda los fititos preparados, que andaban con el baúl abierto para que no recalentara y de paso se escuchara mejor el rugido del pequeño motor, que iba en la parte trasera. También solían verse los viejos Ford-T restaurados, que los jóvenes platenses con suficiente poder adquisitivo usaban para hacer pinta.

Por la vereda, además de grupos familiares, paseaban estudiantes universitarios venidos de todas las latitudes del país. Al llegar a 7 y 49, la esquina de la histórica confitería París era un hormiguero de chicas y chicos, que la habían puesto de moda como punto de encuentro. También era común ver pasar por allí a ciertos personajes que ya formaban parte del paisaje nocturno: un misterioso dúo de muchachos altísimos con largos tapados que les llegaban a los tobillos, una rubia de largos cabellos al viento montada en un jeep sin capota y otros por el estilo.

La salida familiar terminaba rigurosamente en la calle 8, para disfrutar de sendos helados de Ca'doro, especialmente el de sambayón, el preferido de Charito y Mario, quien lo pedía bañado en chocolate.

En otras ocasiones, como a los mayores les gustaba bailar, iban a los famosos bailes de carnaval del comedor universitario -que llevaba a veces hasta alguna *scola do samba* auténtica- o a alguna fiesta familiar, de las que se acostumbraba a realizar en los clubes de barrio. Los chicos siempre encontraban en esos ámbitos a otros de su edad para divertirse.

Pero implacables los años pasaron, los juegos en la vereda quedaron atrás y los adolescentes comenzaron a mirarse de otra manera. Apenas iniciado su cuarto año del secundario, Charito tuvo la gran pena de que su padre falleciera y entonces quedaron solas, ella y su madre. Mario se hizo más cercano aún y la ayudó a hacer más liviano su dolor.

Como quien no quiere la cosa, un día la acompañó hasta el colegio porque “justo iba para allá”, después la pasó a buscar a la salida también por casualidad. Pero fue el día de los festejos de la Mamma Nostra, cuando Mario se le declaró formalmente a Charo. En esa fecha de septiembre, cuando la comunidad italiana celebra a la Virgen, la invitó a seguir la procesión, recorrer la feria y ver los espectáculos musicales.

En el momento en que finalizaba la fiesta, cuando las estruendosas cañas voladoras y los fuegos de artificio de mil colores sobrevolaban en abanico la arboleda del parque, Mario la tomó de la mano y sellaron con un beso correspondido la promesa de amor que los uniría desde entonces. A partir de

entonces, tuvieron una buena vida juntos, con sus alegrías y sus muchas preocupaciones, pero siempre recorriéndolas codo a codo.

De pronto se acerca Franquito y lo devuelve a la realidad:

-Patrón, está la señora Delia y quiere que usted le corte las milanesas de nalga.

-Está bien, ya voy. Vos estas muy sonriente hoy, ¿qué pasó? Seguro que te dio bola la chica esa que te gusta, dale, largá prenda -lo chucea Mario mientras le da unas palmadas en la espalda.

El muchachito se pone todo colorado, confirmando las sospechas de su jefe.

-La invité al cine y me dijo que sí, vamos esta tardecita.

-Bueno, antes de irte te doy unos pesos para que la invites a un helado de mi parte. ¡Y portate bien, nene! Andá de a poco y sé amable con ella, que es gratis.

La clienta, una señora que le compra desde hace años, lo saluda cariñosamente, como de costumbre:

-¡Hola Mario! ¡Qué buen mozo estás hoy! Seguro que vas a llevar a pasear a tu señora.

-Hoy no, estoy fundido, pero le prometí que el sábado la llevo a cenar a un lugar nuevo que me recomendaron. Parrilla no, te imaginarás.

-Hablando de parrilla, ¿me conseguiste corazón? Hace rato que le pido a mi marido que lo haga como lo hacía mi papá bien doradito y a mí me encantaba, tan tierno y sabroso, pero ahora no hay por ningún lado... ¿las vacas vienen sin corazón como mucha gente de ahora?

Mario larga una carcajada, que duerme lista, escondida en el garguero:

-No doña, lo que pasa es que ahora se exporta todo a Perú, porque allá hacen el anticucho ¿viste? Cocinan los trozos de corazón en un ganchito al fuego y hasta lo venden en la calle, se vuelven locos por comerlos.

-La pucha digo, ¿y yo que culpa tengo?

-Bueno, te prometo que voy a tratar de conseguirte. ¿Cuánto querías de nalga?

-Un kilo. Por favor cortámelas bien finitas, ya sabés que a Jorgito le gustan así.

-Pero Delia, ¡tu hijo Jorgito tiene 35 años!

-Sí, ya sé, pero viste que para una siempre son chicos, ¿o a vos no te pasa lo mismo con tus nenas?



Y claro que Delia estaba en lo cierto. Las “nenas” son la razón de la existencia de Charo y de la suya, como les pasa a casi todos, madres y padres, no importa la edad que tengan sus hijos.

Justo llega su mujer con el mate para coincidir con la señora pero, por el gesto en su rostro, Mario se da cuenta de que algo no anda bien, ya se conocen demasiado. Cuando al fin se va Delia con sus milanesas bien finitas, aprovecha para preguntarle:

-¿Qué pasó con esa cara?

-Nada, otra vez discutí con mi vieja. Se especializa en llamarme por teléfono y arruinarme la mañana.

Es la historia de toda la vida. Raquel, la madre de Charito, se caracteriza por ser una mujer de carácter difícil y la relación con su única hija anduvo desde sus inicios por andariveles de pedregullo y escombros. Con él se lleva bien porque Mario la corre para el lado que dispara y no le da pie para discusiones, pero claro, él no es más que el yerno.

Con Charo es otra cosa. Parece mentira, porque la hija tiene buen carácter y en todo momento trata de evitar la disputa, pero la madre termina por exasperarla. Raquel quedó viuda muy joven y tuvo que remarla sola para criar a su hija, eso hay que reconocerlo. Pero su temprana soledad la endureció demasiado y nunca pudo establecer una relación de afecto con ella a lo largo de los años.

Pasa lo mismo ahora con sus nietas, con ellas es una mujer fría y poco demostrativa, todo lo contrario a lo que sucedía con Carmen, la madre de Mario, que derrochaba abrazos y cariño y en quien las chicas encontraban un rincón amoroso donde acurrucarse.

Raquel tiene constantemente una crítica a flor de labios y no hace ningún esfuerzo para que las palabras queden del lado de adentro de su boca. Acostumbra a hablar mal de todo el mundo y eso a Charo la enfurece. Por suerte es una mujer independiente, vive en su propia casa y a sus setenta y cinco años está muy bien

de salud y se preocupa por mostrarse bien arreglada. Se anota en cuanto viaje de jubilados hay y los fines de semana no para en su casa.

Mario no quiere ni imaginar — y descuenta que Charo tampoco- qué pasará cuando ya no se pueda bastar sola.

En cambio todo fue diferente con sus hijas. Pensar que él quería un varón y sin embargo desde el primer día estuvo embobado con ellas. Primero llegó Malena, tardó unos años en venir, la muy traviesa. En esa época había que tener los hijos enseguida y antes de los treinta años porque si no, se veía a los progenitores como padres añejos. ¡Como cambió todo!

Malena es muy parecida a su madre, reservada y juiciosa. En cambio Valeria, que nació cinco años después que su hermana, es un terremoto y de carácter expansivo como su padre.

Son muy diferentes y eso es lo más lindo, porque se las ama a cada una por lo suyo.

La mayor odia que le digan “Malena canta el tango...” con esa poca vocación por la originalidad que tiene la gente en general. Pero eso pasa sólo con las personas grandes que tienen alguna idea de quien fue Homero Manzi y que tal vez conocen el chisme de que la letra del tango Malena se la escribió a su amor oculto, la cantante Nelly Omar, con quien habría tenido un tórrido romance, pero *Nelly canta el tango* no pegaba, además de que la esposa de don Homero no se lo iba a tomar muy a gusto.

Pero ahora, y en el afán de abreviar todo, le dicen Male. Salvo su mamá, ella detesta los apodos, para eso se esforzaron con el padre en buscar nombres en cada embarazo, así que ella les dice Malena y Valeria, con todas las letras. Por supuesto, además de chiquita, bonita, bombón, amorcito y todos los apelativos cariñosos que se utilizan en privado y no tanto, con los hijos.

Tiene treinta años y es médica en el Hospital de Niños, donde hizo la residencia. Podría decirse que está casada con la medicina, porque aunque tuvo algún noviecito, está tantas horas dedicada a la profesión que es toda su vida, que le resulta difícil tener una relación estable.

Valeria estudia cine en la facultad de Bellas Artes y allí el ambiente es todo lo opuesto. Por ser uno de los centros más prestigiosos, vienen jóvenes de todo el país a estudiar plástica, música, diseño y medios audiovisuales. Todos los días conoce gente nueva, con la que no le cuesta nada socializar.

A ella le encanta su carrera y tiene iniciativa. Cuando tenía que filmar un corto para un trabajo final de primer año con un grupo de compañeros, hizo actuar a sus padres en el negocio, donde el carnicero era un asesino serial y su mujer, sentada muy oronda en la caja registradora, no estaba ni enterada. El pobre Mario tuvo que hacer un primer plano cuchilla en mano y mirada aterradora, que no asustaba a nadie.

Además, es enamoradiza, y dos por tres aparece con algún más que amigo al que no terminan de conocer antes de que desaparezca de su vida. Va a cuanto recital se presente, munida de su super cámara, regalo de los viejos cuando empezó la facultad.

Valeria también tardó en venir, cinco años después de su hermana, pero por otras razones. El alma y el cuerpo de Charito y Mario no tenían en ese entonces ni un resquicio libre que no sirviera para ocuparse de la salud de Malena, en aquellos días cuando los tuvo con el corazón en la boca y cuyo recuerdo hoy afortunadamente habita sólo en sus pesadillas.



Esta semana no comenzó de la mejor manera para Mario. Hoy es lunes y un humor gris niebla las facciones del carnicero, juntando las cejas casi en una sola. Está picando la carnaza común. Trozos de azotillo, restos de rosbif y otros recortes que fueron quedando de las ventas del sábado, son tragados sin miramientos por el embudo de la máquina de picar. Habitualmente sonriente, muchas veces silbando alguno de sus tangos preferidos mientras trabaja, hoy mudo, Mario descarga la bronca en el pisón de madera con el que empuja la carne hacia las cuchillas.

Tiene sus razones, ayer se jugó el clásico platense y perdieron de locales con un gol en el último minuto. Nada faltaba y zaz... y eso que habían merecido una victoria, pero los palos se la negaron una y mil veces. Y toda esa gente que como él llenó el estadio, se fue masticando la mufa por el medio del bosque. El museo, el observatorio, el lago con sus botes a pedal y hasta los vendedores de manzanas acarameladas, fueron testigos involuntarios de los comentarios: si entraba esa que pasó cerca del ángulo..., era penal clarito al diez..., que querés si el árbitro cobró todo para ellos...

Igual volverían a llenar la cancha una y mil veces, porque al equipo se lo sigue a todas partes, en las buenas y en las malas. Aunque ayer, domingo aciago, Mario llegaría a su casa y se iría directo a la cama sin cenar.

Ahora llega Franco y no quiere decir ni mu, pero las comisuras de los labios se le van solas para arriba como si las tirara con dos hilos invisibles.

-Vos nene te quedás mudo, ya te veo la sonrisita esa, ponete a laburar que hay mucho que hacer -lo previene el patrón. Sabe que será inútil porque uno de cada dos clientes sacará el tema. Habrá que esperar un par de días por lo menos hasta que pase el temblor.

¿Cómo definir a un hincha de fútbol? Mario era la descripción en persona. Desde chico, por afinidad con su barrio esencialmente tripero y por amor a su abuelo, trabajador en el frigorífico como muchos de los jugadores del plantel de Gimnasia y Esgrima de aquel entonces, no había podido sustraerse al influjo azul y blanco.

También el apodo de “pincharrata” de su eterno rival, Estudiantes de La Plata, tuvo que ver con los laburantes. Según la versión más difundida, uno de sus simpatizantes más fanáticos de esa misma época, trabajaba en el mercado municipal y contaba cómo perseguía entre los puestos a los roedores con un pinche, lo que le valió el apodo que perduraría en el tiempo para el rojiblanco.

Y de los colores de esas dos banderas, están pintados los corazones de la ciudad.

El sentimiento del hincha no tiene una explicación racional. Se puede cambiar de barrio, de pareja, de color político y hasta de nacionalidad, pero la pertenencia al club de los amores es eterna. ¿Cómo describir desapasionadamente el éxtasis que atrapa al espectador o al oyente de radio ante un grito de gol del equipo de sus desvelos?

Todas las frustraciones, amarguras, injusticias, rencores, desazones, rabias, destratos e iniquidades parecen expulsarse como un río de lava que sube por el medio del pecho, raspa las gargantas y explota por la boca en un grito liberador. El pulso se acelera y las endorfinas suben a mil, dejando una sonrisa clavada en el rostro y provocando abrazos con amigos, vecinos, parientes y hasta con ignotos desconocidos.

Esta pasión no tiene explicación alguna y tal vez no haya que buscarla. Sólo el que ha sentido esa felicidad momentánea, el que ha vivido un lunes más

llevadero, entiende de qué se trata, aunque ninguna de las malarias propias y ajenas se resuelvan, ni por asomo, por un resultado favorable a la hora del pitazo final.

Mario era infaltable todas las veces que su equipo jugaba de local. De más joven lo seguía también de visitante donde fuera. Si había que conseguir micro para viajar, ahí estaba él hablando con medio mundo para que les prestaran uno y además haciendo una vaquita para el gasoil. Si hacían falta banderas, primero Carmen y luego Charo, ayudaban con otras mujeres del barrio a coser metros y metros de tela. Por supuesto, de los choris se encargaba él.

Cuando nacieron las nenas, fueron socias al minuto y se convirtieron con el tiempo en otras fanas como su padre que lo acompañaban a la cancha, embanderadas como él. Algunas veces iba Charo también, especialmente a los clásicos, ahora que no había público visitante, porque le daban un poco de temor las aglomeraciones y las multitudes fervorosas.

Él se había probado en el club cuando era un purrete y tenía condiciones. Era un nueve muy veloz, que además de hacer goles se movía por todo el campo, participando en la creación del juego y asistiendo. Bajaba a recibir la pelota, creaba espacios para sus compañeros y, como le gustaba decir, era el primer defensor, molestando en la salida al arquero rival.

Todos le veían condiciones y un buen futuro vistiendo la casaca azul y blanca. Pero el destino tenía preparados otros rumbos para su vida.

### III.

*Si los pesados, mi amor  
llevan todo ese montón  
de equipaje en la mano  
oh, mi amor, yo quiero estar liviano.*  
Los dinosaurios – Charly García

Mario era clase 1963, como solía decirse cuando existía el servicio militar obligatorio en la Argentina. Cuando cumplió los dieciocho, llegó la hora señalada para el sorteo de los tres últimos números del documento, que determinaría si se salvaba o si debería hacer la colimba.

Esta terminología muestra por sí sola cómo se consideraba al servicio para la mayoría: salvarse significaba quedarse en casa y lejos del castigo y colimba -corre, limpia y barre, en su acepción más generalizada- indicaba que más que servir a la Patria, se atendían allí los caprichos de los superiores.

A pesar de eso, muchos estaban felices de ser enrolados y algunos, a los que no les correspondía cumplir con el servicio por haber obtenido -según la costumbre- un número bajo en el sorteo, se presentaban como voluntarios.

Era una fría mañana de fines de mayo de 1981 y dentro de la cocina de los Romero, la temperatura parecía ser aún menor, a juzgar por la palidez de Carmen, la mamá de Mario, que ya había sintonizado la portátil en Radio Nacional a la espera del sorteo que se realizaría en la lotería oficial.

El hijo se sentó a su lado con el mate y con sentimientos encontrados. Por un lado, le entusiasmaba la idea de ser un soldado, vestir uniforme y hasta aprender a manejar un arma. Se acordaba todavía con emoción cuando juró la bandera en la escuela, cómo habían gritado a voz en cuello el ¡sí, juro! todos los pibes y pibas formados frente al mástil donde ondeaba con fiereza la celeste y blanca, al mismo tiempo que el disco con ruido a púa desparramaba el himno a la bandera por todos los rincones del patio.

Pero por otra parte, sabía que un año de ausencia iba a ver frustradas sus ambiciones de jugador de fútbol. Y eso si le tocaba tierra, porque si le salía número alto, era la marina y entonces estaba sonado, porque le habían dicho que eran casi dos años. Pensar en abandonar la redonda, le hacía enfriar cualquier entusiasmo.

Se sumó a la rueda Laurita, su hermana menor, que recién llegaba del colegio.

-Vení, nena, que está por empezar el sorteo -la apuró Carmen.

Laura se acomodó junto a la mesa, mientras Mario estiraba el papel donde tenía anotados los números finales de las libretas de enrolamiento de los más amigos del barrio, que eran de su misma clase: Rodrigo, Pelusa y el Ruso.

Ahora la voz del locutor, grave y con una dicción envidiable, anuncia que el evento va a comenzar y cede paso a los niños cantores, ubicados a los lados de los enormes bolilleros donde ya saltan a un ritmo endemoniado las bolillas numeradas que determinarán el futuro de cientos de chicos. En una de las esferas rodantes están los números de documentos y en la otra, el orden que se le asignará cada uno.

-Trescientos cincuenta y cuaaaaatro -se oye cantar el primer número.

-Seicieeeentos treeeeinta y oooooocho -replica el otro niño.

Carmen respira aliviada aunque faltan todavía 999 cifras a sortear, pero por lo menos la primera no es de su nene.

-Mami, no estés tan preocupada, no pasa nada si me toca —Mario trata inútilmente de tranquilizar a su madre.

-¿Cómo que no pasa nada? Me muero si te llevan, nene -contesta afligida la pobre mujer.

El sonido monótono y cadencioso de las voces en la radio continúa. Sólo cada tanto una breve pausa indica que hay cambio de turno para que puedan descansar los cantores.

Laura, aburrida, ya se fue a su habitación. Mario decide ir a dar una mano en el negocio para calmar la ansiedad. Ahí queda la madre, pegada a la radio, con las manos húmedas sobre el mantel de hule a cuadros y mirando con ojos idos el papelito que su hijo le dejó a cargo para controlar la suerte de sus amigos.

-¿Y, vieja? -vuelve al rato para hacer control de situación.

-Tu amigo Rodrigo sacó el 120, seguro que se salva, ¡qué suerte, Dios mío!

-¡Y él que estaba loco de ganas de hacer el servicio! -recuerda Mario.

Así pasaron las horas a mate y angustia para Carmen y con idas y venidas a la carnicería para Mario, hasta que el número del nene sonó en el parlante de la radio junto al fatídico 786. Los otros dos amigos -sorteados un rato antes- también

tendrían que hacer el servicio. Por lo menos, si los mandaban al mismo regimiento se harían mutua compañía, pensaba inocentemente la mujer.

La suerte está echada, se dijo con resignación doña Carmen. Su hijo se había vuelto al negocio con cara de ni fu ni fa. Apagó la radio, se calzó el delantal a la cintura y se puso a preparar el almuerzo. Hoy comerían tarde, prepararía rápido unos bifecitos con un tomate al medio y listo. Dios no había escuchado sus ruegos y no tenía ganas de pensar en otra cosa, estaba enojada con el de arriba. Aunque a partir de ahora tendría que rezarle el triple, ¿a quién iba a acudir si no?



Esa tarde estaban reunidos los cuatro amigos, las espaldas contra el muro de la estación, extenuados después de jugar un partidazo contra los pibes de la circunvalación. A Mario le habían recomendado en el club que se limitara a los entrenamientos y partidos de la reserva, donde ya lo venían haciendo entrar unos minutos, pero él no podía con el genio. Hoy había hecho tres goles y nada lo hacía más feliz.

-Faa, los hicimos pomada, 9 a 0 -se ufana el Ruso.

-Y eso que pegaron de lo lindo, tengo las canillas todas magulladas -responde Pelusa, que juega de lateral izquierdo. Es menudito y habilidoso, entonces cuando no le pueden sacar la pelota, dos por tres lo hacen volar por el aire.

-Te dije que te pusieras las canilleras, viejo, no podés jugar así. Te agarra uno de esos grandotes y te parte una pantorrilla -protesta Mario, que desde que es casi un profesional tiene todos los cuidados que le enseñan en el club. No sale a jugar sin vendarse y hace el religioso precalentamiento, como corresponde.

Sedientos, cada uno se agenció una naranja de las que había traído el Rusito, que tenía una planta en el fondo de su casa. Las amasaban un poco para romper los gajos y luego les hacían un orificio por donde salía un jugo dulce y almibarado, que chupaban con fruición.

-Me voy a anotar como voluntario -suelta de golpe Ramiro, limpiándose la boca con la manga de la camiseta.

Se acercaba fin de año y en unos meses los otros tres tendrían que presentarse a la revisión médica para ingresar al servicio militar. Ramiro no se había resignado a perder la oportunidad de lucir un uniforme.

-Vos estás chiflado -responde el Pelusa, que daría todo el oro del mundo por no tener que hacer la colimba. Y mirá que se lo pidió a todos: desde la Difunta Correa hasta Ceferino Namuncurá pasando por el Gauchito Gil, y a todos les prometió procesión, pero no hubo caso.

-Pero Pelu, ¿vos te creés que se van a ir todos y me van a dejar a mí en banda? Yo voy y me presento, chau.

Los argumentos no eran muy sólidos pero bastaban para los cuatro amigos, que disfrutaban de la mutua compañía desde que eran unos mocosos. Luego la charla siguió derivando por otros caminos, haciendo algún desvío por el infaltable tema chicas, en el preciso momento en que Mario ve llegar a su tío Ernesto, agitado y con una cara que daba miedo.

-Marito, vení, acompañame que tuvimos que internar a tu papá en el San Martín.



De pronto, todo parece derrumbarse. Pedro, el hombre fuerte e inexpugnable, con las manos como patios, que se puso al hombro a toda la familia cuando los abuelos ya habían dado lo suficiente y mucho más. Que fue un padre también para su hermano menor a quien cuidaba desde que eran purretes y habían cruzado el océano sin tener idea de adónde marchaban.

Ese hombre, hoy está en una cama de hospital peleando por su vida, cuando parecía que todavía tenía mucho por hacer en este mundo. Por eso sólo hay caras tristes en el frío pasillo al que llega Mario con su tío sin entender muy bien lo que pasa. Nunca había entrado a un hospital.

Allí están su mamá, su hermanita Laura, su tía y sus primos. Todos corrieron unas pocas cuerdas ante la noticia. Ernesto lo había subido al primer taxi que encontró, cuando estaban los dos por cerrar la carnicería y vio que Pedro se tomaba el pecho y trastabillaba. Apenas pudo acercarle una silla y avisarle a

Carmen para que se encargara de cerrar todo y decirle a los demás lo que estaba pasando.

-¡Hay que avisarle a Marito! -le gritó Carmen desde la puerta — está jugando al fútbol en la 72.

-Después lo voy a buscar, ahora vamos a urgencias — responde Ernesto con un hilo de voz, el alma apretada por la angustia. Nunca vio así a su hermano y sabe que nada bueno le puede estar pasando.

Ahora están esperando el informe del médico de guardia que los atendió y que luego derivó al paciente para que lo viera un cardiólogo. Éste se acerca en ese mismo momento por el pasillo, revestido de su guardapolvo blanco y del influjo que portan los facultativos ante la mirada de los ciudadanos de a pie que esperan, como criaturas indefensas, la sentencia que seguramente no podrán apelar.

-¿Cómo está doctor? -lo encara Ernesto antes de que termine de llegar hasta ellos.

-Por ahora pudieron estabilizarlo, pero hay que esperar para ver cómo responde en las próximas horas.

-¿Fue el corazón doctor? -pregunta atribulada Carmen, sin soltarse de la mano de sus dos hijos.

-Sí señora, su esposo ha sufrido un infarto masivo de miocardio. Por suerte lo trajeron enseguida. Pero, como le dije, hay que esperar la evolución -responde el profesional, un hombre joven, seguramente residente médico.

La familia espera, las horas pasan, los ánimos decaen. La única que toma coraje es Laurita, que va con una de sus primas a buscar un poco de agua y unos cafés al bufet del hospital, las ganas no dan para más que eso.

La noche transcurre como una pesadilla interminable, sólo interrumpida por el ruido de alguna camilla que surca el pasillo bajo la luz intermitente del fluorescente que falla sin remedio, o la voz monótona del parlante que reclama por alguien: “enfermera de gastroenterología, presentarse en sala cuatro”, “doctor Elías Prado, lo requieren en la guardia”.

Y esperaron, esperaron las próximas horas para ver cómo responde, esperaron la evolución y menos mal que lo trajeron enseguida, esperaron y esperaron.

Pero Pedro no quiso esperar, no quería seguir luchando más, estaba cansado, ya había hecho todo lo que se podía para construir una familia, para llevar adelante

el negocio de su padre, para ayudar a su hermano, para disimular esos dolores que lo acompañaban desde hace rato y que no contaba para no preocupar a su querida Carmen.

Y prefirió que fuera así, rápido, no quería que lo vieran sufrir y esperaba que todos sufrieran menos.



La muerte. ¿Qué es eso? No estaba en los planes de Mario que pudiera sucederles a ellos. En la mente de los jóvenes no existe la idea de la muerte. Y está bien que así sea, de otra manera no serían capaces de enfrentarse a todos los desafíos que les esperan, de otra manera, ¿quién se decidiría a estudiar, a trabajar, a embarcarse en la trasnochada idea de traer hijos a un mundo cada vez más inseguro y desigual? Esa inconciencia, esa temeridad muy bien pensada por quien maneja los hilos de la humanidad, hace que todo siga andando.

De la nada, todo había cambiado para este bravo muchachito que hasta ayer nomás sólo pensaba en su carrera como 9 artillero, que daba una mano en el negocio de su padre sin ningún compromiso, guardando casi todo lo que cobraba para gastarlo en lo que se le diera la gana, que estaba feliz con su noviecita y ella con él y a la que podía hacerle un lindo regalo cuando quería, que disfrutaba con sus amigos del alma y ahora sólo soñaba con ir a la colimba con ellos, vestir el uniforme, aprender a tirar, defender la bandera.

Todo había cambiado de un plumazo, principalmente porque con sólo dieciocho años se había quedado sin su papá, su incondicional, su espalda, su pared de ladrillos, su terraplén reforzado. Ese que lo aconsejaba, que le contaba las historias de los abuelos sin fatigarse, que hacía chistes malos, que quería y trataba bien a su mamá y adoraba a su hermana, que los abrazaba con esas manotas interminables.

Mario se veía asomado a un precipicio que hasta ayer no estaba ahí y que ahora alguien había dibujado en su camino, hondo y negro.

Los tristes primeros días fueron reemplazados por otros igual de tristes pero donde cada uno debía volver de a poco a sus ocupaciones. La realidad es así, se debe continuar a toda costa, porque el mundo sigue girando y los que están vivos

deben esperar que el tiempo haga su trabajo, pasando al libro de recuerdos a los que ya no están.

Y si el libro es el de los buenos recuerdos, como era en este caso, la tarea es un poco más fácil. De a poco, se pueden reemplazar las lágrimas por las sonrisas, o empezar a sonreír mientras cae una lágrima, cuando se piensa en un buen momento, una ocurrencia graciosa, un lugar compartido. Luego se podrán mirar las fotografías sin tanta pena y finalmente, acomodar a los ausentes en los sueños de alguna noche perdida.

Fue así como en una de esas mañanas tranquilas de lunes, donde los clientes arrastran la fiaca dominical y retrasan hasta la tarde la tarea de reponer la heladera, el tío Ernesto aprovechó para tener una charla franca con su sobrino, que para él no era más que un niño, pero que debería hacerse hombre a los ponchazos.

-Marito, creo que te habrás dado cuenta de que ahora sos el hombre de la casa ¿verdad? -comienza Ernesto para romper el hielo.

-No sé tío, la verdad es que todavía no caigo, nunca pensé como podía ser la vida sin papá.

-Es lógico querido, nadie está preparado para eso. Yo que ya peino canas no me acostumbro a su ausencia, pero no nos queda otro remedio que aceptarlo.

-Me imagino cómo estarás vos, que te criaste al lado de él -reconoce Mario.

-Es muy difícil, pero ahora quería hablarte de otra cosa. Yo acá en el negocio me puedo ir arreglando con todo, para que la cosa siga funcionando y ustedes tengan los ingresos necesarios, mientras vos me das una mano. Cuando tu mamá pueda cobrar la pensión va a ser una ayuda también, aunque no sea mucho.

-¿La pensión? ¿Y eso como se hace? -exclama Mario que en su vida sólo ha ido a pagar algún impuesto, como si fuera la gran cosa.

-No te preocupes. Yo tengo un gestor amigo que se va a ocupar, ya le dije a tu mamá que busque todos los papeles y recibos de aportes que tenga por ahí y se lo damos a Damián, este amigo, junto con un poder y listo el pollo. Bueno, no tan listo, vamos a ver cuánto tarda, esperemos que sea menos de un año.

Y Ernesto va ahora a lo más importante.

-Pero hay otra cosa que tenés que saber. Vos saliste sorteado y estabas muy entusiasmado con ingresar al servicio militar con tus amigos, pero ahora tu

realidad cambió. No podés irte por un año o más y dejar a tu mamá y tu hermana solas.

-Tenés razón tío, vos pensaste en todo, yo ni me acordaba de eso con todo el despelote -confiesa Mario, que no sabe cómo harían si no estuviera el gaucho de Ernesto, qué alivio tan grande.

-Lo que tenés que hacer es presentarte y declarar que sos único sostén de madre viuda, así se llama. Con eso te exceptúan y te firman la libreta para que no tengas que enrolarte. Quedate tranquilo que yo te voy a acompañar ese día.

-Ay tío, qué haríamos sin vos, el viejo no nos dejó tan solos.

Mario no puede evitar ponerse a llorar y su tío lo abraza con ternura, mientras disimula unas lágrimas que pelean por soltarse del borde de sus párpados. Todavía el pibe no se dio cuenta de que tampoco podrá seguir su sueño futbolero. Mejor, el no piensa decirle nada hasta que el tema aparezca solo. Ya tiene demasiado el pobre chico.



La foto descolorida ocupa un lugar bien visible en la galería variopinta que Mario ostenta sobre su escritorio, desde donde ahora la observa: cuatro muchachos, cada uno con sus brazos en los hombros de los otros, tres de uniforme verde oliva y birrete, uno de civil, todos con una sonrisa de oreja a oreja, apostados contra la pared de ladrillos gastados de la garita del Distrito Militar, en 10 y 63.

Seguramente no tenían idea de que cualquier noche, los peatones tenían que cruzar de vereda o mejor todavía, evitar esa esquina. De lo contrario, como mínimo escucharían al centinela dar la voz de alto y cargar el fusil o de máxima exponerse a ser registrados e invitados gentilmente a pasar.

Era febrero de 1982. Salvo Mario, que había logrado ser exceptuado, los otros tres, Rodrigo como voluntario y el Ruso y Pelusa gracias al azar de los bolilleros, ese día estaban ingresando a la milicia. Habían pasado la revisión médica como ATS (apto para todo servicio) y empezaba ahora el entrenamiento físico y de manejo de armamento. Luego los destinarían a su lugar asignado.

Mario recuerda que les habían permitido unos pocos minutos para despedirse de la familia y la hermana del Rusito les había sacado esa fotografía. A todo esto,

piensa ¡qué linda era la hermana del Rusito! pero a esa altura él ya tenía novia en serio y además las hermanas de los amigos son sagradas, pero bueno, una mirada no se le niega a nadie. Su papá siempre le decía que se puede consultar el menú mientras no elijas ningún plato. Qué inocentes todos, no tenían ni la menor idea de los tiempos que se avecinaban.

El 2 de abril llegó como en un suspiro y todo se precipitó, cambiando la historia del país, de las familias y de los jóvenes soldados que, en su gran mayoría, fueron a las Malvinas henchidos de patriotismo y volvieron -los que lo lograron- casi como seres anónimos y desconocidos.

Los amigos de Mario, en un principio por ser tan novatos no fueron requeridos. Las familias respiraron aliviadas. Pero cuando fueron pasando los días y las cosas se fueron complicando, en una guerra que al comienzo era pan comido, claro, mientras el océano todavía ponía distancias salvadoras con la pérfida Albión, llamaron primero a reservistas y luego fue el turno de los recién ingresados.

Con dos meses de instrucción, en los que habían lavado más pisos que aprendido a desmontar, limpiar, cargar y disparar un FAL, se encontraron sin más yendo al frío sur. A partir de ese momento, además de seguir con ansiedad las noticias que llegaban por la tele o la radio, Mario pasaba todos los días por la casa de alguno de sus amigos para saber si la familia había recibido carta de los chicos.

Así se fue enterando que los habían llevado en unos micros bastante desvencijados y sin calefacción, en un viaje de casi dos días hasta Río Gallegos y luego en un avión Hércules hasta las islas, destinados a Puerto Argentino. Cuando Carmen escuchaba estas historias de boca de su hijo y sin dejar de apenarse por el destino de los muchachitos, que en definitiva eran como sus propios hijos, agradecía a Dios una y mil veces porque su Marito estaba en casa, aunque para que eso sucediera hubiera muerto su Pedro.

Por suerte estaban los tres soldados en el mismo grupo y había mucho fervor patriótico y entusiasmo en todos. Por ahora tenían comida y abrigo.

Pero transcurridas las semanas, las emociones que habían subido como por obra de la cremallera de una montaña rusa, se derrumbaron en caída libre luego de llegar a la cima, igual que el mercurio que marcaba bajo cero en nuestras perlas australes perdidas en el mar y en el corazón de quienes esperaban saber de sus hijos.

Pasó lo que tenía que pasar y el poderoso hizo sentir su fuerza destructora. Las vanas ilusiones que se fogonearon desde arriba sin argumentos sustentables, dejaron paso al desasosiego y al infortunio.

La guerra terminó ese oscuro 14 de junio y lo que siguió fue el desconcierto de no saber qué había sido de los tres amigos, como de tantos otros combatientes. Era diario el peregrinaje hasta el Regimiento 7 para leer las largas listas pegadas en el portón de acceso, donde se amontonaban los familiares, buscando casi siempre sin éxito el nombre de los pibes.

Mario trataba de acompañar y consolar a las atribuladas madres de sus amigos, aunque él mismo estaba cada vez más descorazonado. Hasta que un día la lista les mostró algo de lo que buscaban: los nombres de Pelusa y el Ruso. Preguntaron primero a un cabo, luego a un oficial y al fin dieron con ellos, casi irreconocibles. ¿Y Rodrigo? fue la pregunta que brotó enseguida de las bocas, luego del abrazo interminable donde por la flacura cabían dos en el lugar de uno. La cabeza crenchuda de los ahora excombatientes se movió de un lado a otro y no fue necesario decir nada más.

Muchos días después, sentados los tres sobre un paredón de la rambla, en una tibia mañana invernal, de a poco empezaron a surgir las palabras como salen los pañuelos de un mago, anudados y a tirones. Los muchachos, con las marcas aún visibles en el cuerpo y con las que se adivinaban en el alma y que trataban de mitigar con esfuerzo las personas queridas, comenzaron a relatarle a Mario algunas de sus penurias, empezando por el final.

Luego de la rendición, los ingleses los habían llevado en el Camberra hasta Puerto Madryn. Después, en una triste peregrinación, fueron trasladados a Campo de Mayo y finalmente al Regimiento 7. Rodrigo había sido alcanzado en uno de los últimos ataques cuando el regimiento comenzó a replegarse hacia Puerto Argentino, la noche previa a la rendición. Con la ropa húmeda, los pies congelados y sin soltar el fusil, un ¡viva la Patria! se llevó su suspiro postrero. Casi no los habían dejado darle un último adiós.

Las charlas que completaban la historia se irían desgranando con el tiempo, pero infaltablemente desde entonces, cada 2 de abril, los tres amigos van a rendir homenaje a la Plaza Malvinas, donde estuvo emplazado el Regimiento 7. Allí los muros horrendos dieron paso al verde, bañado por el sol, donde los niños juegan en las hamacas y las familias se reúnen a tomar mate o a escuchar música.

La muerte inmisericorde huyó hacia otros horizontes, pero el portón de hierro del antiguo regimiento quedó como frío testigo de aquellos días. Una placa recuerda el nombre de su amigo junto a los demás caídos y el ramo de flores que cada vez cuelgan de la reja en su memoria, aroma los imborrables recuerdos de la corta vida compartida.

#### IV.

*La medicina sin humanismo no merece ser ejercida.*

René Favalaro

Franquito pelea en el cuarto de atrás con la máquina de picar. Mientras tanto, Charo ordena la carpeta de facturas y recibos varios para acercárselas al contador. Mario repasa el mostrador y acomoda las cuchillas: tiene su *toc* propio y necesita que estén siempre limpias y en fila, al alcance de su mano.

Por la vidriera, observa cruzar a la señora que vio hace unos días entrando al pasillo de enfrente. Lleva de la mano al nene. Como imaginaba, no pasó mucho tiempo hasta que se diera una vuelta por el negocio.

-Buenos días -dice la mujer, mientras se apaga el tintineo de la campanilla de la entrada.

-Buenos días, bienvenidos, ¿nuevos en el barrio, verdad? -los recibe Mario.

Los ojos ojerosos de la señora hacen juego con los del pibe, largo y flaco. A pesar de eso, el nene tiene una cara vivaz y sonríe asomándose por debajo del borde del mostrador.

-Si, recién nos estamos acostumbrando, nosotros somos de Rauch -aclara la señora.

-¿Y ese jovencito tan lindo cómo se llama? -pregunta Charo, que tiene debilidad por los chicos.

-Yo me llamo Tomás y mi mamá Ramona. Yo tengo ocho años -dice, simpático.

-¡Qué lindo nombre! -agrega Charo.

-Mi esposo quedó allá porque tiene que trabajar, yo vine con el nene para que le hagan unos estudios.

Tomás se sienta en el banco que está junto a la ventana y se pone a modular voces y ruidos haciéndole de ventrílocuo a su héroe interestelar, de traje gris, cinturón negro y capa azul, al que hace subir y bajar por el aire. De inmediato se olvida de lo que pasa a su alrededor.

Ramona baja un poco la voz para contarles su historia. Se ve que necesita imperiosamente hablar con alguien y estas personas le parecen tan acogedoras que se larga sin más con su relato.

Con voz apesadumbrada, les cuenta que el bueno de Tomás necesita un trasplante de riñón, está en lista de espera. En el Hospital de Niños van a hacerle todos los estudios previos, pero si no aparece pronto un donante, ella ya decidió que va a ser quien le dé uno de los suyos. Le dijeron que eso es más complicado, que tal vez tenga que hacerlo en la Capital. No le importa.

Mientras tanto, de la municipalidad de su pueblo le consiguieron a préstamo este departamento amoblado para quedarse, porque no se sabe cuánto tiempo estarán en la ciudad y la familia no tiene recursos para costear los gastos. Los vecinos organizaron una rifa y una feria de platos allá en el pueblo para poder juntar unos pesos con los cuales manejarse. ¡Estaban tan agradecidos!

El marido trabaja en un tambo allá en Rauch y con lo que gana les alcanza justo para vivir a diario. Pero acá es otra cosa, todo es más caro.

Charo le cuenta que la hija mayor de ambos es médica en el hospital y le da una tarjetita por cualquier cosa que necesite. Ramona la toma agradecida y la guarda en su monedero.

-Tenga fe señora que tenemos muy buenos médicos en este bendito país y seguro que todo va a andar bien para Tomás. ¿Ve ese señor del cuadro que tenemos ahí? Seguro que lo conoce -intercede Mario.

-Si claro, ¿no es Favaloro?, todo el mundo lo conoce — asiente Ramona, mirando el óleo que ocupa un lugar central en la pared lateral del local, junto a una imagen de la Virgen de Luján, situada en un estante, rodeada de flores de tela y una luz titilante. En el cuadro se ve al inconfundible médico, sentado a medias en el borde de un escritorio, con su clásico guardapolvo blanco, brazos cruzados y sonrisa bonachona.

-Exacto. Es el Señor Profesor Doctor René Gerónimo Favaloro, que en paz descanse, vecino de este barrio y prócer de esta familia y de muchas más. Si tiene un ratito le contamos, para que vea por qué le digo que hay que tener fe.

☆☆☆

La familia de René Favalaro había llegado de Europa, como tantos inmigrantes, a fines del siglo XIX. Empujados por el soplo de Eolo, arribaron procedentes de la isla de Salina -una de las islas Eólicas, hogar atribuido al dios griego del viento-, al norte de Sicilia.

René nació en la casa familiar de 68 entre 1 y 2, calle por medio del barrio el Mondongo y ahí nomás del hospital donde, varios años después, comenzaría su inefable historia en la medicina. Hizo la escuela primaria en la 45 -la misma de Pedro y Ernesto Romero- y luego trajinó las aulas del Colegio Nacional y de la Universidad Nacional de La Plata, lo que se dice un camino bien encerado hacia el saber.

Ni Pedro ni Ernesto podrían haber adivinado que ese pibe que tal vez jugó alguna mancha venenosa con ellos en el patio de recreos, sería el inventor de un método que salvaría vidas por todo el mundo. Y mucho menos aún, que un día lo haría con alguien de la familia.

Todo lo aprendido en la educación pública, el Dr. Favalaro lo devolvió con creces a la comunidad. Primero, durante muchos años como médico rural en un pueblito perdido de La Pampa, luego realizando más de mil operaciones de bypass coronario, intervención que había creado y perfeccionado en Estados Unidos, para luego realizarla en su país, donde quiso volver a toda costa.

Hasta el trágico final de su vida resultó un formador incansable y su legado perdura en la medicina argentina. Fue un humanista comprometido con la ética y la equidad y sobre todo un profesional generoso, como pudieron comprobarlo en primera persona Mario y Charo, los papás de Malena.

La beba había llegado para felicidad de la familia después de varios años de buscarla. Todo se había desarrollado normalmente y en los primeros tiempos crecía sin problemas, hasta que comenzaron a notar que la nena se fatigaba con facilidad o por momentos tenía una respiración agitada.

Consultaron con su pediatra y éste los tranquilizó diciendo que probablemente tuviera un soplo inofensivo y que seguramente esos síntomas se pasarían con el correr de los meses. Pero eso no sucedió.

Acudieron entonces a un cardiólogo infantil, que diagnosticó una comunicación intraventricular, es decir un agujerito en la pared que separa los ventrículos, en el corazón.

El mismo discurso: eso se va a cerrar espontáneamente y bla, bla, bla.

La cuestión era que Malena seguía con molestias y además no aumentaba de peso y si la madre lo dice es porque está las 24 horas observando a su criatura y por algo lo dice, me cache en diez -pensaba Mario, que sufría por la nena, sufría por él, pero sobre todo por ver a Charo como languidecía al comprobar que su hija no mejoraba.

Entonces un día decidieron no esperar más y haciendo caso a su instinto se fueron al Hospital San Martín a ver al doctor Salerno, el médico cardiólogo que había atendido a Pedro en aquella noche para el olvido. Ahí fue realmente cuando todo comenzó.

El buen señor, después de estudiar a la pequeña paciente, confirmó el diagnóstico y les dijo que no podían quedarse sentados esperando, porque no sólo el agujerito no se había cerrado, sino que los riesgos podían ir en aumento.

-Yo les aconsejo que se vayan volando a ver a Favaloro, no tendrán una mejor opinión. Yo puedo contactarlos porque lo conozco, trabajamos juntos aquí en su época de hospital -dijo decidido el médico.

El mundo pareció venirse encima como un jenga que ya estuviera balanceando peligrosamente su torre de madera, hasta caer en cascada sobre las cabezas de los padres de Malena.



Y allá fueron, con su inexperiencia y sus temores, pero aferrados a una esperanza que no querían resignar. Todo lo demás perdió importancia para ellos, sólo una cosa los empujaba: la vida de Malena.

Habían concertado una entrevista con Favaloro gracias a la generosa intercesión de Salerno, el médico platense. Eran los comienzos de los años 90 y el país vivía uno de sus eternos ciclos de conflictos económicos y turbulencias sociales.

Subidos al Renault 12 familiar y después de sortear con éxito la distancia que los separaba de la capital -en esa época la autopista era todavía una quimera-, se encontraron en la gran ciudad con cortes de calles causados por diversas protestas.

Con la ayuda de la guía Lumi que les había prestado un asiduo cliente de la carnicería, Charo se entreveraba en las cuadrículas del librito buscando, como en

una batalla naval, dónde estaba la casilla C8 de la página 43 correspondiente a la calle, que continuaba en la 62-A3 y así sucesivamente. Casi una búsqueda del tesoro.

Milagrosamente lograron llegar al lugar indicado y a horario. Debieron esperar en una sala porque el doctor estaba de recorrida visitando pacientes. La secretaria les anticipó que esa tarea solía demorar, porque al hombre le gustaba quedarse charlando con cada uno, les hacía preguntas y lo más increíble es que después se acordaba de todo lo que le contaban, como si no tuviera suficientes cosas en la cabeza.

Al fin lo vieron llegar por el pasillo. Inconfundible. Su cuerpo alto y esbelto, de un andar cansino, el guardapolvo blanco hasta la rodilla, la abundante cabellera ya entrecana, peinada firmemente hacia atrás. Hasta se diría que un aura casi imperceptible lo acompañara, como sucede con las personas irremplazables.

Les sonrió enseguida y acarició la cabecita de Malena con ternura. Los hizo pasar a su oficina. El lugar era sobrio y sencillo como él mismo. Un escritorio con un antiguo sillón de madera, dos sillas para los visitantes y una biblioteca colmada de libros y carpetas.

Con su voz grave y pausada los ayudó a contar y aquietar sus inquietudes primero y a comenzar a digerir lo que ya imaginaban después. No entendían muy bien por qué, pero a pesar de que el panorama que les presentaba no era nada alentador, al mismo tiempo sentían por primera vez la certeza de estar con alguien que sabía muy bien lo que había que hacer y cómo hacerlo.

-Les aconsejo que hagamos ya mismo una intervención. Si por mi fuera, debería haber sido mucho antes. Pero no se preocupen, estamos a tiempo, debemos cerrar ese orificio cuanto antes y seguramente una vez hecho esto, Malena se recuperará en unos pocos meses -les dijo para luego explicar en detalle cómo sería la operación.

-Tenemos obra social, espero que nos autorice la intervención con usted -aclaró Mario, no queriendo imaginar los costos que representaría ser atendidos por un profesional semejante.

-Mi secretaria les indicará todo lo que necesitan para hacer los trámites, desde ya les aclaro que yo no cobro ningún arancel diferenciado, en eso pueden estar tranquilos.

-Se lo agradecemos mucho doctor, de todos modos si la obra a social no nos cubre la operación, tenemos una casa que podemos poner en venta para costear lo que fuera necesario -intervino Charo. Estaban dispuestos a todo para salvar a su nena.

-De ninguna manera señora, jamás podría cambiar la vida de su hija por una casa. Pero no se anticipe a los acontecimientos, esperemos que resuelvan el trámite positivamente -respondió enfáticamente Favaloro.



Comenzó entonces una carrera contra el destino. Estudios pre quirúrgicos, trámites en la obra social, eternos formularios y grises fotocopias.

Y mientras tanto, Mario y Charo trataban de asimilar lo que vendría. Una noche después de cenar, con Malena jugando inocentemente entre los dos sobre el sillón del salón, ajena a todo lo que estaba por venir, dejaron escapar sus temores que reprimían hasta ahora para no preocupar más al otro.

-No puedo imaginarme a la gordita en una operación semejante ¡a corazón abierto! tan chiquita, es una injusticia -soltó Mario, con los hombros caídos por el peso de la angustia.

-Pensemos que es lo que nos tocó Mario, ¿por qué no a nosotros? -respondió Charo tratando de consolarlo, mientras pasaba dulcemente una mano sobre su rostro- tenemos la suerte de contar con este médico tan importante, tenemos que estar confiados.

La verdad era que la madre estaba tan mortificada como él, pero alguno de los dos tenía que hacerse fuerte para seguir adelante.

Todos los días pasaban por la oficina de la obra social, en el sector de trámites excepcionales, pero siempre se llevaban la misma respuesta: "el expediente está en auditoría".

Una mañana, sonó el viejo y engrasado teléfono en el escritorio de Mario. Charo, que estaba en ese momento en la caja, corrió a atender.

-Buenos días, ¿familia Romero? -dijo una voz clara del otro lado de la línea.

-Sí, ¿quién habla?

-Soy Silvia, la secretaria del doctor Favalaro, quería avisarles que ya tienen fecha para la intervención.

Charo contuvo el aliento y se tomó de la silla para no tambalearse. Luego respondió con una mezcla de asombro y pesar:

-Buenos días, habla la mamá de Malena, pero... no tenemos la autorización todavía...

-Por eso la llamo, el trámite ya está autorizado, tienen que pasar a retirarlo por la sede de la obra social y luego nos comunicamos para ajustar los detalles.

Después de colgar, Charo tuvo que sentarse, esta vez sí para no caer. Llamó a Mario que estaba terminando de atender a un proveedor y lo puso al tanto. Él también acusó recibo y su cara se puso de color ceniza. No sabían cómo había sido, pero la hora parecía haber llegado.

Charito fue hasta su casa, se cepilló un poco el pelo, tomó su cartera y salió disparada a la calle. Tomó el 520 y el recorrido hasta el centro se le hizo eterno, mientras su cabeza daba vueltas a mil por hora, pensando en todas las cosas que deberían acomodar para acompañar a Malena. De paso, no le quedaba mucho espacio para dejar avanzar el temor que amenazaba con paralizarla.

Al llegar al mostrador de trámites excepcionales, el empleado que ya la conocía de memoria, la recibió con una sonrisa.

-Hola señora, esta vez tengo buenas noticias para usted -le dijo el hombre, que parecía estar esperándola.

Era un antiguo servidor que llevaba en su cara las marcas de años de un trabajo rutinario y curtido de atender cientos de personas que no van allí a divertirse, todos llegan con problemas de variada envergadura y sólo algunos se van con soluciones.

-Hace un rato me llamaron de Buenos Aires para avisarme -dijo Charo.

-Pero tal vez no le contaron lo más importante. El mismísimo Dr. Favalaro llamó personalmente muy enojado, diciendo que era una vergüenza que tuvieran a una criatura esperando por una autorización y no sé qué otros reproches. La cosa es que se armó un revuelo bárbaro y al ratito nomás todo estaba resuelto y firmado -le contó ufano el hombre, que por un rato había salido de la rutina de todos los días y disfrutaba dando semejante buena nueva.

Charo no salía de su asombro. Dio las gracias y se marchó con los papeles apretados contra su pecho.

Lo que siguió fue una vorágine que Mario y Charo no podrían describir hoy. Cuando las personas se encuentran en una situación tan límite, no llegan a tomar conciencia de la gravedad del momento que están atravesando. Seguramente, la maravillosa maquinaria humana fabrica un anticuerpo de olvido para preservarnos de estos recuerdos dolorosos.



Como siempre, tío Ernesto no les falló. Les pidió que se olvidaran del negocio, que él se haría cargo. Laura, la hermana de Mario, que vivía con su familia cerca del Parque Castelli, se ocuparía de hacerle compañía a Carmen y de lo que hiciera falta en la casa y también estaría atenta para darle una mano a su tío en lo que necesitara.

Qué tipazo el tío Ernesto. Y cómo lo extrañaron cuando, poco tiempo después, se fue a vivir con toda la familia a Chubut y nunca regresaron. Su mujer, descendiente de galeses y nacida en Gaiman, había conseguido para los dos, por medio de un pariente, un trabajo como caseros en la estancia de un rico terrateniente y decidieron marcharse y dejar todo atrás. Les había ido muy bien y cada tanto se carteaban. Se alegraba mucho por él, se lo merecía como nadie.

Para variar con Raquel, la madre de Charo, no podrían contar porque casualmente tenía programado un viaje de varios días a Salta con las compañeras del ministerio. Estaba en todo su derecho, pero siempre se las ingeniaba para eludir cualquier responsabilidad familiar.

Mario y Charo se instalaron entonces en el sanatorio donde se realizaría la operación y la vida de los dos transcurrió entre esas frías paredes durante los largos días que duró la estancia de Malena. Allí conocieron gente de todas partes y de toda condición social. También aprendieron mucho más sobre este médico que salvaría la vida de su hija.

El día de la intervención, o mejor dicho la noche, creyeron desfallecer durante las largas horas que pasaron desde que Malena ingresó al pre operatorio. Ya la secretaria les había anticipado que el doctor operaba a cualquier hora y a varias personas por día.

Cuando ya habían pasado un par de horas de espera, él salió a hablarles junto a los distintos familiares que esperaban con ellos y les contó que se había atrasado con un paciente complicado, pero que si se hacían las dos de la mañana, no le importaba, operaría a todos como estaba programado.

En esas horas en vela, cuando el reloj parecía por momentos arrastrarse en el fango y en otros girar como una calesita endemoniada, en el pasillo de cirugía se generó un ida y vuelta entre las familias de los pacientes. A modo de catarsis, cada uno contaba sus experiencias y también surgían anécdotas de Favalaro, que se habían ido transmitiendo con el tiempo.

Como la de cierta señora que le había dicho que no se podría operar porque no contaba con una cobertura de salud y no tenía cómo pagarle y René le contestó: “Claro que me vas a pagar, me vas a pagar con una docena de empanadas”.

Y aquella otra historia que cuenta que Favalaro había intervenido a la riquísima Amalia Fortabat, la que luego le llevó unos champagnes carísimos y él se los devolvió diciendo que mejor colaborara con plata para la fundación -que hoy lleva su nombre-, porque eso era mucho más necesario que cualquier brindis.

Entre cuentos, mates lavados y duermevelas de pocos minutos, fueron pasando las horas. Cada vez que se abría la puerta vaivén de cirugía, todo el mundo saltaba de sus asientos para escuchar los informes médicos, cuando los había, otras tantas se trataba sólo de una falsa alarma: un camillero arrastrando pesadamente su vehículo vacío o una enfermera apurada llevando instrumental a esterilizar. Finalmente, el momento llegó. Malena había sido intervenida con éxito y ahora sólo restaba esperar su evolución en las próximas horas.

La primera parte de la prueba estaba superada, a partir de ese momento todos los rezos serían pocos para pedir por la recuperación de la nena. Mario se fue hasta un teléfono público, sabiendo que allá en La Plata estarían todos esperando su llamada, aunque fueran las mil y quinientas. Charo, con su rosario apretado entre las manos, agradecía y pedía, agradecía y pedía...



Los primeros días fueron los más difíciles. Sólo les permitían ingresar media hora a la mañana y media a la tarde para ver a la nena detrás de un vidrio.

Los padres se habían alojado en una pensión cercana, donde se turnaban solamente para darse una ducha y dormir algunas horas, pero siempre uno de los dos permanecía cerca de la sala de cuidados intensivos donde se recuperaba Malena.

En una de esas mañanas en la que Charo estaba sola en el pasillo, uno de los médicos del equipo le avisó que si todo marchaba bien como hasta ahora, al día siguiente pasarían a la nena a una sala común.

No cabía en sí misma y se tuvo que contener para no salir corriendo a avisarle a Mario la buena noticia. Todos estos días habían sido una prueba fortísima para su cuerpo y su alma. Dicen que madre y bebé intercambian algunas células en el momento del nacimiento. Si eso es cierto, sería una buena explicación para justificar el malestar físico que se siente ante el sufrimiento de un hijo.

Pero por ese misterio bendito de los tejidos jóvenes que se reproducen a mil, los nenes se recuperan de formas milagrosas. Y Malena no fue la excepción. Una vez en contacto con sus padres, su carita cambió, comenzó a tener apetito y a sonreír.

Y entonces una tardecita vino él, el doctor René. Enseguida se puso a bromear unos instantes con la nena, que -como si supiera que se trataba de su salvador- le dedicó una de sus mejores sonrisas.

Luego se puso un poco más serio pero, siempre con su voz tranquilizadora, les dijo que si todo seguía como hasta ahora, en pocos días les daría el alta. Sí, el alta era para los tres, porque parecían uno. La operación había resultado satisfactoria y el pronóstico era el mejor. Malena podría comenzar a hacer vida normal ni bien su ánimo se lo pidiera. En un mes y después periódicamente, deberían hacer un seguimiento en La Plata, con un cardiólogo de su confianza, que estaba al tanto de su caso y que a su vez lo mantendría informado. Su secretaria tenía los datos del médico platense.

Mario y Charo no sabían cómo agradecerle. El médico esquivó gentilmente la efusividad de los padres, les dio un abrazo y se perdió rápidamente en el largo pasillo azulejado, en busca de su próxima visita. En sus vidas, en cambio, estaría presente para siempre.



-¿Y qué me dice Ramona? ¿No tengo razón cuando le digo que hay que tener fe? Ya verá como aparece un donante para Tomás y puede recuperarse bien y pronto -dice Mario, que vuelve a emocionarse cada vez que rememora la historia de su hija.

-La verdad que lo que me cuentan me levanta el ánimo, señor, se los agradezco mucho -responde la mujer, que se siente aliviada de haber encontrado gente buena tan cerca, para no estar tan sola.

-Nada de señor, yo soy Mario y ella es Charo y estamos para lo que necesite. ¿Y dígame, ahora entiende por qué está ese cuadro ahí?

-Por supuesto que lo entiendo, qué hombre tan sabio este doctor Favaloro -afirma Ramona.

-¿Sabe que era del barrio? Nació a unas pocas cuadras de acá y fue a la escuela con mi papá y mi tío. El padre era un carpintero muy bueno. René -así le decimos cariñosamente- tenía un hermano más chico que era médico también, eran muy unidos. Todo el mundo lo quiere por estos lares, encima era hinchas del Lobo, como yo. Gimnasia y Esgrima, ¿conoce el club? -aclaró Mario por las dudas.

-Sí, claro, a mí no me gusta el fútbol pero mi esposo se escucha todos los partidos y me comenta de los equipos. Yo le sigo la corriente aunque no entiendo nada, pero sé que acá en La Plata son todos de Gimnasia o de Estudiantes -contesta Ramona, provocando una ancha sonrisa en el carnicero.

-Así me gusta, que en Rauch conozcan a los grandes -bromea Mario largando su clásica carcajada- y ahora Charito contale lo de la Virgen de Luján, dale -dice dirigiéndose a su mujer.

-Si, señora Ramona, yo le aconsejo que se encomiende a ella, va a ver que nunca le falla -responde Charo. Y comienza su relato.

En las largas horas de espera en el sanatorio, Charo hizo una promesa. No tenía la costumbre de hacerlo, pero esta vez lo necesitaba para aferrarse con uñas y dientes a una esperanza. Entonces, se comprometió con la virgen gaucha para ir caminando hasta Luján no bien pudieran hacerlo.

Fue así que, cuando Malena estuvo lo suficientemente repuesta para poder dejarla con su abuela y su tía, que no le sacarían los ojos de encima, Mario y Charo se dispusieron a cumplir con lo prometido. Se habían anotado para viajar con el grupo de la parroquia San Pablo, en el Mondongo, que saldría en un micro

hasta el santuario de San Cayetano en Liniers, desde donde se realiza la travesía a pie hasta Luján, durante 60 kilómetros.

Eligieron hacerlo un 8 de mayo, que es el día de la patrona argentina, el mismo día en el que ella decidió quedarse a la vera del río Luján, en 1630, cuando los bueyes que la llevaban en una carreta rumbo a otros lares, se emperraron -bajo su orden, según la creencia- en dejarla ahí.

Ya el viaje en micro lo hicieron a pura emoción, con rezos y cánticos durante todo el trayecto, hasta llegar a San Cayetano, donde cada 7 de agosto miles de fieles van a pedir y agradecer por trabajo, para conseguirlo y para conservarlo.

Pero la emoción se sextuplicó durante la procesión a pie y la posterior llegada a la basílica. Durante tantos kilómetros, cuando las fuerzas parecen acabarse, miles de personas se dan aliento unas a otras, se ayudan a seguir, se convidan agua y alimento. Unos caminando con dificultad, otros de rodillas, la mayoría con lágrimas rodando por su cara, rezando y cantando, forman una corriente humana que parecería poder mover una montaña.

Extenuados, cuando abandonaron la ruta 7 para ingresar a la ciudad por la avenida principal, la imagen de la basílica iluminada al fondo -ya era de noche después de más de trece horas de caminata- les dio el último aliento para llegar.

Esa noche pernoctaron en el gimnasio de un club, en bolsas de dormir que habían llevado, mientras trataban de recuperar las heridas que el recorrido había infringido a sus pies cansados. Todavía había ánimos para que algún joven empuñara la guitarra y muchas voces adormiladas se le unieran.

El día siguiente que era 8, bien temprano a la mañana fueron a la basílica a rezar laudes -una oración de alabanza- y a la primera misa del día. Cuando ésta terminó, se repartieron estampas bendecidas con la imagen de la Virgen, que tenían abrochado un pequeño trozo de tela.

Pudieron saber entonces que unos días antes, como todos los años para esta fecha, habían hecho el cambio de manto a la imagen original de terracota que reina sobre el altar principal y que hoy está recubierta con una coraza de plata para su preservación. Luego, según la costumbre, habían repartido el traje anterior en pequeños trozos, para entregarlos a los peregrinos.

Cuando volvieron a su casa, exhaustos pero felices, Charo decidió que a partir de ahora haría lo mismo. Desde entonces cada mes de mayo confecciona un vestido celeste y blanco, que borda con canutillos y perlas para su virgencita que, desde

su lugar de privilegio junto al cuadro de Favaloro, abraza y protege a todos los que pasan por el local.

Y claro, ella corta muy cuidadosamente en tiritas el manto anterior y los prende a sendas estampas que ofrece a los clientes de la carnicería. Ahora mismo abre el cajón del mostrador y le entrega una a Ramona, que la recibe agradecida.

-Qué historia emocionante señora, espero que me ayude a mí también a tener esperanzas, a veces se me hace difícil -confiesa la mujer.

-Descuento desde ya que la a va a ayudar -responde Charo convencida.

-Mamá, ¿cuándo nos vamos? Estoy cansado -dice Tomás que ya se había aburrido de hacer volar a su superhéroe y los grandes parecían haberse olvidado de que él estaba allí.

Ramona vuelve de golpe a la realidad. Termina su compra, abraza a su hijo y se va con el corazón más liviano, aunque más no sea por un rato.

## V.

*Somos nuestra memoria... ese montón de espejos rotos.*

Jorge Luis Borges

El cielo se había puesto de un gris color elefante y unos vibrantes relámpagos, que se extendían sobre los techos como várices luminosas, no presagiaban nada bueno. Los truenos que les seguían, siempre retrasados en el viaje, como arrastrando los pies, largaban profusas ondas sonoras que hacían temblar los vidrios y saltar a más de uno en su sitio.

-San Pedro está corriendo los muebles -le dice Mario a Franquito, recordando el dicho de su madre, que para cada ocasión contaba con uno especial-, me parece que se viene abajo todo. Por qué no te vas pibe, ya no falta mucho para cerrar, por lo menos que la lluvia te agarre arriba del micro, seguro que no trajiste paraguas vos, qué lo tiró.

Mario no entendía por qué ahora los jóvenes no usaban paraguas, no le entraba en la cabeza. Disfrutarían empapándose o pensarían que era cosa de viejos, la cuestión es que nunca había podido convencer a las chicas de llevarlo y a los amigos de ellas, menos.

Con paraguas o sin él, la cuestión es que en La Plata, desde el año 2013, las tormentas tienen en el ánimo de sus habitantes efectos distintos que para los de la mayoría de las ciudades. Y el recuerdo aquél vuelve una y otra vez, como le pasaba ahora a Mario. Mientras terminaba de ordenar el exhibidor debajo del mostrador, completando las bandejas de achuras que había traído esa mañana fresquitas el repartidor, comenzó a rememorar los episodios de un otoño tan especial.

Había sido durante un fin de semana largo, tal vez el más largo de la historia argentina: seis días. Nada bueno podía presagiar tanto jolgorio. Como cuando te decían -seguramente alguien amargado y envidioso- una pavada tal como "si te reís tanto, seguro que después vas a llorar". Era Semana Santa, más un lunes sánquche, más el martes feriado por ser 2 de abril, "Día del Veterano y de los Caídos en la Guerra de Malvinas".

La semana anterior Mario había comprado pescado a su proveedor marplatense habitual, porque en esos días de fin de cuaresma se consumía poca carne y

todavía entre la clientela existía la costumbre de hacer para esas fechas alguna empanada gallega, un guiso de bacalao o esas horribles empanaditas de hojaldre rellenas de atún con azúcar arriba y cosas por el estilo, que no le gustan a casi nadie en las familias.

De todos modos, esa tradición ha ido decayendo y ya muchos optan por un flor de asado para el domingo de Pascua y los más prolijos, a lo sumo, el viernes Santo se sacrifican con unos tallarines al fileto con bastante queso rallado para pasar el día. Pero en casa de los Romero se sigue todavía una tradición que viene de las costas gaditanas y que trajeron los abuelos hasta el Río de la Plata: el *bienmesabe*.

Carmen, la madre de Mario, cocinaba como los dioses y había mantenido vivo el recetario que un día trajeron sus antecesores en las valijas desde la bahía de Cádiz, surcando el Atlántico. Luego Charo, que también tenía una gran mano en la cocina, había aprendido de su suegra, entre otros platos, a hacer el bienmesabe.

Era una receta típica de las casas humildes de la ciudad de Gadir, tal como fuera fundada la actual Cádiz en el siglo XII a.c. por los fenicios de Tiro y que significa fortaleza. Luego los romanos la rebautizaron Gades y los árabes Qādis. Esta antigua e histórica ciudad también vio nacer a La Pepa, nombre de la primera constitución española promulgada en 1812, el día de San José, el 19 de marzo, de ahí su apelativo coloquial.

El rico y sustancioso plato se prepara con cazón marinado en vinagre de Jerez, orégano, ajo y pimentón, por varias horas. Luego se lo escurre, se lo enharina y fríe y se lo acompaña con “papas aliñás” y rodajas de pan raspadas con un tomate bien maduro y ajo, con sal y aceite de oliva. Lo que se dice una verdadera delicia.

Hasta existe el día mundial del bienmesabe, el 3 de octubre. Nadie sabe muy bien por qué eligieron ese día y tampoco importa. Eso sí, no se debe confundir esta comida con el cazón en adobo, cuya única diferencia es que en lugar de pimentón lleva comino, pero esto parece ser toda una cuestión de estado y mejor no meterse con temas tan delicados.

Lo cierto es que como algunos en la familia aprovecharían los feriados de talle extra largo para pasear, decidieron juntarse el martes 2 en casa de Laura al mediodía, para que pudieran estar todos ya de vuelta. Amaban las reuniones

familiares y no perdían la oportunidad de estar juntos. Charo se encargaría de llevar todo preparado como para freír el pescado a último momento en lo de su cuñada y comerlo recién hecho.

El tiempo había sido inmejorable durante la Semana Santa, cosa muy poco frecuente, porque inevitablemente llueve para esos días, no importa en qué fecha del calendario gregoriano caigan. Y si vas a Mar del Plata, peor, más que seguro te tocarán vientos huracanados y frío, adhiriéndose en un todo la temperie al celeberrimo principio de Murphy, ley enunciada por el ingeniero aeroespacial Edward A. Murphy Jr. después de la segunda guerra mundial, y que sostiene que “si algo puede salir mal, saldrá mal”.

Pero como toda regla tiene su excepción -si sabremos de excepciones en leyes-, esta vez no se cumplió: veintipico de grados, solcito otoñal, una maravilla, era el comentario generalizado de los que se habían ido de paseo y hasta habían podido mojar los pies a la orilla del mar. También de quienes se quedaron y aprovecharon esos días libres para caminar por la ciudad.

El martes 2 sin embargo, amaneció gris y húmedo, con nubes densas. Toda la familia se aprestaba a reunirse en casa de tía Laura. Hasta Raquel confirmó su presencia, hecho totalmente inusual. Mario estaba contento por eso, no le gustaba que hubiera rispideces entre los parientes porque él era un componedor nato. A veces se le iba la mano, porque en realidad no se puede tener conforme y controlado a todo el mundo, pero el hombre no podía con su genio.

Como todos los años, bien temprano fueron con Pelusa y el Ruso a plaza Malvinas para rendir homenaje a su amigo Ramiro y a todos los compatriotas que entregaron su vida en el sur. Parecía mentira pero ya habían pasado 31 años de aquel enfrentamiento desigual. El clarín soltó su voz desgarradora y el silencio siguió a un ¡Viva la Patria! demoledor. Se abrazaron los tres, dejaron su infaltable ramo de flores y luego cada uno partió a sus respectivos destinos.

Mario se marchó rumbo a la casa de su hermana para ver si necesitaba una mano, porque Adrián hoy trabajaba todo el día. Estaba de guardia en la empresa de seguridad que lo contrataba y debía hacer la vigilancia de una fábrica en el Camino Belgrano. De joven había trabajado en la policía y por lo tanto estaba entrenado para esa tarea, aunque su esposa nunca se había resignado a que él tuviera una profesión de tamaño riesgo. Todavía acostumbraba a esperarlo despierta, no importaba la hora en la que volviera.

En casa de la menor de los hermanos Romero, su marido Adrián y sus dos hijos, había un garage bastante amplio que acomodaban para las reuniones, con mesas y sillas plegables que guardaban, cuando no se usaban, en un mueble chato en un rincón, permitiendo hacer lugar para el auto. En la parte de arriba, un pequeño entrepiso servía para amontonar reposeras, algún neumático viejo y otros objetos inútiles que existen en todo hogar, pero que nadie se decide a tirar o regalar.

Mario ayudó a su hermana a armar las mesas y sillas y aprovechó para tomarse unos mates y charlar un rato con ella. Seguía siendo su hermanita aunque los dos hubieran doblado hace tiempo la curva de los años sin cuenta. Un olor dulce inundaba la cocina, porque Laura había preparado su famosa milhojas, que esperaba su destino fatal sobre la mesada de granito.

Sólo la hacía en las grandes ocasiones, porque le llevaba unas cuantas horas de trabajo, estirando la masa, doblando y enfriando varias veces, horneando y luego rellenando en capas con el glorioso dulce de leche argentino, ese que se te pega en el paladar y te da escalofríos en los carrillos. Para completar, una capa de fondant lustroso, ese que se quiebra y aletea al cortar las porciones y que agrega una dosis más de azúcar al conjunto, por si hiciera falta. Les gustaba a todos, sin excepción.

Más tarde y cuando estuvo completa la mesa, la reunión transcurrió, como siempre, en un clima alegre y ruidoso en el que todos hablan al mismo tiempo y largan carcajadas sin pudor. Luego de atacar la milhojas, los hijos de Laura trajeron guitarra y bombo para repasar entre todos el trillado cancionero familiar y bailar alguna chacarera doble o recitar por centésima vez algún aro-aro que todos conocían de memoria. Valeria había invitado a su noviecito nuevo, que no tenía nada de tímido y que, tomando la guitarra, tocó algunos temas propios, con muy buena voz de tenor.

Pasadas las primeras horas de la tarde, la que dio la voz de aura como solía acostumbrar, fue Malena:

-Familia, yo me tendría que ir yendo -en esa superposición de tiempos verbales bien criolla- tengo que levantarme tempranísimo y quiero aprovechar el resto de la tarde para estudiar, tengo que rendir una materia del posgrado.

-¡Siempre estudiando esta chica! Así no te vas a casar nunca -contestó Raquel con su espíritu filoso y meterete habitual.

-¡Mamá! -contestó Charo usando un acento cortante que lo decía todo- Tiene razón Malena, mejor vamos que se está poniendo muy feo, aprovechemos antes de que se largue.

Primero ayudaron a terminar de acomodar las cosas y luego se fueron cada quien para su lado. Como pasa en general en las reuniones, cuando alguien toma la iniciativa se levanta campamento y en un rato no queda nadie. Cual pase de magia, en el lugar que hasta recién estaba colmado de voces y risas, de repente habita el silencio.

Después de esperar un buen rato a que Valeria se despidiera de su amigovio que había venido en bicicleta, Mario y familia partieron en su auto. Dejaron primero a Raquel en su propio departamento y continuaron a su casa dispuestos a descansar -salvo Malena- el resto de la jornada.



El ser humano está habituado a convivir con los fenómenos naturales desde el comienzo de los tiempos. Es por eso que sin necesidad de recurrir al pronóstico meteorológico, que a pesar de todos los avances tecnológicos suele errarle de acá a la China, puede darse cuenta si hay mucha humedad, sabe que “cielo empedrado es suelo mojado”, conoce que si el sol se puso rojo mañana va a haber viento o que si hay mamboretás en el jardín significa que el soplo va cambiar de norte a sur o viceversa.

De la misma forma, el oído sabe reconocer en el techo de chapa si está chispeando, si cae granizo, si es un chaparrón o un diluvio. Pero esa tarde-noche platense, nadie podía entender lo que estaba pasando y era lógico, después, mucho después del desastre, se supo que lo que había pasado era algo excepcional que ocurre una vez en mil años y que ese día nadie había podido prever, ni siquiera los que se dedican a hacerlo, que iban a caer 400mm de agua en apenas cuatro horas.

Charito miraba hipnotizada por la ventana que da al jardín, esperando ese amague que hace el agua cuando para un ratito de caer y después sigue. Esa frenada son litros y litros que se alcanzan a desagotar en las calles y permiten que

todo el sistema de desagüe responda adecuadamente. Pero acá no, ese respiro no llegaba nunca y ella se daba cuenta que algo muy malo estaba ocurriendo.

Cada tanto iba hasta la vidriera de la carnicería para ver como pintaba la calle. El agua estaba de cordón a cordón pero corría libremente sin subir de ahí, salvo cuando pasaba algún auto levantando dos abanicos espumosos a los costados, que baldeaban las veredas. Por suerte en la zona donde ellos vivían nunca el agua había llegado a las casas, pero no sabía qué podría pasar hoy.

Mario mientras tanto, miraba los distintos canales de noticias que ya tenían móviles en los diferentes barrios de la ciudad que habitualmente se inundan, en esta zona subtropical y húmeda, acostumbrada a grandes lluvias y calles anegadas. Entonces, sonó su teléfono. Era su hermana.

-Hola Laurita, ¿qué pasa, cómo están ahí? -preguntó Mario, ya preocupado de antemano.

-Hermano, tenemos el agua en las rodillas y sigue subiendo, con los chicos no sabemos qué hacer. Nunca jamás entró agua en casa, no sé qué está pasando -contestó Laura, con voz temblorosa- Y Adrián no me contesta, ¿no tendrá señal?

-Quedate tranquila que salgo para allá, acá estamos bien y del lado de Raquel no hay problemas porque está en un quinto piso, recién habló con Charito y va todo en orden. Ahora intento comunicarme con tu marido.

-Gracias Marito, pero cuidate por favor, yo ya subí los papeles y documentos lo más alto que pude y los chicos pusieron el equipo de música arriba de la heladera, pero me parece que no va a ser suficiente.

-No hablemos más, estoy saliendo -le corta Mario, que ya está con las llaves del auto en la mano.

Después de las mil recomendaciones de Charo y luego de pedirle que tratara de comunicarse al móvil de Adrián o que buscara el teléfono de la fábrica en la guía, que todavía debía figurar porque era una empresa de muchos años, Mario salió a la inhospitalidad de una noche que sería interminable.



Después de ver truncada su carrera deportiva, Mario siguió haciendo actividad física durante toda su vida. No era que no le pesara aquella historia, muchas veces soñaba con su figura atlética recorriendo un campo de juego con la pelota cosida al pie, con un estadio repleto de personas que lo aclamaban. Quien sabe, formando parte de un gran equipo argentino o europeo o incluso vistiendo la celeste y blanca. Hasta podría haber compartido la escuadra con Maradona, sólo se llevaban tres años.

Luego se despertaba y era agradecido con la vida que le había tocado. Estaba feliz de haber dejado cualquier futuro posible para ayudar a su viejita y tenía una familia que era su orgullo. Pero además, nunca dejó de hacer deporte. Era también un gran nadador y aún hoy, todas las semanas se juntaba con sus amigos para jugar un fútbol 5. No sabía que esa noche pondría a prueba todo su vigor y destreza.

En el trayecto hacia la casa de Laura, bajo una lluvia que no se resignaba a ceder, iba atravesando calles anegadas y cruzando autos a punto de claudicar. Por suerte el suyo tenía una carrocería bastante elevada e iba resistiendo. Pero a medida que se acercaba al parque Castelli, cerca del barrio de su hermana, ya había vehículos abandonados y otros con personas adentro esperando vaya a saber qué milagro.

Faltaban pocas cuadras para llegar cuando se dio cuenta de que el auto comenzaba a flotar y que no podría seguir avanzando. Decidió subir a la rampa de un supermercado que parecía suficientemente alta. Primero telefoneó al fijo de su casa para saber si todo iba bien por ahí y Charo le confirmó que estaban a salvo y que había podido comunicarse con su cuñado. Lo había puesto al tanto de todo. Mario a su vez le contó sin mucho detalle que estaba por llegar a lo de su hermana. Luego intentó llamar a Laura, pero le atendió el contestador. Dejó entonces sus cosas, puso el freno de mano y el cambio en primera, cerró el coche y se fue caminando sólo con la llave y el teléfono.

Cuando quiso acordar, el agua le llegaba a la cintura y un poco después, haciendo de tripas corazón, se aseguró que llave y teléfono estaban bien guardados en un bolsillo con cierre de su pantalón y comenzó a nadar.

El agua estaba helada y sucia. Olía a combustible. Ramas, papeles y bolsas de plástico se enredaban entre sus manos y le entorpecían la marcha. La ropa y los zapatos le pesaban y la corriente lo empujaba en sentido contrario, pero él seguía adelante sin pensar más que en llegar. No quería ni mirar hacia los costados, sólo pensaba en su familia.

Por fin avistó la entrada de la casa y se dio cuenta con desesperación de que el agua superaba el metro y medio. No podía creer que en ese mismo lugar hace unas pocas horas todo era risas y diversión.

El lugar estaba cerrado y oscuro. No quería pensar en lo peor. Trepó por un paredón lateral y subió al techo bordeando la casa y al llegar a la parte posterior del garage, vio una débil luz que se mostraba en la pequeña ventana trasera del entrepiso. Se asomó para mirar y pegar un grito y enseguida escuchó la voz de Marcos, su sobrino mayor, que había corrido uno de los paños de vidrio:

-¡¡Tío!! ¡Estamos acá! -con una expresión que denotaba su angustia, estiró sus manos para ayudarlo a entrar, después de que el hombre hiciera malabares bajando por la cornisa hasta la ventanuca.

-¡Mario!, ¿cómo hiciste para llegar? Estás empapado, Dios mío -dijo Laura, abrazándolo, casi tan mojada como él, una vez que estuvo adentro-. Cuando vimos que el agua seguía subiendo se nos ocurrió venir acá arriba y por suerte había una luz de emergencia que Adrián deja siempre enchufada. Yo corté el gas y la térmica antes de subir, creo que lo demás lo perdimos todo.

Estaban apretados en el poco lugar que había entre los trastos viejos, pero al menos estaban juntos y sanos. Mario sintió que se aflojaban sus músculos, entre el alivio y el cansancio, pero no se permitió rendirse. Les transmitió tranquilidad respecto de Adrián y el resto de la familia. Sus caras habían cambiado al verlo y escuchar su relato. Ahora lo único que podían hacer era esperar a que bajara el agua y realizar control de daños.



Como nunca, el agua se negaba a retirarse. Pasaron toda la noche en su guarida, dándose ánimo, recordando chistes viejos, haciendo pis por turnos en un

baldecito de playa - vestigio de los veranos en Mar de Ajó- o dormitando de a ratos. Cuando al fin dejó de llover, no dejaban de mirar hacia el lago que se había formado en el jardín trasero y que una luna en cuarto menguante filtrada entre dos nubes acariciaba, con la esperanza de verlo desaparecer.

Los chicos contaban los escalones de la escalera de madera que daba al garage y que habían quedado sobre la superficie: tres. Y de ahí no se movían. Otros siete estaban sumergidos.

El teléfono de Mario estaba inutilizado y prefería no pensar que pasaría con la llave del auto. Laura había conservado su móvil seco, pero era lo mismo, porque no tenía señal. Seguramente todo había dejado de funcionar ahí afuera.

Increíblemente, con el amanecer, un cielo azul comenzó a abrirse en el pequeño rectángulo de la ventana, como si nunca hubiera habitado allí ni una mínima nube. Casi al mismo tiempo, Santiago, el menor de Laura, pegó un grito:

-¡Cuatro escalones!

Y después fueron cinco, seis... hasta que, como si alguien hubiera quitado una manta líquida que yaciera sobre todas las cosas, el piso, o lo que aparentaba serlo, quedó al descubierto.

Ahí comenzaba otra historia. Enfrentarse con lo que había quedado, era un golpe tan difícil de asimilar, que no sabían para donde mirar. Por suerte, en un rato llegó Adrián y la felicidad de encontrarse apaciguó bastante la angustia de lo por venir.

Mario los dejó entre abrazos y lágrimas, con la promesa de volver muy pronto a ayudarlos en todo lo que fuera necesario. Sabía que Charo y sus hijas estarían preocupadísimas por no saber nada de ellos en tantas horas y no quería tardar ni un minuto más en volver a su casa.

Cuando empezó a caminar hacia donde había dejado el auto, un paisaje de posguerra se abrió ante sus ojos. Aprovechando el sol radiante que duraría milagrosamente más de quince días, para mitigar en algo tanta desolación, los vecinos sacaban a la vereda todas las cosas que ya no servían, o las que aún podían salvarse, secándolas.

Los autos aparecían estacionados de cualquier forma, con todas sus puertas abiertas y sus alfombras desparramadas, tratando de que se secaran. Colchones

y frazadas ocupaban gran parte de las barandas y balcones. Un señor entrado en años repasaba con papel su colección de discos de pasta mientras su mujer intentaba sin mucha suerte recuperar los álbumes de fotografías, testigos fieles de la historia.

Finalmente Mario llegó hasta su vehículo y, sin mucha convicción, presionó el botón abre puertas. Se merecía un milagro: la alarma largó un bip-bip y las puertas se desbloquearon. Introdujo la llave en el contacto y pudo encender el motor. Ahora, sólo quería llegar a casa y abrazar a su familia.



Los días que siguieron, parecían sacados de una película de catástrofes. Sin agua ni electricidad, ni teléfonos móviles, las noticias fueron corriendo de boca en boca, cuando cada uno podía llegarse hasta la casa de familiares y amigos damnificados.

Mil historias, algunas trágicas e irreversibles, otras milagrosas, muchas solidarias, fueron llenando las páginas de una crónica que permanecería grabada a fuego en la memoria colectiva. Y una vez más quedó en evidencia la capacidad que tienen los seres humanos para reponerse ante cualquier adversidad, por grave que esta sea.

Mario pudo salvar la mayor parte de la mercadería en su cámara, que conectó a un pequeño grupo electrógeno. De todos modos, decidió vender a precio de costo todo su stock, para dar una mano a quienes lo estaban pasando peor.

El ferretero de la esquina trabajó día y noche destrabando puertas hinchadas por el agua o cambiando cerraduras inutilizadas, sin cobrar un peso de mano de obra.

También hubo casos como el del almacenero de la otra cuadra, que no quería vender agua envasada para no tener que abrir la heladera, cuando de las canillas del barrio no salía una gota. Por suerte, historias como ésta fueron las excepciones.

-Esta tormenta me hace acordar a la de 2013 -le dice el carnicero a Franco que, obedeciendo a su patrón, se dispone a partir en medio de los truenos- qué

historia, vos eras chico, mucho no te acordarás -todo aquello había pasado en segundos como un rayo por su mente.

-Sí que me acuerdo don Mario, en mi barrio la gente pasó la noche arriba de los techos, eso no se olvida más.

-Tenés razón nene... bueno, dale andate, no te entretengo más y haceme acordar que para tu cumpleaños te regale un paraguas -bromea Mario.

Cierra la puerta detrás de su empleado y trata de espantar de un plumazo los malos recuerdos que se empecinan en volver. Su casa había quedado milagrosamente a salvo esa vez pero, como en un tablero de ajedrez, el caballo desbocado del agua fue jugando al azar, una casilla para allá y dos para acá, invadiendo los hogares de mucha gente querida.

Para entibiar la evocación, recuerda también que el Lobo de sus amores ascendió a primera pocos días después. Fue una pequeña alegría como recompensa para media ciudad vapuleada.

## VI.

*Un hijo es como tener algo siempre al fuego.*

Xacobe Casas

Malena sale apurada de su casa, hoy no pudo esperar para tomar el cafecito que le prepara Charo todas las mañanas, mientras aprovechan a charlar un rato de las últimas novedades. Su vida es así, a las corridas entre el hospital, sus clases de posgrado y las horas quitadas al sueño para estudiar.

Sus padres están preocupados -condición intrínseca e inalienable de toda madre y de todo padre que así se precie y que no mejora con los años, más bien empeora- por su nena. La delgadez extrema de Malena, su dedicación exclusiva a la profesión, sus pocas horas de sueño, son todos motivos para alarmarlos, sumados a sus antecedentes de salud que, aunque totalmente superados, siguen atornillados a sus mentes febriles, aunque jamás se lo demuestren a su hija.

Pero también reconocen que la ven feliz con su vida, haciendo lo que le apasiona.

Desde chica, Malena tuvo decidido estudiar de médica. Nada de tacos altos ni de tacitas de té, ella andaba por la casa con un estetoscopio plástico del juego de enfermera, auscultando a cuanto ser, vivo o no, se cruzara por su camino. Tan es así que, viendo su entusiasmo, cuando fue un poco más grande su tía le regaló para un cumpleaños uno de verdad y estaba tan encantada como si se tratara del juguete máspreciado para una nena de su edad.

Escuchaba los latidos de su propio corazón o pedía a medio mundo que tosiera para poder percibir en sus espaldas el paso abrupto del aire a través de los pulmones. Otras veces usaba el antiguo “diga treinta y tres”, que seguramente habría visto en algún dibujo animado y que provocaba la risa de los mayores. No era difícil pensar que, aunque fuera muy pequeña cuando ocurrió su intervención al corazón, aquellas imágenes y sensaciones la habrían marcado de por vida e inconscientemente quería devolver algo de lo que había recibido.

Hizo la carrera en tiempos acordes a su ansiedad por ejercer y decidió que sus pacientes serían los más pequeños que, como lo fue ella, eran salvados cada día por personas que entregaban cuerpo y alma por un bien mayor. ¿Qué sería de la

humanidad sin los profesionales de la salud en general? No se tiene cabal idea de lo que dejan cada día para que nuestras vidas sean más dignas, más largas, mejor vividas. Tal vez cuando la enfermedad llama a la puerta, se aprende a valorarlos un poco más justamente.

Cuando Malena se recibió, hizo la residencia médica en Clínica Pediátrica en el Hospital de Niños de La Plata y de allí nunca se alejó, dedicándose a la atención de urgencias y cuidados intensivos y a especializarse continuamente, para mantener sus conocimientos al día. Hoy todos en el equipo la ponderan por tener un temple especial para lidiar con el sufrimiento infantil, pero para ella las recompensas son sobradamente mayores.

Esta mañana, cuando por fin llega a su sala, la enfermera de turno le avisa que hay una señora aguardándola desde temprano, sentada en el espacio asignado a la espera en diálisis. La acompaña para indicarle cuál es y enseguida Malena se acerca hasta ella.

-Buenos días señora, soy la doctora Malena Romero, ¿usted quería hablar conmigo?

La mujer se levanta como un resorte y retorciéndose las manos la saluda:

-Buenos días doctora, yo vivo enfrente de su casa, sus papás me dijeron que podía consultarle por cualquier cosa, fueron tan amables conmigo... Perdón, me llamo Ramona Aráoz, mi hijo necesita un trasplante de riñón -dice atropelladamente la afligida madre.

-Tranquila, siéntese por favor. Sí, mis padres me comentaron sobre ustedes ¿Cómo es la situación ahora? -pregunta la doctora, acomodándose en una silla junto a ella.

-Resulta que a mi hijo, Tomás, le hicieron todos los estudios y a mí también, para ver si éramos compatibles, pero salió que no, por desgracia, doctora -comienza a relatar Ramona a borbotones-. Pero ahora se puso peor, le están haciendo diálisis y me dicen que lo pasaron a prioridad nacional o algo así y como estoy sola quería saber si usted me podía averiguar algo más. ¿Eso quiere decir que está grave?

Malena le toma las manos y comienza a hablarle con voz pausada:

-Mire Ramona, en primer lugar le digo para que se quede tranquila, que su hijo está en el mejor lugar posible para tratar este problema. Yo voy a ponerme al

tanto de todo y le voy a informar enseguida. Ahora mismo voy a ver a Tomás y a hablar con los médicos que están a cargo de su caso. Espéreme acá por favor -en un instante Malena desaparece tras la puerta vaivén.

Ramona suspira aliviada, esa chica es digna hija de sus padres -piensa- y dentro de su preocupación, se siente afortunada de haberlos encontrado.



El presentimiento de Ramona no estaba para nada errado, el cuadro se había tornado grave y por esa razón, Tomás estaba en emergencia nacional. Por tratarse de un niño, que además había sufrido complicaciones en las últimas horas, estaba al tope de la lista de receptores de órganos.

Malena trató de explicarle la situación de la manera más sutil, pero era urgente que la madre estuviera al tanto de cómo podrían ser los próximos acontecimientos. Si aparecía un donante, en pocas horas su hijo entraría a la sala de operaciones. Se ofreció también para comunicarse con el esposo de Ramona, explicarle la situación actual y pedirle que en lo posible viajara a la brevedad para hacerse presente en el momento de la intervención y estar a su lado. La mujer no entendía ni dónde estaba parada, era necesario ayudarla.

Finalmente, en unas cuantas horas el posible donante apareció. Dos historias, dos familias que hasta recién no tenían nada que ver entre sí, se veían atravesadas por una ráfaga de dolor y otra de esperanza. La del donante, en medio del duelo, debiendo decidir si prolongar la vida de su ser máspreciado en el cuerpo de otro, desconocido. La del receptor, aferrada a una promesa de salvación que pende de un hilo. En medio de todo, infinidad de gente que trabaja arduosamente para que todos los plazos y cuidados puedan cumplirse con éxito.

Los equipos estaban listos. Dada la urgencia, el traslado del órgano se realizó cuando no se habían completado aún los testeos para saber si los niños eran compatibles. El nerviosismo se hacía sentir en el cuerpo médico hasta que al final y milagrosamente, el *crossmatch* dio negativo: el suero de Tomás, con sus anticuerpos, no rechazó los linfocitos del donante. El proceso de implante podía comenzar.

Permitieron a la madre ver por unos instantes a su hijo y besar su manito fría, antes de que se lo llevaran rápidamente. A partir de ese momento todo sería actividad, concentración y precisión puertas adentro, donde las horas volarían sin sentido. Afuera, el tiempo sería eterno, rezando y esperando que las hojas de madera esmaltada se abrieran por fin, indicando que todo había concluido.

Charo había llegado para hacerle compañía a Ramona y trataba de sacarle tema de conversación para distraerla un poco, pero ella misma casi no podía disimular la ansiedad. Era sólo un niño... los recuerdos de las largas horas vividas con Mario esperando por Malena en la clínica, volvían inevitablemente a su mente como en un desfile fantasmal.



Ricardo, el padre de Tomás, llegó a la madrugada, cuando la operación seguía su curso y no había novedades todavía. Lo había traído su sobrino desde Rauch, un joven que hacía traslados de personas a distintos puntos de la provincia, especialmente a los aeropuertos y también a la capital de la provincia.

Ramona se abrazó a su esposo como quien se aferra a una tabla en el mar revuelto. Toda la angustia cayó sobre sus hombros menudos y se dejó perder en los brazos de su compañero. Cuando al fin pudo calmarse lo llevó a un rincón apartado para ponerlo al tanto de la infinidad de cosas que habían pasado en las pocas horas transcurridas, que parecían una eternidad.

Malena, que acompañaba a su vecina en ese momento, casi había obligado a su madre a volver a casa para que descansara, ella ya estaba muy acostumbrada a las largas noches en la guardia, sostenidas a café y charlas para no dormirse. Además, quería estar presente cuando la intervención finalizara, para poder mantener informada a la familia. Ahora que había llegado el papá de Tomás, se sentía más tranquila.

-Perdón, me presento, soy Malena Romero, vecina de Ramona y Tomás, vivimos en la casa de enfrente. Además trabajo aquí en el hospital -saluda la doctora al chofer y sobrino, con un apretón de manos y una sonrisa fatigada.

-Encantado, soy Miguel Aráoz, mi padre era el hermano mayor de Ricardo, el papá de Tomás. Un gusto conocerla y gracias por acompañar a mi tía, seguro que se sentiría muy sola todo este tiempo -responde cortésmente el recién llegado, con mano firme- Tomás es su único hijo y ellos tuvieron que esperar muchos años para que llegara, así que se puede imaginar cómo están viviendo todo esto.

-Es mi deber, no se preocupe. Soy médica pediatra y seguramente podré hacer el seguimiento del posoperatorio y tener al tanto a la familia -contesta amablemente Malena- ¿Ya habías venido por la ciudad? Podemos tutearnos, me imagino.

-Sí, claro. Siempre vengo porque traigo y llevo personas en mi camioneta y también transporto paquetes o realizo distintos trámites para la gente de mi pueblo.

-¿Cómo es Rauch? Nunca he estado -pregunta curiosa Malena, de paso para despabilarse un poco.

-Como cualquier ciudad de provincia, es un pueblo rural que vive principalmente de la agricultura y la ganadería. Pero a pesar de eso, tenemos un castillo, una municipalidad hecha por un arquitecto famoso y hasta un órgano enorme en la iglesia -responde orgulloso Miguel.

-Bueno, ya me dieron ganas de conocerla, sos muy buen vendedor. Sentémonos, que tenemos para un rato largo aquí -invita Malena con un gesto de su mano.

La charla continuada fue derivando por distintos vericuetos y ayudó a pasar los largos minutos que, convertidos en horas, se acumulaban en la espera.

Malena no era de ponerse a hablar con cualquiera porque sí nomás y menos de banalidades como el mal tiempo o el precio de los tomates, pero sólo un rato después de empezar a conversar, parecía que con Miguel se hubieran conocido de toda la vida.

El joven le contó que había comenzado la carrera de veterinaria hacía unos años en La Plata. Le encantaban los animales y su sueño era dedicarse a la cría de caballos. Pero el destino quiso que su padre falleciera joven y entonces él debió hacerse cargo de su familia y ya no pudo continuar con sus estudios. Pero no perdía las esperanzas de poder encarar esa actividad algún día.

Malena le estaba relatando a Miguel la historia de su propio padre, que había sido muy parecida, cuando la puerta que escondía la respuesta a todas las ansiedades, finalmente se abrió.



El cirujano principal apareció en escena y se sentó junto a los padres, estirando las piernas. Llevaba el barbijo bajo el mentón, su uniforme de colores vivos -para evitar el miedo al delantal blanco de los pacientes- y las marcas del cansancio en el rostro, pero enseguida dibujó una sonrisa y, poniendo una mano afectuosa en el hombro de Ramona, habló con voz pausada:

-Ya terminó la cirugía, fue muy larga y compleja, pero todo salió como estaba previsto, hicimos lo necesario para que fuera así. El riñón está funcionando, ahora es un momento delicado en el que hay que esperar que no se produzca rechazo del órgano. Lo vamos a estar controlando muy de cerca.

-¿Lo podemos ver doctor? -pregunta Ramona, que sólo ansía ver la carita de su hijo y apretar sus manos.

-No todavía, pero si todo marcha bien, en unas horas lo llevaremos a cuidados intensivos y ahí podrán verlo un ratito. La doctora Romero los va a tener al tanto -responde el médico señalando a Malena. Luego saluda y se retira con paso cansino por donde vino.

La familia se entremezcla en abrazos y no se olvidan de Malena, que también está conmovida. Sabe que lo más difícil ha pasado, pero que lo que viene es también una etapa ardua. Confía en sus colegas y sabe que Tomás está en las mejores manos. Ahora serán tiempos de cuidados y contención y ella es experta en la materia.

Intercambian números de teléfono con Miguel, que debe marcharse para seguir con su actividad, pero se prometen seguir en contacto. Al apretón de manos le agregan un beso en la mejilla y el adiós se parece mucho a un hasta pronto.

Cuando Malena llega a casa -después de enterarse de los detalles de la intervención a través del equipo médico-, ya es de día. Su padre está en la puerta de la carnicería como todas las mañanas, pero esta vez se demoró un poco más

para ver si su nena llegaba del hospital. La observa doblar la esquina en su autito compacto -que la lleva de aquí para allá por toda la ciudad-, estacionar frente al negocio y bajar maletín en mano con su silueta delgada de largas piernas, su eterno delantal blanco y los cabellos recogidos bien tirantes, siempre impecable.

Mario sale a su encuentro para ver de cerca esa cara demacrada pero feliz y siente un gran orgullo por su hija. La conoce muy bien, por eso imagina, leyendo su rostro, lo que ella le dirá:

-Todo anduvo bien papi, ¡qué alivio! -dijo Malena abrazando con fuerza a su padre.

-Cuánto me alegra, mi querida, ¡qué suerte para esa familia! Bueno, ahora entremos que tu madre te está esperando con el café listo y sábanas recién cambiadas. Te merecés unos cuantos mimos.

Fueron hasta la cocina y además del café, Charo había cubierto la mesa de cosas ricas porque sabía que su hija no habría comido nada en muchas horas. No la dejaría ir a descansar hasta que se alimentara como corresponde y de paso, les contara todos los detalles de la noche pasada en vela.

Cuando al fin Malena termina de relatar los pormenores de la operación y de asegurarles de que todo ha salido muy bien, agrega otra novedad como al pasar:

-Estuve charlando por horas con el sobrino de Ramona, Miguel. Lo trajo al marido desde Rauch. Es muy agradable.

Mario, que no da puntada sin hilo, le espeta con una sonrisa pícara:

-Mmm... Ya veía algo diferente en tus ojitos, nena.

-¡Ay papá! No seas casamentero como la abuela, por favor -refunfuña Malena ruborizándose muy a su pesar.

Charo sonríe y cuando mira a su marido, éste se da cuenta de que ella vio lo mismo y le devuelve un guiño cómplice.



-Buen día Mario, ¿cómo anda? — Petrella llega bien temprano a la carnicería a buscar el pedido que había encargado para el fin de semana.

El carnicero baja el volumen de la radio que está escuchando a todo lo que da, donde transmiten las noticias del panorama de las nueve. A pesar de que después protesta porque no hay una buena, no puede evitar la costumbre de estar informado, aunque digan -como recién- que aumenta la nafta por segunda vez en el mes. De eso, a la suba de la carne, hay sólo un paso. Reprimiendo una maldición, saluda con una sonrisa:

-Hola Portella, qué bueno verlo por aquí, ¿qué cuenta?

-Petrella, don Mario, Petrella -responde resignado el hombre.

-¡Uy vea perdóneme, usted me va matar, qué distraído soy! -y Mario se quiere matar de verdad- Sabe qué, nunca me animé a confesarle lo que me pasa, pero hoy se lo voy a contar. Yo tenía un compañero en la primaria de apellido Portella, que era el verdadero demonio. Andaba molestando a medio mundo y yo no me podía aguantar y dos por tres lo sacaba carpiendo, por eso me quedó grabado ese nombre, que lo tiró.

-No se preocupe, no es para tanto -lo tranquiliza Petrella, que es todo un caballero- lo único que espero es que a mí no me saque de raje también.

-Faltaba más, hombre. Ahora yo digo, ¿nunca me va a tutear verdad? -pregunta Mario para devolver la pelota- Me hace sentir un viejo, che. Franquito, arreglá el mate así nos tomamos unos verdes con el señor -le pide a su ayudante, que sale presuroso con termo y mate para el cuarto trasero, para calentar agua y cambiar la yerba.

En ese momento, ingresa uno de los clientes fijos de Mario:

-Buenas don, ¿tiene algo para dar? -un purrete desgredado de cara triste se cuelga del mostrador.

Mario lo conoce de memoria, es uno de los tantos chicos de una familia que vive a la vuelta y pasa penurias como tantos. Siempre tiene preparado unos bifés de carnaza o un poco de espinazo para darle, como hacía su abuelo hace un siglo. Le enseñó al pibe a agradecer antes de irse y otras veces él mismo se ofrece a barrer la vereda cuando hay muchas hojas.

Mario despide al muchachito y continúa la charla:

-Le preguntaba por qué no me tutea, así yo también puedo hacerlo, hombre.

-Es más fuerte que yo, vea. A mi padre, que en paz descanse, nunca lo he tuteado. Me quedó esa costumbre y me parece una falta de respeto eso del voceo.

-Pero no, Petrella, al contrario. Los tiempos cambian y uno tiene que adaptarse, no se puede quedar anclado en el pasado. Mire, lo que antes parecía una falta de respeto como usted dice, ahora es una señal de afecto, de tratar a la otra persona como un igual. El respeto se demuestra de otra manera.

-No sé, no sé -dice poco convencido Petrella- lo mismo eso de estar besuqueándose con todo el mundo. ¡Por favor! Antes los varones nos dábamos la mano y gracias. Mi padre jamás me abrazó. Y a las damas señor mío, se les hacía una reverencia.

-Me hace reír, hombre -y del dicho al hecho, Mario larga una carcajada sonora-, yo no pienso así, mire. Me encanta que los jóvenes me saluden con un beso y un abrazo. Y cuando me tratan de vos, me hacen rejuvenecer -responde Mario, mientras le extiende un mate espumoso a su cliente.

-En fin, cada maestrillo con su librillo. Y yendo a lo nuestro, ¿me consiguió las picañas? -Petrella corta la charla como siempre que se le terminan los argumentos y devuelve el mate después de hacer sonar a fondo la bombilla.

-Claro que sí, lo prometido es deuda -responde Mario, que lo conoce de sobra y por eso le sigue la corriente-, pero ya le dije que se llama tapa de cuadril. Eso de picaña o *picanha* -imita el acento brasileño, pronunciando la *a* mezclada con una *o* nasal- es un invento de nuestros vecinos verde amarelos. Le digo más, antes no la separábamos del cuadril, se cortaban enteros los bifachos y a otra cosa.

-Pero entonces fue un gran descubrimiento, porque es tiernísima y siempre sale rica y jugosa. Yo la dejo adobando desde el día anterior y después la hago al horno despacito y queda como una manteca -dice Petrella mientras no puede disimular que se le ha hecho agua la boca.

-No le puedo negar que está usted en lo cierto, es riquísima -reconoce Mario, respetando el viejo adagio que reza que el cliente siempre tiene razón.

Un instante después, casi al mismo tiempo en que el amigo Petrella se marcha con su compra bajo el brazo, haciendo sonar la campanilla al cerrar la puerta, llega del fondo Valeria, siempre como una tromba:

-Hola viejito lindo -le dice, colgándose de su cuello y estampando unos besos ruidosos en ambas mejillas del padre.

Mario la adora y no se cansa de abrazarla. Piensa en la charla que mantuvo recién con su cliente y agradece haber nacido en la época y familia que le tocaron en suerte.

-¿Qué hacés bonita? ¿Te vas a la facultad?

-Después, primero me tengo que encontrar con un chico en plaza Rocha. Creo que encontré al amor de mi vida, papi, te lo juro. Estudia Trabajo Social cerca de mi facu.

Mario la mira con ternura y se sonríe recordando las veces que su hija se enamoró para siempre.

-No te rías papi, ¡es en serio! Decime, ¿lo puedo invitar a almorzar el domingo, así lo conocen?

-Claro que sí, sabés que siempre hay un plato de más para los amigos y amigas de ustedes. Justo tu mamá me pidió que le hiciera un asadito de esos de costillas anchas, como le gustan a ella.

-Ayy, ¿sabés que es vegano? ¿Se podrán poner algunas verduras a la parrilla?  
-responde Valeria con frescura y con otro par de besos se pierde hacia el fondo de la casa. Pero antes de esfumarse, se da vuelta y agrega: -Yo también estoy pensando en hacerme vegana, creo que eso de la carne y sus derivados ya fue.

Mario se queda solo, riendo para sus adentros, y piensa que el colmo del carnicero es tener una hija vegana. Menos mal que Petrella se fue justo a tiempo.



Primero fueron unos cafés en el barcito que estaba frente al hospital, en ratos robados por Malena a la hora de descanso. Tomás había tenido una recaída y tuvieron que internarlo unos días. Con la excusa de verlo y de preguntarle a la doctora cómo evolucionaba, Miguel, de trámites en La Plata, se apersonó en su consultorio y la invitó a charlar un rato.

Luego, algún domingo en que él trajo a tío Ricardo a ver a su hijo, pasearon juntos por la capital de la provincia, donde Malena pudo llevarlo a cuanto rincón atractivo posee la ciudad y que ella misma no visitaba desde niña o directamente desconocía. Tampoco él había recorrido muchos de esos lugares en su corto tiempo de estudiante y menos ahora que su trabajo de comisionista no le dejaba lugar para paseos.

Disfrutaron así de la belleza de la catedral gótica y recorrieron el eje fundacional con impactantes edificios de distintos estilos, el bosque con su observatorio centenario, el destacado museo de ciencias naturales y el glorioso Colegio Nacional, donde Malena había cursado sus estudios secundarios y por donde pasaron tantas personalidades destacadas.

Más tarde, Miguel llevó a Malena para que conociera Rauch y esta vez él aprovechó a mostrarle las joyas de la ciudad, con las que se había dado lustre en aquella madrugada cuando se conocieron: el imponente edificio art decó de la municipalidad, construido por el famoso arquitecto Francisco Salamone; el enorme órgano italiano de más de 1500 tubos de la iglesia principal, que pudieron escuchar gracias a que la organista era amiga de Miguel y además de invitarlos a subir junto al instrumento, les explicó con detalle su funcionamiento; finalmente el castillo San Francisco, hoy abandonado y con una historia trágica escondida entre sus 77 habitaciones: su dueño de rancio apellido, Eugenio Díaz Vélez, murió antes de inaugurarlo a comienzos del siglo XX y, una vez convertido el lugar en un hogar para jóvenes con problemas de conducta, uno de los internos mató de varios disparos a su director.

Así fueron pasando los días y las semanas y la amistad comenzó a convertirse en algo más profundo. Se dieron cuenta de que se necesitaban y que la distancia y el tiempo que los separaba iba incrementando el deseo de estar juntos. Para Miguel, representaba una experiencia nueva luego de su fallido matrimonio. En cuanto a Malena, era la primera vez que sentía que alguien le importaba de verdad.

Hoy la familia está revolucionada porque después de años, la hija mayor invita a alguien al asado dominical.

Por suerte, a Miguel le gusta todo lo que se cocine arriba de una parrilla, incluidas las papas y berenjenas cortadas en rodajas gruesas que Mario distribuyó para

conformar a Valeria y su “filito”, como decía la abuela Carmen. Parece que la cosa con Manuel, el susodicho, va durando más que con ninguno hasta ahora.

-Bienvenido Miguel, ponete cómodo que ya te sirvo un vermucito -lo recibe campechano el dueño de casa, mientras acomoda las primeras brasas de carbón candente bajo la carne y demás elementos que ya distribuyó sobre la parrilla. De paso rompe el hielo y le da un changüí a Malena que se muestra un poco nerviosa por las presentaciones. Los mayores, que están más curtidos, lo toman con naturalidad.

-Muchas gracias Mario, le agradezco pero tengo que manejar de vuelta a casa, así que preferiría algo sin alcohol.

-“Te” agradezco, tuteáme por favor -acota Mario, con una sonrisa.

-Ya te traigo una gaseosa -interviene Malena y aprovecha a huir hacia la cocina, donde está su madre terminando de condimentar las ensaladas: una mixta de lechuga, tomate y cebolla y otra de papa y huevo, para conformar a todo el mundo.

Una única vez en su vida Charo encendió un fuego y lo hizo con la mera razón de aprender, por una cuestión de supervivencia, si es que algún día le tocaba estar sola en una isla desierta. Además ya ha visto tantas veces hacerlo a Mario, que se lo sabe de memoria:

*Bajo el infiernillo se arma un cono de maderas de cajón de manzana, apoyadas sobre un par de bollos de hojas de diario, y en la parte superior se coloca la bolsa de carbón. Se enciende el papel y las llamas que se forman y ascienden, van prendiendo los trozos negruzcos del fósil combustible. Cuando los leños comienzan a ponerse incandescentes, se golpean con el atizador para que se vayan desprendiendo las brasas y cayendo sobre el piso del fogón. No bien la carne está acomodada sobre la parrilla, que se limpió previamente calentándola sobre la llama y frotándola con papel, con la pala se van distribuyendo las brasas por debajo.*

El resto, punto de cocción, cuándo dar vuelta, etc., es para otro capítulo. Ahí Charo se tendría que arremangar, en el caso de que alguna vez le tocara asar. Ahora, prefiere no saber, ya bastante que cocina casi todo lo demás.

-Es buen mozo Miguel, nena. Y muy educado, me gusta -dice Charo como quien no quiere la cosa.

-Buen mozo, qué antigüedad mami, falta que digas que es “gauchito”, como te gusta calificar a vos.

-Bueno, está bien, ¿cómo debería decir? ¿Fachero? ¿Cool? -retruca Charo para demostrar que conoce la nueva jerga pero le gusta usar la vieja.

-Te estoy gastando, mami. Lo que importa es que es muy buena persona ¿Sabés que tiene una hija? Tiene seis años, hoy se quedaba con la madre. Él está divorciado hace unos años y no quedó en buenos términos con la ex -cuenta Malena.

-Qué pena, los hijos son lo que más sufren esas situaciones, especialmente cuando son chicos y les cuesta procesar lo que está pasando.

Charo, que perdió muy pronto a su padre y tuvo siempre una relación conflictiva con su madre, sabe también de carencias. Pero le duele ver cuando los hijos se convierten en rehenes de los conflictos de sus padres. Lo ha podido comprobar con compañeras y amigos de sus hijas y considera que es un acto de gran egoísmo de parte de los mayores.

Los chicos no piden venir a este mundo ya de por sí difícil y desigual, para que además tengan que lidiar con las frustraciones de los adultos o peor todavía con la manipulación, en algunos casos, que ataca lo mejor de su inocencia y los hace sufrir injustamente.

-Para Miguel es un tema que lo preocupa mucho y trata de compensar a Marilina, su hija, con todo el cariño posible.

-¿Vos ya la conociste?

-No, todavía. Él quiere ir con mucha cautela y me parece perfecto. No quiero ser un motivo más de discordia por ahora.

-Hacés bien Male, tenés que tener mucha paciencia y primero preocuparte en afianzar la relación de ustedes.

Charo se seca las manos y abraza a su hija para transmitirle como siempre su apoyo incondicional.



La sobremesa transcurre amablemente entre anécdotas y charlas distendidas. El asado, como de costumbre, resultó un manjar y Valeria se lució con una chocotorta que estaba para chuparse los dedos.

-Te salió muy buena Vale, pero este postre no es vegano, me parece -acota Malena con picardía, luego de despacharse dos porciones generosas, le encantan los postres.

-Bueno, en realidad “somos” más bien vegetarianos, ¿verdad Manuel? -responde Valeria con cara de novata y mirando fijamente a su novio como para que la saque de la encerrona.

-Sí, claro -la salva Manuel, que es muy dado y simpaticón, pero respetuoso- a este clásico argentino de dulce de leche y chocolinas lo tenemos en la lista de permitidos. Principalmente no comemos carne de ningún tipo.

-Lo que yo digo, el colmo del carnicero... -interviene Mario provocando la risa generalizada y como para sacar la pelota al córner le pide a su esposa: -Charo, contale a los chicos cuando viste a Brad Pitt, dale.

-¡Uh! pero eso es historia antigua, debe hacer una pila de años, imaginate que las nenas eran chiquitas y yo re joven. Vino a filmar “Siete años en el Tíbet” -responde Charo.

-Esperá que lo guleo -dice Valeria, siempre con el celular a mano para buscar en internet cualquier duda que se presente.

-Qué cosa, hoy todo es gulear, antes vivíamos trayendo el diccionario a la mesa cuando teníamos una duda y hasta el *Lo sé todo* -reflexiona Charo, mientras recuerda qué lindas eran las cenas cuando los cuatro se trenzaban en charlas animadas y sin pantallas de por medio, porque ella había volado del comedor el televisor cuando vio que se iba a interponer en la familia como un convidado de piedra. -Después vino la Encarta en cedé y ahí chau libros.

-Acá está, fue en enero de 1997 -comprueba Valeria.

-¡Claro! -reafirma su madre- Si hacía un calor de locos y me acuerdo que el pobre Brad estaba con un pulóver de lana gruesa y saco, lo veo como si fuera hoy. Con Alicia, mi amiga de toda la vida y compañera de colegio, estábamos enamoradísimas -platónicamente, se entiende- de Brad Pitt y cuando nos

enteramos que venía a filmar a La Plata, dijimos que iríamos a verlo a toda costa.

La historia comenzaba en una estación de trenes de Austria en 1939 y, para recrearla, acondicionaron la estación de 1 y 44. Pintaron toda la fachada que lucía como nueva y colgaron las banderas rojas con la esvástica, porque la trama transcurría en plena época del dominio nazi. Justamente, Brad Pitt representaba el papel de un alpinista enviado en una misión de propaganda del régimen, que escalaría una de las montañas más altas del Himalaya y que en la ficción se rodó en nuestras bellas tierras mendocinas.

-Me acuerdo qué chocante era ver esas banderas en nuestra estación, aunque fueran de ficción -continúa Charo.

La cuestión es que con Alicia nos fuimos bien temprano varias mañanas -sigue contando-, hasta que tuvimos premio. Parapetadas en la ventana de un comercio de zapatillas frente al Roca, pudimos ver la escena en la que Brad llega con su esposa embarazada en un auto antiguo y baja con ella de la mano cruzando hasta la estación. ¡Y lo vimos de muy cerca! Esos días fueron toda una revolución en la ciudad y muchas personas locales hicieron de extras. Nosotras no nos animamos a tanto. Con los años comprobamos que además de churro, él es también muy buen actor.

-¡Churro! Jaja, qué linda, mami -exclama Valeria- Cambiando de tema, ¿saben que Manuel está participando en una campaña de alfabetización en el club de su barrio? Yo tengo ganas de acompañarlo -agrega, siempre dispuesta a prenderse en todas.

Manuel cuenta que está haciendo un voluntariado para enseñar a leer y escribir a personas mayores. Puede anotarse cualquiera que tenga ganas de hacerlo. Aunque parezca mentira, todavía hay mucha gente que no ha tenido acceso a la educación básica. Relata que es una experiencia muy gratificante la de ver cómo cambia la actitud de esas personas cuando pueden empezar a identificar palabras y reproducirlas en el papel de su puño y letra.

-Sabés una cosa Manuel -interviene Mario- como a mí no me gustaba estudiar y me la pasaba pegándole a la pelotita, no hice el secundario. Convencí a los viejos de que me dejaran trabajar en la carnicería y así zafé del colegio. Pero siempre sentí que me faltaba algo.

-¡Pero mire que siempre está a tiempo! -le contesta Manuel con entusiasmo- puede ir a la nocturna cuando termina de trabajar, no se quede con las ganas. Tiene la escuela 25 que no está lejos, se va caminando, mire. Si quiere le averiguo todo.

-Me metés toda la presión ahora, se ve que sos docente -contesta Mario riendo. Y mientras piensa *qué gauchito este Manuel* -como diría Charo- *ojalá que le dure esta vez a la nena*, agrega: -Bueno dale, si tenés ganas, después veo como me puedo acomodar.

Las hijas se entusiasman con la idea y empiezan a alentar a su padre, que ya se dio cuenta que no tendrá vuelta atrás. Mientras tanto, Miguel se excusa porque quiere pasar a ver a Tomás antes de volverse para Rauch.

-Malena nos tiene al corriente todo el tiempo -interviene Charo- sabemos que va evolucionando bien después del susto de la internación.

-Si, por suerte está recuperando peso y está animado -dice Miguel- Igual mi tía Ramona no se anima todavía a volver a su casa, quiere estar cerca del hospital por cualquier cosa.

Malena acompaña a Miguel hasta la entrada y lo propio hace Valeria con su muchachito. Cuando vuelven a estar los cuatro solos y entre todos ordenan y lavan los platos del asado, Malena larga la bomba:

-Les cuento que voy a buscar un departamento para alquilar y mudarme sola, creo que ya va siendo hora.



Ese lunes a la mañana, los mates se prolongan más que de costumbre entre Mario y Charo. Como era de prever, al padre le cayó como un balde de agua fría la noticia de que Malena quisiera mudarse. No es que a ella no le importe, pero piensa que es lo mejor para su hija y trata de ponerse en su lugar.

-¿Será que ya no se siente cómoda en casa? -pregunta Mario.

-Pero como vas a decir eso, hombre, sabés cómo nos quiere a nosotros y a su hermana. Pero ya tiene edad para empezar su camino sola, tiene una profesión y

ahora encima está empezando una relación que necesita su lugar, su privacidad. Tenemos que alegrarnos por ella, que se sienta capaz de arreglarse ella misma, de tener su propia casa y decorarla a su gusto. A mí me pone muy feliz. Por su puesto que la vamos a extrañar, pero igualmente la tendremos cerca y la podremos ver en cualquier momento. Pensá en esos padres que tienen a sus hijos viviendo cada uno en un continente distinto. Y aun así, se alegran por ellos, porque seguramente eligieron ese destino para realizarse como personas, para hacer lo que les gusta.

-Tenés razón, de poco sirve tenerlos al lado si no son felices o se llevan mal con sus padres -reconoce Mario.

-No lo podrías haber dicho mejor. Fijate en mí que ando siempre a las patadas con tu suegra. O esos hijos que no respetan a sus padres, reconocé lo afortunados que somos de que las chicas sean tan amorosas con nosotros. Ella va a encontrar un lindo lugar para vivir y seguramente nos va a pedir ayuda cuando lo necesite, pero démosle su espacio que es la mejor forma de mostrarle nuestro cariño.

-No vendrá la hermana con el efecto contagio ahora ¿no? -dice Mario frunciendo el entrecejo, espantado por lo que se le acaba de venir a la mente.

-No lo sé, pero yo diría que por las dudas te vayas haciendo a la idea, maridito. Y hablando de Roma...

Valeria acaba de entrar al local desde el fondo como un cascabel y enseguida se cuelga del cuello de ambos. Es más baja que su hermana y tiene unos ojos oscuros y chispeantes, cabello ondulado y los rasgos bonitos de su madre. Arremete diciendo:

-¿Cómo andan mis viejitos?

Y sin esperar respuesta:

-Papi, tengo noticias frescas para vos. Manuel me acaba de mandar toda la info de la escuela nocturna, ya no tenés excusas.

## VII.

*La libertad está en el conocimiento.*

Teresa Heredia había llegado desde Tucumán cuando era casi una nena. Nació en el pueblo de Monteros, al sur de la capital de la provincia, junto al verde y bello monte tucumano.

La familia vivía en el campo y trabajaba en la zafra de la caña de azúcar, principal cultivo de la zona. Teresa tenía tres hermanos mayores, todos varones. Cuando ella iba por sus doce años, eran épocas de enfrentamientos entre la guerrilla y el ejército a mediados de los años setenta.

La madre de la jovencita tenía una hermana trabajando en La Plata y, temerosa por la integridad de su hija y de paso para tener una boca menos que alimentar, decidió alejarla de cualquier peligro. Fue así que la subió a un tren en segunda clase con destino a la estación Retiro, donde su tía la estaría esperando para llevarla a vivir con ella.

La tarde en que la despidieron en el andén, fue la última que Teresa pasaría junto a su familia. El chirrido de las ruedas sobre las vías acompañó la despedida definitiva del suelo donde había nacido. Horas y más horas de traqueteo atravesaron los lugares más variados del paisaje argentino: montañas, sierras, valles y ríos vieron pasar a la ruidosa formación junto con el destino incierto de la joven pasajera.

Cuando la tucumanita bajó en la enorme estación central después de un viaje eterno, Lucrecia, su tía, acudió a ella al verla sola en medio de la plataforma vacía, agarrada a su bolsito. Teresa casi no recordaba el rostro de su parienta y sus ojos estaban ocupados tratando de abarcar el nuevo mundo que se desplegaba ante ella. Dos trenes más tarde, llegaron a destino.

Lucrecia vivía sola en un barrio pobre fuera del casco urbano de la ciudad de La Plata, en una casita precaria que había ido construyendo sobre unos terrenos fiscales con la ayuda de sus vecinos, tan humildes como ella. Se las arreglaba limpiando casas por hora, como la mayoría de las mujeres del vecindario. Las pocas cosas que tenía las había ido recibiendo de sus patrones. Ella nunca decía que no: una cama vieja, un roperito medio desvencijado, todo le venía bien.

Supo tener algún compañero ocasional, pero siempre resultaron malas experiencias: o no les gustaba trabajar, o les tiraba demasiado la bebida, o las dos

cosas. Al fin se dio cuenta que mejor era estar sola y no tener que mantener vagos. Los hijos serían para otras mujeres, prefería no traer a nadie a este valle de lágrimas. Quizás ahora podría hacer un poco de madre con esta chiquita que le había caído como peludo de regalo.

Acomodó una reposera plegable para que hiciera las veces de catre, donde podría dormir su sobrina hasta que consiguieran algo mejor. Por suerte la nena parecía buenita y por el momento hablaba muy poco. Su hermana le pidió que la recibiera, a través de una prima que había venido anteriormente también buscando trabajo, y ella aceptó sin chistar. Nunca le había pedido nada y sabía que allá en la provincia no la tenían fácil.

Más tarde, mientras la nena acomodaba sus pocas pertenencias y ella preparaba un guisito con algunos pocos ingredientes que encontró en la alacena, Lucrecia pensaba que mañana mismo comenzaría a llevar a Teresa con ella a las casas donde trabajaba, para que aprendiera el oficio y pudiera ganar su propio sustento.

Su hermana le aseguró que, a pesar de su corta edad, Teresa se daba maña para todo y hacía las tareas de la casa allá en Monteros, aún las más pesadas, y hasta podía remendar alguna prenda. Eso sí, no sabía leer ni escribir porque en medio del campo y con todas las necesidades que pasaban, no había tiempo para escuela.

Lucrecia pensó que a su lado tampoco iba a saber mucho de letras, ella sólo podía garabatear unas mínimas palabras como “jabón” o “cera” y cosas por el estilo, que copiaba de las etiquetas en imprenta para dejar anotadas sobre la mesada en casa de los patrones, cuando faltaba algún artículo de limpieza.



Con el tiempo Teresa aprendió todo lo que necesitaba y más, al lado de Lucrecia. Ella fue la madre que le faltaba, su única familia y quien le enseñó a convertirse poco a poco en una mujer. Con sus escasos recursos, tanto económicos como de formación, la tía se valió de su instinto y del cariño que sintió desde un primer momento hacia su sobrina y que además era mutuo.

Teresa supo todos los secretos de las tareas a domicilio: como sacar brillo a los pisos o quitar el sarro de los artefactos del baño, pero sobre todo, conoció cómo

debía interactuar con los dueños de casa. Lucrecia se esmeró en recomendarle máxima discreción, saludar amablemente, respetar los horarios y en lo posible ser una tumba cuando escuchaba discusiones o chusmeríos de cualquier tipo.

También, cuando Teresa se fue convirtiendo en una jovencita con formas de mujer, le pidió encarecidamente que se mantuviera lejos de los hombres de la casa, una nunca sabe, la aconsejaba. Lucrecia cuando joven había tenido un par de episodios que debió cortar de inmediato, aún a costa de perder un buen ingreso. Si el agua llega al río, ya se sabe quién tiene la culpa.

En ocasiones a Teresa le tocó cuidar a los chicos de alguna familia, hacerles de comer o llevarlos a la escuela. Todo lo hacía de buena gana y nunca tenían que hacerle observaciones porque ella era muy autoexigente y se ocupaba de que todo estuviera lo mejor posible. Los pibes y hasta los compañeros de clase que a veces se quedaban a comer, le tomaban afecto enseguida.

Lo que había aprendido a hacer muy bien allá en Monteros, eran las famosas empanadas tucumanas, que compiten con las salteñas en un cabeza a cabeza. En el campo tenían un horno de barro donde cocinaban todo con leña de mistol, allí las empanadas salían doradas y pulsudas, bien jugosas, para comer separando las piernas, como recomienda la tradición. Ella sabía hacer muy bien la masa, con harina y grasa, y sin ninguna pereza se ponía a amasar cada vez que se lo pedían, porque además le encantaba comerlas y recordar sus épocas de niña.

Teresa nunca perdió su linda tonada cantarina llena de “eyes”, que acentuaba su simpatía y le daba color a una expresión siempre respetuosa y tranquila.



Pasados los años y a temprana edad, el esfuerzo del trabajo duro le pasó factura a Lucrecia. Teresa la cuidó hasta el final como si se tratara de su propia madre y la despidió con las manos entrelazadas con las suyas, ayudándola a transitar livianamente su último viaje.

Las pocas cosas que la mujer tenía quedaron allí en su casita que la sobrina había colaborado a mejorar, levantando alguna pared de material o consiguiendo una ventana mejor.

En tantos años, la precaria estrella de Teresa había ido oscilando entre bienes y males. Con los hombres, corrió una suerte parecida a la de su tía. La zona donde vivía se había seguido poblando, esta vez con inmigrantes peruanos o paraguayos que trabajaban principalmente en la construcción. Tuvo algún novio pasajero que pertenecía a ese sector, pero su tía le había advertido muy bien en quién confiar y en quién no y, la verdad sea dicha, no terminaba confiando más que en su propia sombra.

El destino del barrio dependía siempre del color del gobierno de turno: unos prometían subdividir los terrenos fiscales y hacerles escriturar sus lotes, instalar servicios decentes y varios beneficios más. A veces se tenían que conformar con una placita de juegos para los pibes, pero al menos los dejaban vivir tranquilos. Otros, en cambio, directamente los querían echar del lugar para poder hacer pingües negocios inmobiliarios que una población de bajos recursos como la que allí habitaba, no les aseguraba. Por ahora habían sobrevivido a los reiterados embates.

Por otra parte, Teresa tuvo bastante suerte con las personas que la emplearon, primero recomendadas por su tía y luego por el famoso de boca en boca que se da en este tipo de trabajos: “che, ¿conocés a alguien de confianza que limpie casas?”. El “limpie casas” se puede remplazar por “arregle aires acondicionados”, “corte el pasto” o “pinte”. El “de confianza” se refiere doblemente a que no te afane, es decir que no te falte nada cuando se van, y que además no te salga un ojo de la cara. Ella cumplía sobradamente con ambos requisitos.

Por fortuna nunca le tocó trabajar “cama adentro”, en ese resabio de la época colonial que todavía existe, o con uniforme de mucama como sucede en algunos barrios paquetes, donde las apariencias cotizan en bolsa.

Durante años trabajó en negro, como la mayoría de los casos en este oficio puramente informal, hasta que le tocó limpiar en la casa de una contadora, que además de buena profesional era muy buena persona y se preocupó de que su empleada estuviera registrada -cuando por fin alguien se acordó de que existían- y que pudiera regularizar su situación con todos los empleadores. De esa forma tal vez algún día, con un poco de suerte y viento a favor, podría confiar en cobrar una jubilación por mínima que fuera, no como su tía que había yugado toda la vida y se fue con una mano atrás y otra adelante.

Esta buena mujer, Mabel, la contadora, tenía una familia que también era buena gente, como suele suceder, porque la bondad no es genética, se transmite “con la

leche templada y en cada canción”, como dijera el gran catalán, y luego se ejerce a pura voluntad y propósito. De una típica familia de clase media argentina, su esposo también era profesional y tenían dos hijos, estudiantes universitarios, que Teresa vio crecer desde purretes. La empleada se había convertido en alguien más de la familia y hasta contaba en su poder con la llave de la casa, porque todos tenían sus ocupaciones y confiaban en ella para resolver cualquier tema doméstico.

Esa mañana, mientras Teresa está en la cocina de Mabel sacando todo el contenido de la heladera para limpiar los estantes, entra en la cocina Manuel, el mayor de los hijos:

-¡Buen día! Qué laburo Tere, ¿cuántas cosas entran en una heladera? Es un garrón limpiar eso.

-Hola Manuel, no hay problema, en un santiamén está todo cómo antes. ¿Te preparo un café con leche?

-No te preocupes, voy a calentar agua para llevarme el mate, tengo clase en un rato, vos seguí con lo tuyo.

Manuel estudiaba en la facultad de Trabajo Social, no le faltaba mucho para recibirse y le encantaba la carrera que había elegido. Siempre se interesó por la problemática social y esencialmente le gustaba ayudar. Se diferenciaba en un todo con su hermano Andrés, que estudiaba para contador, como su madre. Apegado a los fríos números, pretendía hacer carrera en alguna empresa grande, aunque era un buen chico como Manuel.

Mientras terminaba de cerrar el equipo de mate, Manuel vio sobre la mesa un papel con anotaciones en la letra sinuosa de Teresa: “SAVORA” Y “VIVERE”, que para cualquier persona común referían a mostaza y enjuague para la ropa, productos identificados para el vulgo con las marcas que los hicieron famosos.

El joven dejó sus cosas un instante, tenía tiempo aún para llegar a clase:

-Teresa, vení, sentate un momento que te quiero decir algo.



Teresa se sacó los guantes y fue recién cuando Manuel le insistió tres veces que finalmente aceptó sentarse.

Le explicó pacientemente y tratando de que no lo tomara a mal, que ella era lo suficientemente desenvuelta como para no poder leer y escribir libremente, que un mundo enorme la esperaba allá afuera, lleno de cosas que podría conocer si se decidía a dar ese paso.

Le contó de su experiencia en las jornadas de alfabetización que se estaban llevando a cabo en el club donde él había ido desde chico a hacer deporte, que también tenía una biblioteca comunitaria y allí los fines de semana enseñaban a leer y escribir a personas mayores y que él mismo era uno de los docentes. Si ella estaba dispuesta, la podría acompañar para que se anotara.

-Pero yo estoy muy grande para eso y seguro que no voy a entender nada -se niega Teresa.

-Nunca se es suficientemente grande para aprender, Teresa. Además, a las clases van personas mayores que vos. Tenemos a una alumna entusiasta de 80 años, ¿qué te parece? También me está ayudando Valeria, mi novia, todavía no la conocés pero te va a encantar.

-La verdad es que siempre me sentí como una ciega. Eso de ir por la calle adivinando, por los colores o por las formas. Pero bueno, pensaba que ya era muy tarde para mí, pero ahora que me decís, creo que podría probar ¿no? Estando vos me da menos vergüenza -confiesa Teresa.

-No lo digas ni en broma, por favor, si hay algo que no tenés que tener vos es vergüenza, le has solucionado la vida a tanta gente con tu trabajo y te has arreglado sola toda la vida con las pocas armas que tenías. Es hora de cambiar eso.

-Gracias Manuel, sos muy bueno, toda la familia es muy buena conmigo.

-Como vos con nosotros, ni más ni menos. Bueno, me voy que llego tarde. Venite el sábado tipo tres y vamos juntos. Chau, chau... -y Manuel voló hacia la calle con sus bártulos a cuestas.

Teresa se volvió a calzar los guantes para seguir acondicionando la heladera, pero esta vez una sonrisa se le pintó sin querer en su rostro curtido.



La sala de lectura de la biblioteca tenía en su centro una añosa mesa de madera cuadrada con patas torneadas y un grueso vidrio que la protegía de décadas de trajín.

Un aroma a papel antiguo que emanaba de las largas hileras de estantes, inundaba el ambiente. Allí, convenientemente rotulados y ordenados alfabéticamente, sobrevivían cientos de libros: novelas, ensayos y clásicos alternaban con enciclopedias dormidas, diccionarios olvidados y atlas que sólo algún viejo vecino amante de los mapas retiraría alguna vez de su sitio, cuando hiciera un alto camino a la panadería.

En una mesa contigua se exhibían los ejemplares más nuevos que, en su afán de cazar lectores perezosos, la bibliotecaria ordenaba sagazmente. Las donaciones frecuentes y las compras de últimos títulos que se realizaban gracias a la red de bibliotecas populares, permitían -pagando una módica cuota de socio- tener acceso a lo más flamante del mercado literario en un modesto club de barrio.

También los chicos tenían su rincón privilegiado y colorido, que incluía además juegos y rompecabezas.

Ese sábado, cuando Teresa llegó acompañada por Manuel, en un primer momento la invadió un gran arrepentimiento por haber dicho que sí y unas ganas tremendas de escapar amenazaron con hacerle dar media vuelta y poner pies en polvorosa. Pero quienes estaban allí la recibieron con tanto afecto y entusiasmo, que se le pasó enseguida. Ya estaba esperándolos Valeria, que le cayó bien de inmediato.

La mesa estaba llena de lápices, gomas y cuadernitos rayados. Un pizarrón verde esperaba colocado sobre un caballete, con tizas y borrador. Varias personas estaban sentadas alrededor de la mesa. Valeria ayudó a Teresa a ubicarse y Manuel comenzó con las presentaciones, pidiendo a cada asistente que dijera su nombre.

-Hoy tenemos una nueva compañera, ella es Teresa y si tiene ganas nos va a contar quién es y qué es lo que más le gustaría poder leer o a quién le encantaría escribirle una carta -arranca Manuel para romper el hielo.

Sin entender bien cómo, Teresa se anima y comienza a hablar, dice su nombre y cuenta que vino hace tantísimos años de Tucumán y que le gustaría algún día poder escribirle una carta a sus hermanos que nunca volvió a ver. También

quisiera poder saber leer bien los carteles porque muchas veces tiene miedo de equivocarse y le da vergüenza andar preguntando. Y un día le gustaría tener una firma.

Manuel interviene, porque ve que algunos se han emocionado con el relato y le hace ver a Teresa que ya conoce muchas cosas de antemano aunque no lo piense, sabe reconocer los números y copiar letras, así que con la ayuda de ellos pronto podrá progresar casi sin darse cuenta.

-Ahora voy a escribir tu nombre y todos lo van a copiar en letra de imprenta mayúscula -dibuja el nombre de Teresa en el pizarrón, mientras Valeria le alcanza un cuaderno y la guía sobre el renglón, para que comience a copiar sus primeros trazos en el papel.

El paso inicial está dado.



A medida que pasaban los fines de semana, parecía que un velo se fuera corriendo delante de los ojos de Teresa, permitiéndole descubrir una dimensión hasta ahora ignorada por ella.

Cuando caminaba hacia la parada del micro, trayecto que conocía de memoria, ya podía identificar algunos carteles: “VER-DU-RAS”, “RE-PUES-TOS” y a los que no, les sacaba una foto para practicar en casa con el cuadernito de trabajo y al día siguiente se desafiaba a sí misma: “FE-RRE-TE-RÍ-A LOS A-MI-GOS”. Estaba tan feliz, se sentía entusiasmada como una niña.

Su patrona Mabel, la contadora, le había regalado hacía un tiempo un teléfono móvil sencillo que ella ya no usaba, para que Teresa pudiera contestar llamadas y estar conectada con ellos. Manuel lo había configurado, le había agregado los contactos y le enseñó a usarlo y también a sacar fotos.

Pero ahora había ido más allá: como ella ya estaba aprendiendo a escribir en imprenta minúscula, Manuel le instaló la aplicación de mensajes y, a veces le mandaba alguna frase y ella con mucho trabajo pero con más empeño, trataba de contestarle.

Todavía era toda una aventura poder abrir la aplicación y entender cómo funcionaba todo, pero ese chico era tan bueno y paciente que lograba enseñarle y

además quitarle los miedos típicos de romper algo, que tienen los novatos digitales.

-Te espero mañana a las 15 en la biblioteca -escribe Manuel un viernes a la tarde.

-*Gracias, asta mañana* -responde Teresa, todavía con faltas de ortografía.

Manuel no la corrige en el momento para no desalentarla, pero al otro día lleva tarjetas de cartulina con esas palabras escritas junto a otros saludos, las reparte y se los hace copiar a sus alumnos en los cuadernos. De a poco, esos conocimientos van quedando marcados inconscientemente.

También se atreve a proponerles la lectura de un cuento corto, primero lo lee él pausadamente y luego lo hace circular para que cada uno lea una frase. Mientras, disfruta viendo los progresos de sus valientes alumnos y alumnas y siente una gran felicidad.

Valeria también aporta su creatividad. Hoy llevó un rompecabezas hecho por ella con piezas grandes y coloridas en las que dibujó letras. Cuando terminen de encastrarlas, se formará una frase que deberán leer primero y escribir después por turno en el pizarrón.

Así los jóvenes pasan sus tardes de sábado, sintiendo que un mínimo aporte puede cambiar la vida de un puñado de personas que no corrieron la misma suerte que ellos, privilegiados por aprender a develar el misterio de las palabras desde su edad más temprana.



Es domingo por la mañana y Mario lee la sección de deportes del diario para enterarse cómo viene el mercado de pases, mientras Charo está sumergida en una novela de Padura que la tiene atrapada. El sol entra oblicuo por la ventana del patio dibujando un camino de pelusitas en el aire y los dos disfrutan del café compartido y de ese rato de tranquilidad y silencio que no les permiten los demás días de la semana.

Para quebrar el cuadro idílico llega Valeria en pijama y reparte abrazos adormilados para los dos. Trae consigo el perfume tibio de las sábanas recién abandonadas y su gesto cariñoso siempre a flor de piel.

-¿Cómo andan los papis?

-Bien tesoro. No te escuchamos llegar anoche, ¿viniste tarde? -pregunta Charo, que extrañamente no oyó el ruido de su hija al acostarse.

-No mucho, sería la una y pico. Después de la biblioteca nos fuimos al cumple de un amigo de Manuel.

-¿Y cómo van esas clases? -pregunta Mario.

-Maravilloso. No saben lo que es el asombro de esas personas cuando ven que son capaces de escribir y leer, no se puede explicar.

-Qué linda obra que hacen, nena, estamos orgullosos de ustedes -agrega Charo.

-Saben que se me está ocurriendo una idea para el trabajo final de cine... Estaba dando vueltas y no encontraba algo que me entusiasmara, pero creo que voy a armar un documental, un audiovisual. Hay una señora que va a las clases, se llama Teresa y trabaja en la casa de Manuel hace mucho tiempo. Es un amor. Y tiene una historia digna de ser contada. Tengo que pensar en un guion y convencerla para que me acompañe.

-Pero nena, si vos convencés hasta las piedras, seguro que va a decir que sí -dice Mario y apuesta a que no se equivoca- Y tu Manuel es parecido, contale que ya me inscribí para hacer el secundario. Por suerte me dejan empezar en el segundo cuatrimestre.

Valeria pega un salto y da un grito de júbilo, abrazando a su padre.

-Qué alegría papi, vas a ver cómo lo vas a disfrutar.

-Me van a tener que bancar con el negocio, son tres veces por semana a las siete de la tarde, digo para no dejarlo solo a Franco con todo.

-Quedate tranquilo -interviene Charo- yo voy a estar, cierro la caja y dejo todo en orden.

-Son tres años, vamos a ver si me dura el entusiasmo -acota Mario.

-Te apuesto que sí, una vez que empieces no vas a querer dejar, el saber es adictivo -dice Valeria sin ocultar su chochera por el viejo.

En medio de la batahola aparece Malena.

-¿Se puede saber que pasa acá con tanto alboroto? ¿Se olvidaron que es domingo y puedo dormir un rato más, hoy que por milagro no tengo guardia? -se hace la enojada, mientras saluda con un beso a cada uno.

-Ay Malenita, perdón, vos sabés como son de expansivos tus parientes. Tu hermana se puso contenta porque papi se anotó en el secundario -dice sonriente la madre.

-¡Qué buena noticia papá! No te vas a arrepentir, yo te ayudo con Biología y Química -dice contenta la recién llegada.

-¡Socorro! -exagera Mario- ¿Cómo voy a hacer para entender todo eso? Me ha *entrao un yuyu* que ni te cuento -dice recordando una expresión gaditana que usaba su madre cuando algo le daba miedo.

-No es para tanto papi, ya vas a ver, nada que no puedas aprender -lo tranquiliza Malena- Yo también les tengo una novedad. Hoy a la tarde voy a ver tres departamentos que están para alquilar, arreglé con un martillero para visitarlos. ¿Alguien me quiere acompañar? No todo el batallón por favor, si no, me van a mirar feo.

-Yo te acompaño hija, no me lo quiero perder -dice Charo, antes de que le ganen de mano.

Mario se queda pensando que era en serio la cosa, la nena se va. Y bueno, quizás tenga razón su mujer que todo lo sabe y eso sea lo mejor para su hijita del alma.

## VIII.

*Cuando él pateaba, la pelota no hacía ruido, nunca vi eso.*

Daniel Bazán Vera

Hoy Mario se pegó un madrugón de aquéllos. A las seis de la mañana ya estaba terminando de limpiar la cámara, esperando al camión del frigorífico de Gorina que descargaría las medias reses. Por suerte los muchachos, que lo conocen de hace años, son gauchos y se las dejan colgadas de la barra, el ya no está para andar haciendo tanta fuerza. Sabe dejarles una buena propina y algún vinito para fin de año.

Anoche Charo le dio una buena mano para limpiar la heladera-mostrador y las bandejas y así dejaron todo preparado.

Ahora estaba ocupado despostando la primera media res, mientras escuchaba la radio, que era su mejor compañía cuando trabajaba solo. Se venía el fin de semana largo y la demanda aumentaba, por suerte, aunque los precios nunca dejaban de ser un dolor de cabeza, siempre subiendo: con sequía, con inundación, con buen tiempo. Cuando aumentan las exportaciones el motivo es que escasea la carne y cuando bajan, que los matarifes especulan. Siempre con el corazón en la boca.

Con el gancho en la zurda y la cuchilla puntuda en la derecha, como en una novela de Stephen King, Mario va haciendo aparecer una bola de lomo por acá, una nalga tiernita por allá, la tapa de nalga, el cuadril, la paleta... la vaca es una fuente inagotable de proteínas y sabor. Con maestría, él sabe meter la cuchilla entre los músculos correctos, lo hace de memoria. Cada tanto le da unos golpes de chaira para ajustar el filo, más por costumbre que por otra cosa porque tiene el instrumental impecable. Don Ríos, el viejo afilador del barrio, pasa una vez por semana, se lleva un juego y le trae otro ya afilado. En su vetusto taller, hace maravillas.

Por último, el animal le ofrece la joya de la corona: el asado, el vacío y la tapa, para el pueblo. El matambre, peceto y lomo sólo para los potentados. Quedarán colgados los huesos de las patas para cortarlos en otro momento, a la espera de hacerle compañía a algún puchero.

Corta luego con la sierra eléctrica unas tiras anchas de asado, con mucho cuidado como le enseñó el viejo, las manos lejos de la hoja. Una porción de dos kilos, chatita del medio -especial- la reserva para Petrella (mientras repite varias veces

para sus adentros Pe-tre-lla), que en un rato seguro estará entrando a buscar su pedido -como siempre que le llega alguien de la familia a comer- y charlar un rato de la actualidad. Se llevan unos cuantos años y no piensan parecido, pero tratan de guardar las formas e intercambiar un debate civilizado, algo en desuso en estas épocas.

Mario tiene bastante de la sangre gaditana y rebelde de su abuelo paterno y sobre todo lo sacan de quicio las injusticias, pero es respetuoso de las ideas de los demás, aunque a veces tuviera ganas de matarlos. Dicho esto en sentido figurado, teniendo en cuenta las armas letales que tiene al alcance de la mano.

En eso, llega Franco, bastante a horario para variar. Casi sin decir buen día le espeta:

-¿Patrón, se enteró de la última?

-¿A esta hora? ¿No será la primera, mejor? -bromea Mario-¿Qué pasó nene?

-Viene el Diego a dirigir a Gimnasia.

☆☆☆

Primero pensó que era una gastada del pibe, pero Franco no era de hacer bromas con el tema fútbol porque sabía que a él se le volaban los patos enseguida. Fue entonces a abrir el diario de hoy, que Charo le había dejado sobre el escritorio.

Todavía no se resignaban a abandonar el diario de papel, que venía perdiendo terreno a toda velocidad con los medios digitales. Pero ellos tenían esa costumbre desde siempre, como la radio, y les costaba dejarla. Compraban un matutino local, que les permitía informarse con noticias nacionales e internacionales, pero especialmente se enteraban de todo lo que pasaba en la ciudad: espectáculos, programa de cine, nacimientos, casamientos y fúnebres. Había que saber tanto quien había engrosado el padrón, como quien se había borrado de la nómina, para no meter la pata con algún conocido.

No tuvo que buscar mucho. En la portada, la mitad superior estaba ocupada con una noticia repetida: “Renunció el Ministro de Economía de la Nación. Lo reemplaza el actual titular del Banco Central”. Al desplegarlo, en la parte inferior, podía leerse, bajo una gran foto del Diez: “Fuertes rumores: Diego Maradona

vendría como DT de Gimnasia”, usando el clásico tiempo condicional que exime de toda responsabilidad al editor del diario.

Mario se quedó patitieso. El Diego, el pibe de Fiorito, el que nació con el número 10 grabado en la espalda, el del gol a los ingleses, al que le cortaron las piernas, el de la mano de Dios, el que conocen desde Alaska a la isla de Java y de Rapa Nui a la estepa siberiana, el hijo de la Tota, el de Seguro y Habana, al que nunca se le escapó la tortuga, el barrilete cósmico, el padre de Dalma y Gianinna, el santo de Nápoles, el pibe que soñaba con ganar un mundial, ¿ese Diego a Gimnasia? No era posible.

Agarró el teléfono que había recuperado su color verde original -gracias a que Charo lo bañó en antigrasa el día anterior- y marcó el número del Rusito. Su amigo del alma estaría seguramente en su casa. Como veterano, se había jubilado a temprana edad por haber perdido la audición de un oído en la guerra y ahora hacía algunos trabajos de tornería en su tallercito del fondo.

Pero su dificultad no le impedía estar en la comisión del club, siempre le gustó la rosca. Era tan fanático como Mario y algunas veces lo llevaba a ver algún partido en el palco oficial. Si algo de esto era cierto, él tendría que saberlo. Lo atendió Mónica, la mujer del Ruso, que fue a avisarle de su llamada.

-¿Qué hacés Marito! -lo aturdió en el auricular, que Mario alejó de su oreja instintivamente. Como el hombre no escuchaba bien, hablaba a los gritos.

-Ruso querido, ¿cómo andás? Te imaginarás por qué te llamo -respondió Mario. No necesitaban mucho palabrerío para entenderse.

-Claro que me imagino, estamos todos shoqueados che. Pero parece que están en tratativas con los representantes.

-¿Pero quién va a bancar una cosa así? El club no tiene un mango y si nos vamos al descenso, ni te digo -responde Mario espantado. Sabe que la temporada viene siendo pésima. El equipo no ganó ningún partido y está en zona de descenso directo.

-Bueno, viste cómo es esto. Siempre hay alguien con mucha mosca que, ya sea para hacer negocios o porque es fanático como nosotros pero con guita, pone los morlacos. Te imaginás la publicidad que puede ser esto, es una mina de oro -contestó el Ruso que se la sabía lunga.

-Lo que es la vida... ¿te acordás Ruso cuando nos levantábamos a las tres de la mañana para ver los partidos del juvenil 79? Ramón Díaz y el Diego se cansaron

de hacer goles. ¿En ese momento quién podía imaginar tenerlo al diez algún día en Gimnasia? -recuerda Mario.

-¡Ni soñando! ¿Y te acordás que después de festejar con Menotti y todo el equipo en Japón, se tuvo que volver a terminar la colimba? Las cosas que han pasado en este bendito país -agrega el Ruso.

-Pasaron 40 años ya... y todo lo que vino después. Bueno, manteneme al tanto por favor que voy a tener el teléfono caliente esperando noticias. Yo me encargo de avisarle al Pelusa nuestro. Te digo que si viene el Diego, les regalo una parrillada para toda la comisión -se agrandó Mario.

-Mirá que te tomo la palabra, amigo.



Y la locura se desató nomás en la ciudad. Los hinchas hacían colas interminables para hacerse socios y así poder entrar a los partidos. Remeras, banderitas, sombrillas, mates y termos con la cara del Diego surgieron de la noche a la mañana, como si hubieran estado esperando agazapados que llegara su hora.

El día del debut, el estadio del bosque explotaba por los cuatro costados en un remolino azul y blanco de gente con una sonrisa pintada de oreja a oreja. Y hasta se rumoreaba que algún que otro hincha de Estudiantes camuflado, se habría colado subrepticamente para poder ver de cerca al dueño de la pelota que no se mancha.

Y después, a los fanáticos les pareció poca cosa el banco de suplentes y le hicieron un trono para que desde allí reinara e impartiera instrucciones a los jugadores, que eran al mismo tiempo admiradores. Y llevaban ese artefacto a cuestras allá donde les tocara jugar.

El hombre no estaba muy bien de salud, a los golpes de la vida los tenía marcados en cada centímetro de su cuerpo y de su alma -si el alma se pudiera medir con el sistema métrico decimal-, pero no perdía su humor filoso y sus clásicas frases que ya engrosan el glosario del sentir popular. Y si le llegaba a pegar a una pelota, ahí sí que volvía a ser un pibe y el tiempo y los males parecían haber quedado atrás.

Cada partido de visitante también era una fiesta. Propios y rivales, nadie quería perderse la posibilidad de saludarlo, de abrazarlo, cuanto menos tocarlo o escuchar su risa estridente, su salida ocurrente.

Y por fin llegó el día que a Mario le tocó cumplir su promesa. Resultó que Maradona quiso que se invitara a los empleados del club a comer un asado y entonces el Ruso, ni lerdo ni perezoso recurrió a su amigo:

-¡Hola Marito! Tengo novedades para vos, el Diego quiere agasajar al personal con un asado, así que te tenés que jugar la vida, hermano -le gritó al teléfono, como de costumbre- pero no te asustes, lo quiere bancar todo él, pero eso sí, tenés que conseguir carne de la mejor.

-¿Pero sabés que orgullo va a ser para mí? Le voy a preparar una vaquillona de primera especial que se va a chupar los dedos, mirá -contesta Mario.

-Y te vas a venir a compartir la mesa.

-¿En serio? Si pasa eso me muero Rusito -contesta el carnicero con un nudo en la garganta.

-¡No te mueras que si no te lo vas a perder! -bromea Mauro Ariel Kaplan, que así se llamaba el Ruso, aunque pocos lo recordaban.

-Leí por ahí que le encantan las achuras así que le voy a conseguir unos chinchulines y mollejas de locura, esas van por mi cuenta -promete Mario.

-¡Buenísimo! Y te tengo que pedir algo más Marito.

-Lo que vos quieras con tal de estar ahí.

-Ese flan espectacular que hace Charito, ¿se animará a preparar uno especial para el diez? Es fanático del flan con dulce de leche y quiere que le hagan uno como lo hacía la Tota. No sé cómo lo hacía su madre pero el de Charo es nivel Dios -exagera el Ruso- Y te venís con ella al asado, viste que ahora también hay mujeres en la comisión, en algo hemos progresado.

-Amigo, esto es mucho más de lo que podía esperar, no sabés como te lo agradezco. Por supuesto que Charo va a estar chocha, ya mismo se lo cuento.

☆☆☆

El quincho estaba colmado de gente. Un alboroto subterráneo presagiaba que algo inusual estaba por suceder. El humo de las parrillas se filtraba apenas en el salón, invadido por el aroma sublime que desprende la grasita al chocar con el carbón, activando todos los sensores que ponen un despertador al estómago de cualquier argentino que se precie, aún si acaba de despacharse una tallarinada.

Un sol primaveral colaba sus rayos por las ventanas que dan al bosque. Y en el momento menos pensado llegó él, transformando el murmullo generalizado en una exclamación espontánea.

No quiso ocupar la cabecera. Saludó con una mano en alto mostrando su ancha sonrisa, se sentó a un costado y al rato Mario miraba orgulloso cómo el hombre degustaba con entusiasmo unas mollejas doradas, que él mismo se había tomado el trabajo de controlar junto al fuego. Con Charo se habían podido sentar bastante cerca y hasta podían seguir la charla que mantenía con las personas más próximas.

Se lo veía como un tipo cualquiera, sencillo, afectuoso, con los hombros un poco vencidos por años de cargar con una popularidad que nunca imaginó mientras jugaba a la pelota en su humilde barrio de niño y que casi nadie está preparado para llevar encima.

«Soy un tipo normal, que por hacerle un golazo a los ingleses, que nos mataron a los pibes en Malvinas, hoy todo el mundo me reconoce. Porque el abuelo se lo cuenta al padre, y el padre se lo cuenta al hijo. Pero soy un tipo normal»

Esas fueron algunas de las palabras que dirigió Maradona a los postres. Mario y el Ruso se miraron y sin necesidad de hablar los dos sabían que estaban pensando en Ramiro, su otro hermano que había quedado allá en las islas. Tuvieron que contener una lágrima recordando ese partido que les había provocado el mismo sentimiento que relataba ahora su autor en primera persona.

«Y les digo más, si me muero, quiero volver a nacer y ser futbolista” -agregó el Diego.

-Y ahora quiero saber quién preparó ese flan con dulce de leche que me hizo ver a mi vieja sentada acá al lado mío -dijo al terminar y Charo sintió que toda su cara se incendiaba de repente. El Ruso la señaló impunemente y el diez le hizo señas para que fuera a su lado.

-Por favor acompáñame -pidió Charito a su marido. Mario no se hizo de rogar ni un segundo y allá fueron los dos y se fundieron con el ídolo en un abrazo que no olvidarían por el resto de sus días.

Muchas cosas de la vida personal de Maradona han sido cuestionadas, si es que se tiene derecho de juzgar los comportamientos de las personas que no afectan a los demás, salvo a los más próximos y a sí mismo. Pero el fervor que despertó a su paso, las multitudes que deliraron con sus gambetas y los testimonios desparramados por el planeta, hablan de un fenómeno casi irrepetible, que -una vez más- naciera en esta tierra argentina, tan desigual y maravillosa.

Para los fanas como Mario y su banda, todavía les quedaba por delante que D10s hiciera su milagro y al año siguiente se suspendieran los descensos en el fútbol, el mismo año en que Maradona diera su adiós definitivo a este mundo. Y, quien sabe, tal vez un día vuelva a nacer y ser de nuevo un genio de la gambeta, como lo prometió.

## IX.

*Que nada nos defina, que nada nos sujete,  
que sea la libertad nuestra propia sustancia.*

Simone de Beauvoir

Malena había alquilado por fin un departamento en el barrio Meridiano V de la ciudad, llamado así desde la época en la que albergaba la estación del tren provincial -tristemente desactivado desde fines de los '70- que unía la ciudad de La Plata con el límite oeste de Buenos Aires que la separa de la provincia de La Pampa, determinado por el meridiano de ese número, una de las 360 líneas imaginarias que circundan la Tierra, pasando por los polos y también por el cenit y el nadir del punto en cuestión. Dicho en criollo, el borde de uno de los gajos de esta naranja celeste en que habitamos.

La doctora se decidió por una vivienda en planta baja, que integraba un espacio habitacional vulgarmente llamado *ph*. Era el segundo departamento al que se ingresaba por un pasillo colorido y tenía un pequeño patio de cerámicos terracota, una cocina comedor bien luminosa y un dormitorio con una puerta ventana que también daba al espacio de luz, además del baño y un lavaderito. Todo lo que ella necesitaba. Además, quedaba cerca del hospital, al que podría llegar tranquilamente caminando si se lo proponía.

Este domingo toda la familia se llegó hasta el nuevo hogar para ayudarla a ponerlo en condiciones. Pidieron unas pizzas para no perder tiempo en cocinar y además porque en la casa sólo había unos pocos víveres que compraron de pasada en el chino del barrio, junto a los productos de limpieza que ayudarían a poner a punto la casa.

Mario se encarga de la instalación eléctrica, porque es muy ducho en la materia y en todo otro trabajo manual que se le presente. Aprendió de su abuelo Antonio, que sabía arreglar cualquier desperfecto, desde la heladera de la carnicería hasta la camionetita medio cachivache que tenía para hacer los repartos.

Cuando era chico, Mario andaba metiendo la nariz en cuanto cosa arreglara el "yayo" -como nombran los gaditanitos a sus abuelos- y así conoció cómo manejar destornilladores, pinzas y llaves inglesas y unir cables sin que la casa volara por los aires. Hoy está colocando lámparas, instalando la heladera y ajustando el timbre del portero eléctrico que suena como un perro afónico. Detalles de toda casa que ha estado un tiempo deshabitada.

Mientras tanto, Charo ayuda a Malena a acomodar la ropa en el placard, luego de desinfectarlo convenientemente y de forrar los cajones con papel araña. Para la mudanza, además de la heladera, le regalaron a la nueva habitante dos juegos de sábanas y toallas y la tía Laura -que era a su vez la madrina de la mayor de las Romero- colaboró con la compra de una cama de dos plazas.

Charo había acompañado a su hija para elegir una mesa y sillas. Con el tiempo, ella misma iría completando lo más necesario a su gusto. También le armó un juego de platos, cubiertos y copas que eran de la abuela Carmen y estaban intactos. Siempre le habían encantado a Malena.

Valeria se encargó de conseguir unos cuantos plantines de alegrías del hogar y geranios para hermoear el patio, teniendo en cuenta que casi no requieren atención. No confía en que su hermana cuente con mucho tiempo libre como para cuidar el jardín. Compró varias macetas colgantes que Mario se encargó de asegurar y ahora mira orgullosa el resultado final, antes de encarar la limpieza de los vidrios.

Cuando llega la hora del mate, desenfundan y cortan en porciones generosas el budín de frutas que preparó Charo el día anterior y se sientan los cuatro a descansar y comentar qué lindo quedó todo, en esa intimidad familiar que les encanta compartir.

Parece mentira, pero ahora hay un nuevo hogar en la familia, cumpliendo una vez más con el ciclo perenne de la vida.



Esta mañana Charo está en el comedor, buscando en internet unos cursos para adultos que da la universidad. Ahora que Malena ya no está en casa y Valeria casi no para un minuto, tiene tiempo de sobra y le gustaría usarlo en algo que haga bien a su espíritu. Hay un curso de historia argentina, que le puede interesar y también uno de análisis de películas.

Tal vez se decida por este último. Le encanta mirar cine de toda la vida, desde que iba al San Martín con sus amigas a ver estrenos como el de Kramer vs Kramer, el peliculón de Meryl Streep y Dustin Hoffman o El resplandor, con un aterrador Jack Nicholson que vagaba junto a otros habitantes de su imaginación

por un vacío hotel de montaña. Charo recuerda todavía que esa noche no pudo pegar un ojo.

En ese momento, entra Mario sonriente, seguido por Ramona y Tomás:

-¡Mirá quien vino a visitarte!

-Hola mi Tomasito lindo, ¿cómo estás? -Charo abraza al nene tiernamente como si tuviera miedo de romperlo.

-Estoy bien por suerte -contesta el purrete, que siempre parece un chico de varios años más de los que tiene- Nos vamos para Rauch con mi mamá, porque ya no tiene tanto miedo de que me pase algo.

Ramona se ríe y le cuenta que vienen a saludar porque se van a su ciudad con Miguel, que vino a hacer trámites a La Plata y en un rato se vuelve. Además, quiere agradecer de nuevo por todas las atenciones que la familia ha tenido con ellos.

-Este Miguel viene cada vez más seguido, che -interviene Mario irónico para cortar con tanta dulzura-, ya se queda hasta los fines de semana ese muchacho.

Todos ríen con la ocurrencia, pero lo cierto es que están contentos por la relación que les ha nacido con Malena, los dos son buena gente y se merecen ser felices. El último fin de semana, Miguel se animó a venir con su hija Marilina, él la adora y temía un poco cuál sería su reacción, pero Malena se la conquistó enseguida.

Le armó a la nena la cama en el sillón desplegable que había instalado en un rincón del comedor de su departamento y estuvieron largo rato leyendo varios libros de cuentos de su época de escuela primaria, que aún conservaba. El domingo la llevaron al país de los niños, pasearon en el trencito, recorrieron las calles de la miniciudad y comieron helado de cara al sol. Fue un muy buen comienzo para los tres.

-Antes de fin de año tenemos que venir a hacer controles, pero nos dijeron que estemos tranquilos, que Tomás marcha muy bien -agrega Ramona.

Luego de despedir a los viajeros, Charo agradece para sus adentros a su virgencita que nunca falla por haber velado por la salud de Tomás, después de tantas preocupaciones. Se queda pensando cómo cambió la cara de Ramona desde aquellos días de extrema angustia. Pareciera que hubiera rejuvenecido varios años.



Luego de los mates mañaneros de rigor con Mario en la carnicería, una Charo apuradísima sale de su casa. Tiene mil cosas que hacer. En primer lugar, debe pasar por lo del contador para que le explique alguno de los infinitos cambios tributarios que se han implementado y que cada vez significan un nuevo dolor de cabeza: alícuotas nuevas, ajuste de aportes, vencimiento de ganancias, bienes personales y así siguiendo. Ella se encarga de los temas contables, bastante hace Mario con todo lo demás. Además, prefiere hacerlo personalmente, con lápiz y papel, que -al menos para ella- es la manera en que la gente se entiende.

Ya que estará cerca del centro, quiere comprar unas cositas para Malena, que siempre son necesarias en una nueva casa. Y, teniendo en cuenta que falta poco para el cumpleaños de Valeria, aprovechará para ir chusmeando en las vidrieras algo para regalarle.

Cada vez le resulta más difícil decidirse, porque Vale es muy sencilla y nada pendiente de la moda. Tal vez le convendría ahorrarse la sorpresa y preguntarle qué le vendría mejor, más ahora que está tan enfrascada en su trabajo final y capaz que ni quiere pensar en la ropa. Increíblemente, antes de fin de año, se recibirá también ella. Sí, pensándolo bien, mejor van de compras un día las dos y de paso disfruta de una salida con su hijita y la convence de que se compre algo lindo para la presentación.

Volando con sus pensamientos, mientras caminaba a paso enérgico por una de las fatídicas veredas de la ciudad, que suelen deparar sorpresas desagradables a los caminantes, Charo no reparó en que bajo su humanidad faltaba una baldosa y su pie derecho quedó retenido en la trampa, haciendo que el tobillo se torciera y ella terminara en el piso. En seguida, un dolor lacerante la atravesó y se dio cuenta de que eso no podía ser nada bueno.

Dos jovencitas que venían en sentido contrario acudieron a socorrerla, la ayudaron a sentarse en el saliente de la vidriera de un negocio cercano y hasta le ofrecieron agua. Cuando Charo se calmó un poco y trató de incorporarse, se dio cuenta de que no podría caminar. Adiós contador, adiós regalitos y cualquier otra cosa que tuviera pensada hacer ese día y seguramente los próximos. Es lícito hacer planes para nuestra vida pero no será tan fácil torcerle el brazo al arcano implacable que mueve los hilos de nuestra existencia.

Charo tomó su móvil del bolso y llamó a Mario para contarle lo que le había pasado y éste la tranquilizó:

-Calmate Charito, ya salgo para allá. Lo dejo a Franco a cargo, también están Valeria y Manuel acá, por cualquier cosa. En un pique estoy.

Efectivamente, en un santiamén Mario estaba al lado de su mujer, que seguía acompañada por sus ángeles protectoras, para llevarla volando a una guardia, no sin antes agradecer una y otra vez la bondad de las chicas. Sabía muy bien que Charo era dura como una roca, entonces si decía que no podía caminar, él no dudaba de que no era una pavada lo que le había ocurrido.



Valeria y Manuel están esperando en casa cuando llegan los padres de la clínica. Efectivamente, no era una pavada lo que tenía el magullado tobillo de Charo. Un esguince de gravedad media a seria, que resultó en la colocación de una bota para inmovilizar el pie, la prohibición de apoyar por una semana y al menos un mes y tal vez algo más de recuperación, para luego comenzar con la rehabilitación.

Como en todo hecho inesperado en nuestra rutina, primero que nada tiene que llegar la resignación. Nos preguntamos por qué, si un minuto antes estaba todo bien, tuvo que pasar algo desgraciado que cambia nuestra vida de un plumazo y que es imposible rebobinar como en un *cassette* de los de antes. Pero recién cuando se asume el hecho irreversible, entonces puede comenzar el proceso de sanación.

Eso pasaba con Charo. Estaba ahora sentadita ahí en un sillón, cabizbaja y mirando fijamente a su nueva compañera: una bota ortopédica negra que sentía como un armatoste, aunque debía reconocer que, al mantener inmóvil la articulación, le ayudaba a sentir menos dolor, sumado a los calmantes que le habían hecho ingerir en la guardia médica. Mientras tanto, mil cosas pasan por su cabeza.

Todos la colman de atenciones, no están acostumbrados a verla así. Ella es la que siempre está bien y atendiendo a los demás. En ese momento llega Malena, que se escapó del hospital al enterarse y trae consigo un par de muletas que alquiló a la pasada en una ortopedia de la zona, a pedido de Mario:

-Mami, ¿cómo estás? ¿muy dolorida?

-Ya lo ves nena, acá estoy, hecha un estorbo -responde Charo apesadumbrada.

-Alguna vez te tiene que tocar a vos quedarte un poco quieta, Charito. Ya sé que no es la mejor manera, pero ahora no tenés opción -acota Mario, que no puede disimular su preocupación.

Charo nunca quiso tener alguien que la ayude con las tareas de todos los días, que son muchas en una familia, agregando a esto la mano que le da a Mario con el negocio. A ella le gusta arreglarse sola y nunca quiso una persona extraña en su casa, pero se da cuenta que para eso hay que estar diez puntos y hoy no llega a cinco.

Todos se miran como si leyera sus pensamientos y es Malena, que habitualmente lleva la voz de mando, quien toma la iniciativa:

-Hay que buscar urgente alguien que ayude con la casa.

Antes de que Charo pueda abrir la boca, salta Valeria:

-¡Tenemos la solución! -y mira al novio, incluyéndolo en su eureka: ¡Teresa! Es la señora que trabaja en casa de Manuel y también va al curso de alfabetización. Es un amor de persona y muy trabajadora, vas a ver que te va a encantar.

-Tiene razón Valeria, si vos querés, hoy mismo le puedo preguntar si tiene tiempo libre -interviene Manuel.

Charo se da cuenta de que, con sus defensas bajas, esta vez no podrá negarse y sabe que lo mejor será empezar cuanto antes el pasaje de la resignación a la sanación para ayudar a que los tiempos sean más breves y todo pueda volver a la normalidad. Ojalá que Teresa sea como la pintan.



Charo debe reconocer que los chicos finalmente tenían razón, Teresa es un amor de persona, solícita y lleva la casa mejor que ella misma.

Tuvieron la suerte de que los dueños de casa de una de las familias donde trabaja Teresa se fueron a visitar a uno de sus hijos que vive en el exterior y no volverán por un par de meses. Solo debe ir una vez por semana a regar las plantas y

controlar que esté todo en orden, por lo que le quedaron varias mañanas y alguna tarde libres y las dispone para acompañar a la accidentada.

Prepara el almuerzo y hasta deja alguna cosita lista para picar a la noche. Como era de imaginar, no bien Mario se enteró de que su especialidad eran las empanadas tucumanas, le picó un cuadril de primera especial para que Teresa pudiera lucirse y casi tuvo que obligarla a que se quedara a cenar esta noche con ellos. También se anotaron Valeria y Manuel.

-Bueno, aprovecho que estamos reunidos para hacerle una propuesta a Teresa -arranca Valeria cuando ya en la fuente solo quedaba un poco de grasita del relleno de las empanadas.

Contó que debía hacer un trabajo final para recibirse de cineasta y compartió su idea de filmar un audiovisual documental sobre la historia de una chica de provincia que para sobrevivir tiene que emigrar sola a la ciudad, muy lejos de su tierra natal, de todo lo que tiene que experimentar a lo largo de los años y de su historia de superación y coraje.

-¿Qué te parece Teresa? ¿Te animás a ayudarme con esto? -pregunta Valeria.

-¿Pero yo que tendría que hacer? -requiere Teresa, que ya se puso colorada porque no le gusta para nada ser el centro de atención.

-Contestarme muy tranquilamente las preguntas que yo te haga, como si estuviéramos conversando acá en casa, mientras filmamos. Manuel me va a ayudar con la cámara y después vamos a editar todo y sólo cuando vos lo veas y estés de acuerdo, lo daremos por terminado -y agrega- También vamos a tomar algunas imágenes durante una clase de los sábados en la biblioteca, pero ahí va a hablar Manuel nada más, no te preocupes.

-Ay, si a ustedes les parece que lo puedo hacer, a mí me gustaría ayudarlos, son tan buenos conmigo...

-Pero tengo otra idea para proponerte: que hagamos juntas el viaje de vuelta a Tucumán, a Monteros y filmar todo, ¿qué te parece? Podrías encontrarte con tus hermanos, yo puedo buscar en las redes y tratar de ubicar a alguien de la familia ¿Cuánto hace que no ves a ninguno?

-Uf, más de cuarenta años, cuando me vine para acá. Recién ahora que aprendí un poco, les iba a pedir que me ayudaran a escribir una carta, ni sé cuál será la dirección donde viven, ni cómo estarán todos.

-Bueno, si me das permiso, yo me pongo en campaña. Tengo unos ahorros para que saquemos los boletos de tren.

-Nosotros podemos colaborar ¿verdad Charito? -dice enseguida Mario, que tiene los ojos empañados escuchando la propuesta de su hija.

-¡Por supuesto! -contesta Charo- con la única condición de que a la vuelta nos hagas unas empanadas tan ricas como éstas para que las prueben Malena y Miguel. No se pueden contar, hay que saborearlas.



Con la ayuda de la familia y el inapreciable sostén de Teresa, Charo pudo recuperarse más rápido de lo previsto, aunque para ella significó una eternidad. Todos le reconocieron que se portó bien y cumplió con los cuidados que le habían indicado. Las sesiones de rehabilitación fueron algo prácticamente mágico: el kinesiólogo y toda la nueva aparatología, hicieron que en poco tiempo pudiera caminar casi normalmente.

Mientras transcurrían los largos días de recuperación pudo disfrutar, desde un rincón como espectadora, las horas que dedicó Valeria a entrevistar a Teresa. Su hija había convertido la habitación de Malena, que ahora estaba casi vacía, en un estudio de televisión casero.

Manuel le dio una gran mano para preparar todo lo necesario. En una pared colocaron una tela verde bien grande para poder crear luego, al momento de la edición, un fondo digital con imágenes. Un silloncito para la entrevistada junto a una mesa ratona, dos pies con luces que Mario le había ayudado a armar y dos trípodes, uno para la filmadora de Valeria y otro para el celular de Manuel, que tenía una buena cámara, completaban el conjunto. En una mesita fuera de escena, él controlaba desde una computadora el sonido y la grabación de video.

Valeria redactó un guion, en el que fuera de cámara hacía preguntas como disparadores y luego Teresa comenzaba a hablar. Le había anticipado que no importaba cuántas veces se interrumpiera porque posteriormente ella podría recortar y pegar los distintos tramos de filmación a su gusto. Después de algún momento de nerviosismo al principio de cada sesión, se producía algo milagroso: la entrevistada parecía olvidarse de todo e iniciaba un relato a corazón abierto, en el que cabían todas las vivencias de su sacrificada existencia.

Luego llegó el momento del viaje y eso fue otra historia. Por primera vez en su vida, Teresa se tomó varios días de vacaciones. Nunca lo hubiera hecho sin la ayuda y el entusiasmo de esos chicos. Sus patrones no habían vuelto todavía de viaje, Charo ya estaba bien y podía arreglarse sola, Mabel -la mamá de Manuel- la empujó a que hiciera caso a su hijo sin chistar y después tenía horas sueltas en otras casas, que podría acomodar. No había excusas.

Valeria había podido comunicarse vía redes con una sobrina de Teresa, que vivía en San Miguel de Tucumán y que la puso al tanto de la actualidad familiar: sus abuelos -los padres de Teresa- habían fallecido hace ya tiempo y también el mayor de los hermanos varones, estaban los tres sepultados en el cementerio del pueblo. Marcela, que así se llamaba la sobrina, era hija del hermano del medio, que había quedado en Monteros junto con el menor de los tres y el resto de la familia.

Las dos mujeres tomaron el tren en Retiro rumbo al norte. El mismo recorrido que Teresa había hecho tantos años atrás, las llevó por un paisaje inverso de ríos, valles, sierras y montañas. Como lamentablemente el tendido ferroviario no había progresado en el país en todo ese tiempo, sino todo lo contrario, el Mitre ya no paraba en algunas estaciones de la provincia como en aquella época, por lo que tuvieron que viajar hasta San Miguel, donde estaría esperándolas Marcela y de allí tomar un ómnibus hasta Monteros.

Para Valeria, significaba la primera experiencia en el noroeste argentino y todo era descubrimiento y asombro. En su mochila llevaba las herramientas más preciadas para registrar todo lo que fuera sucediendo en el camino.

Ser testigo y también protagonista del encuentro de Teresa con su familia después de toda una vida le representó mucho más de lo que esperaba: disfrutaron de la hospitalidad con la que las recibió esa gente sencilla y cordial; gustaron de los sabrosos platos locales; admiraron el paisaje que los sobrinos de Teresa las llevaron a visitar y pudieron guardar en la memoria emociones, imágenes, rostros, historias y anécdotas que también quedarían grabadas en el corazón y que, en el caso de Valeria, marcarían su futuro próximo de joven cineasta.

## X.

*Mucho me falta para ser un verdadero padre de la patria,  
me contentaría con ser un buen hijo de ella.*

Manuel Belgrano

Es domingo y la primavera ya se adueña del patio explotando de fucsia rabioso la santa rita, mientras los agapantos insinúan sus yemas que puntualmente se convertirán en flor, para hacer honor a su apodo navideño.

Reina el silencio en el rincón umbrío donde Mario aprovecha la tarde para leer cómodamente apoltronado en el sillón mecedor donde antaño su madre se sentaba a tejer. Sólo el alarido agudo del benteveo o el canto dulce de algún zorzal enamorado, interrumpen de a ratos la calma chicha reinante.

El profesor de historia les propuso la lectura de un libro que después debatirán en clase. Por suerte, Mario pudo encontrarlo disponible en la biblioteca del barrio. Es una biografía de Manuel Belgrano que no puede parar de leer. No conocía las múltiples dotes del prócer, estudiado muchas veces livianamente, como si sólo hubiera creado la celeste y blanca, la del color del cielo, que ya de por sí es un mérito gigantesco.

En ese momento llega Malena a visitarlos, lo abraza, lo besa ruidosamente y se sienta a su lado:

-Hola pa, ¿qué estás leyendo tan enfrascado?

-Un libro de Belgrano que nos recomendó el profe de historia. La verdad, estoy asombrado de lo poco que conocía de él. Era un capo el tipo. No sólo iba a la guerra siendo abogado e intelectual, casi siempre enfermo, sino que además tenía unas ideas increíbles sobre todo tipo de temas: economía, educación, soberanía, derechos sociales. Lo más interesante es que está documentado con textos y cartas escritos por él.

-Qué bueno papi, es cierto que sabemos muy poco. Con todo lo que hizo, se dice que murió muy pobre. Una vez leí que la lápida la hicieron con la tapa de mármol de su mesa de luz porque no tenía un peso para que pudieran pagar un entierro.

-No llegué ahí todavía, pero mirá lo que decía de las mujeres y sus hijos, defendiendo el derecho de ellas a estudiar: *¿Qué ha de enseñarles si a ella nada le han enseñado? ¿Quién le dirá que las virtudes son la justicia, la verdad, la buena fe, la decencia, el espíritu...?* Y después habla, entre mil cosas, sobre la igualdad social, me marqué las páginas, escuchá: *Es muy difícil ser virtuoso en un país de muchos pobres y pocos ricos, la desigualdad excesiva de las fortunas dispone los ánimos a los crímenes y los ricos pervierten con el dinero de los pobres...*<sup>1</sup>

-Un iluminado...

-Hay más. Sobre la producción nacional, fijate lo que dice: *La transformación que se le da a la materia prima le da un valor excedente a la que tiene aquella en bruto, el cual puede quedar en poder de la Nación que la manufactura y mantener a las infinitas clases del Estado, lo que no se conseguirá si nos contentamos con vender, cambiar o permutar las materias primeras por las manufacturadas...* ¡Es como si lo estuviera diciendo hoy!

-Qué lindo papi que te entusiasme estudiar, ¿estás contento con tu nueva actividad?

-Estoy chocho nena, a veces me pierdo con algunas cosas, pero a la noche me pongo a hacer los deberes y tu mamá me da una mano cuando no entiendo algo. A veces buscamos en internet, porque ahí está todo, aunque hay que saber buscar y también saber interpretar.

-Ya te dije que me avises si necesitás ayuda...

-Justamente te lo iba a decir, tengo pronto los exámenes finales, parece mentira, pero ya estamos por terminar el cuatrimestre. Tengo una prueba de biología y hay que estudiar las enzimas, la verdad que no entiendo un pomo.

-Jaja no te hagas problema, diste con la persona indicada. Qué lindo mi papi, sos el mejor -responde Malena, orgullosa del tesón de su padre.

-Si me hubieras dicho hace un año que iba a estar haciendo esto, no te lo creería ni loco, Malenita, pero ahora lo disfruto mucho. Los profesores son gente de primera y como los que van a clase son personas que hacen un sacrificio o les

---

<sup>1</sup> El epígrafe y las citas de Manuel Belgrano fueron extraídas del libro “Manuel Belgrano – El hombre del bicentenario” de Felipe Pigna (2016)

roban tiempo a sus otras ocupaciones, o las dos cosas, quieren aprovechar ese rato al máximo para aprender, no van a paversear.

-Tal cual, papá. El saber es como una sana adicción que despierta nuestra curiosidad y a medida que se acumula, nos permite sentirnos seguros de nosotros mismos. La mente se te abre como un abanico y empezás a comprender e interesarte por muchas cuestiones que antes te pasaban por el costado.

-Sabias palabras, mi doctorcita.

Mario abraza a su hija y no entiende bien en qué momento se convirtió en esta mujer que lo llena de satisfacción.



El auditorio de la facultad está repleto. Varios alumnos y alumnas de la carrera de cine presentan su trabajo final, requisito indispensable para recibirse y obtener su título universitario de cineastas.

En la primera fila y apartados del público, dos hombres y una mujer completan el triunvirato de profesores que evaluarán las muestras. Tienen en su poder las entregas respectivas, que contienen el objetivo de cada proyecto, las justificaciones teóricas, las especificaciones técnicas y la estrategia narrativa. Antes de observar cada presentación audiovisual, califican el material físico después de un breve debate.

En las butacas restantes, familiares, amigos y compañeros entusiastas esperan, como en un recital lleno de fans, que llegue el momento de aplaudir y vivir a cada estudiante. A pesar de las advertencias de mantener el orden y el silencio, el murmullo va subiendo en decibeles durante la espera, hasta que la voz y el gesto con las dos manos para abajo del bedel, parado a un costado de la platea, los llama al orden.

En el escenario se ajustan los últimos detalles técnicos, que suelen deparar algún trago amargo en los momentos decisivos: la imagen no carga, la pantalla parpadea, el sonido no se escucha... Esta vez sin embargo todo parece marchar bajo control, para alivio de los expositores.

Valeria irá en tercer lugar. En la segunda fila, porque vinieron con tiempo de sobra, ya están instalados Mario, Charo, Malena y por supuesto, la protagonista principal: Teresa. Tiene tantos nervios como si tuviera que subir ella misma para actuar sobre el escenario. Valeria le mostró las secciones donde ella habla, para que diera su aprobación, pero no vio todavía el trabajo completo.

Los dos primeros audiovisuales resultan muy interesantes. Uno aborda el proceso de reciclado de residuos en el gran La Plata en todas sus etapas, haciendo hincapié en el cuidado del ambiente y el segundo realiza un seguimiento de los rastros masónicos en la ciudad, impresos desde su fundación en edificios y plazas, con testimonios de expertos en la materia.

Llega el turno de Valeria y ella, con mucha soltura, explica su trabajo y los fundamentos que la llevaron a elegir la temática principal. Luego comienza a proyectarse el video y enseguida la emoción sacude la segunda fila.

Sobre un fondo de montañas y selva, tomado desde la ventanilla de un colectivo que se acerca a Monteros, la voz profunda, ancestral, única y maravillosa de la tucumana Gladys Osorio Marta Haydée Mercedes Sosa Girón, la negra Sosa, la Marta, como le gustaba que le dijeran, tan argentina que nació un 9 de julio ahí nomás de la casa histórica, invadió la sala como el viento cálido que se cuela entre las cañas de azúcar:

*Y más dulce que tus guarapos<sup>2</sup>  
Son las niñas que hay en tu pueblo  
Sé que por tus venas de azúcar despierta  
Toda la alegría mi linda Monteros.*

Y se van sucediendo a las imágenes las palabras emocionadas de Teresa que cuenta con suave cadencia su vida, el reencuentro con su familia después de varias décadas, de muchos penares y de leguas infinitas, mientras el auditorio enmudece y varias lágrimas comienzan a correr. La voz de fondo de Valeria hace de puente entre los relatos y da un hilo conductor a la historia. Los aplausos finales y el diez con que lo califica el triunvirato, premian no sólo el contenido

---

<sup>2</sup> El guarapo es una bebida elaborada con el jugo de la caña de azúcar, obtenido al prensar la caña, fermentado o sin fermentar. Se bebe en el noroeste argentino, especialmente en épocas de zafra y de carnavales.

vibrante y testimonial del trabajo, sino también la creatividad de la fotografía, la calidad de la edición, la compaginación y la selección musical.

Las palabras de despedida del titular de la cátedra tocan los corazones de los nuevos profesionales, instándolos a defender siempre el valor artístico, testimonial y formativo de la tarea que van a emprender, sin olvidar nunca su paso por las aulas de la Universidad, que les permitió llegar hasta aquí y donde tienen las puertas abiertas desde ahora para devolver sus conocimientos.

Afuera estarán esperando harina y festejos para egresados y egresadas, pero esa ya es otra historia.



Todavía con el pecho conmovido por las alegrías de la recibida de Valeria, Charo y Mario llegan a su casa. Pocas cosas hacen más felices a padres y madres que ver a sus hijos realizar sus sueños. Es un sentimiento que llena el alma, mientras se los mira avanzar desde el costado del camino.

La luz del contestador está titilando. Todavía en esa casa, como en el negocio, se usa el teléfono fijo, ese aparato anacrónico para los jóvenes de hoy pero que subsiste en muchos lugares a pesar del paso de los años. Ciertamente es que muy pocas personas son las que todavía lo usan y generalmente cuando suena es para escuchar una voz metálica que pide opinión para una encuesta o vende alarmas hogareñas. Nadie quiere comprometerse con unas ni con otras, por lo tanto, la reacción inmediata generalmente es colgar.

Una de las personas de carne y hueso que usa el aparato de marra es Raquel, la mamá de Charo. Le encanta hablar por teléfono y puede pasar horas charlando con alguna amiga, por eso su cuenta es de las pocas que suele venir abultada. Especialmente porque habla por “larga distancia” con una amiga de toda la vida que vive en Ushuaia y no mide los minutos, por el contrario, se explaya como si la tuviera sentada a su lado, café de por medio. Pero hoy su mensaje no augura una charla divertida, más bien todo lo contrario:

-Hola Charito, ¿podrás venir? Me parece que me hicieron el cuento del tío.



Después de mascullar por lo bajo varias malas palabras, reacción poco frecuente en Charo que es toda una dama, Mario trata de tranquilizarla, aunque por dentro quisiera putear con ganas a su suegra:

-Tranquila Chari, capaz que no es nada grave, vamos que te acompaño.

-¿Pero a vos te parece? No puedo disfrutar como se debe un rato de alegría, parece que lo hiciera a propósito.

Y allá van los dos, a ver qué le pasó ahora a Raquel.

Cuando llegan, la mujer está con un ataque de nervios, tal vez un poco exagerado para evitar que la reten demasiado.

-¿Qué pasó mamá, me querés decir?

-Ay nena, me tocaron timbre, un muchacho muy bien arreglado y tan amable, vos vieras qué educadito, tenía un...

-¿Yyy? -la corta impaciente Charo.

-Me dijo que era amigo de mi nieta, compañero de la facultad ¿viste?

-¿De cuál nieta? ¿Te dijo el nombre?

-No, no, yo le dije seguro que era de Valerita porque la otra ya se recibió, le conté que mi nieta mayor era médica y que trabajaba...

-¡Ay Dios santo, no sigas! -la vuelve a cortar la hija- ¡Vos le dijiste el nombre mamá! Así se lo hacías bien fácil ¿y qué más te dijo?

Mario mira para otro lado porque ya no necesita escuchar el final.

-Y... me dijo que la nena necesitaba plata porque tenía que comprar unas cosas para la facultad y le daba vergüenza pedirles a ustedes porque ya se había gastado todo lo que le dieron.

-Y te acompañó adentro mientras buscabas la plata...

-Sí, ¿cómo sabías? Cuando abrí el cajoncito de las medias donde había guardado la jubilación, estaba al lado mío como una sombra y me manoteó todos los billetes. Ya no era más amable, vos vieras, me empujó contra la cama y se fue volando.

-¿Se golpeó, Raquel? -interviene Mario.

-No querido, por suerte no, pero me quedé sin un peso, sólo me resta lo que tengo en el monedero.

-¡Qué hijo de una gran...! -maldice el yerno, mientras le da un manotazo a la pared.

-Mamá, te dije mil veces que no traigas plata acá, hacés esas colas enormes en el banco cuando podrías usar la tarjeta. Además, ya te expliqué que no tenés que abrir si no es alguien conocido ¿cómo tengo que decírtelo?

-Bueno, pero era un muchachito y era amigo de Valeria...

-No mamá, no era ningún muchachito ni era amigo de tu nieta. ¡Es un ladrón y embaucador, mami! A partir de ahora, vas a usar la tarjeta o saco yo el dinero y te voy dando de a poco.

-No te enojés Charito, perdoname -Raquel baja los humos habituales y acata las órdenes de su hija- te prometo que voy a usar la tarjeta y que no voy a abrirle a nadie.

Charo le deja varios billetes sobre la mesa y cambiando el gesto abraza un rato largo a su madre que, después de todo, pasó un rato tan desagradable. Mientras, piensa con tristeza por qué tendrá que existir gente tan malvada que se aproveche de esa manera de la inocencia de una persona sola y mayor. Y tal vez comprende acabadamente por primera vez, que su madre está sola y que se puso mayor.



Llegó por fin el día del aniversario de la ciudad, el 19 de noviembre. Y como cayó martes y el lunes fue feriado nacional, todo el mundo tuvo un fin de semana largo para disfrutar.

Con la excusa muy merecida de festejar la recibida, Valeria y Manuel se fueron a Villa Gesell, aprovechando que la playa ya estaría apta para tomar sol y quizás hasta para arriesgarse a una entrada a las frías aguas atlánticas. Miguel llevó a Malena a Rauch, esta vez para conocer a la familia.

En estos días y siguiendo el ciclo milagroso de la naturaleza, los tilos de La Plata, que pueblan veredas y plazas, muestran sus copas redondas y verdes llenas de pimpollos bien gordos que en cualquier momento se abrirán y llenarán la ciudad del perfume que la hace inconfundible, para terminar cubriendo las calles con una sábana amarilla cuando llegue la hora de la despedida.

Como todos los años, la plaza Moreno es el centro de los festejos. Durante el día, puestos de artesanía y de comidas, juegos para los chicos y otras atracciones, convocan a una multitud y desde la tardecita se suceden bandas de música y efectos de luces láser y proyecciones sobre los edificios, que reemplazan a los antiguos fuegos artificiales muy atractivos, pero que generan trastornos en humanos y mascotas que habitan el corazón de la capital.

Por tradición desde que eran purretes, Mario y Charo van siempre a esta celebración. Junto con Laura y Adrián marchan a pie, recordando los paseos familiares de su niñez. Al regresar, es infaltable una parada en La Modelo, cervecería casi tan antigua como la ciudad, donde aún hoy los comensales siguen la vieja tradición de arrojar las cáscaras de maní al piso. Allí se imponen unas rabas con fritas y una fresca cerveza tirada para rematar el día de fiesta.

Todo anuncia que de a poco el año va tocando a su fin y una nueva página deberá pasar de derecha a izquierda en el libro inabarcable de la vida.



-¡¡Amigo Petrella como dice que le va!!

-Por fin, don Mario, no puedo creer que le pegó a mi apellido -saluda el cliente madrugador en este lunes gris de principios de diciembre.

Mario no le cuenta que estuvo practicando, pero además está eufórico a pesar de que el sol no se haya hecho presente. Es que el de ayer no fue un día cualquiera para él.

La mañana de domingo había amanecido soleada y como el almanaque decía 8 de diciembre, Charito ya tenía todo el arsenal navideño preparado, porque era día de armar el arbolito. Mientras él le cebaba unos mates, ella distribuía con cuidado los globos de colores entre las ramas del pino de plástico, que era bastante real a decir verdad y *made in china*, como es de imaginar.

Todavía conservaba alguno de los adornos de vidrio delgadísimo que eran de Carmen y ella guardaba con sumo cuidado en cajas rellenas de virutas de madera para que no se golpearan. Intercalaba esos con otros más modernos que había ido comprando.

-¿Te acordás Charito que cuando éramos chicos se ponían velitas encendidas en el árbol? Iban enganchadas sobre unos broches a las ramas, ¡qué peligro! Y el pino era de verdad, mi papá conseguía una rama grande en lo de un amigo que tenía un parque enorme y la colocaba en una maceta para que quedara firme y pareciera un arbolito. Me acuerdo hasta del perfume que largaba la resina.

-Ahora tienen luminarias led -acota Charo, mientras da el toque final poniendo una estrella de Belén llena de brillitos en la punta del árbol. Sólo le resta colocar las luces intermitentes y armar el pesebre- ¿Vas a la cancha hoy?

-Sí, ya quedamos con el Ruso y Pelusa, pasan por acá a buscarme y nos vamos a gamba -contesta Mario y sin querer se le dibuja una sonrisa en la cara, pensando en la tarde futbolera con sus amigos- Quedate tranquila que ya me pongo a hacer el tuco para los ravioles así comemos temprano, hay un par de planchas de verdura en el frízer. Somos nosotros dos nomás, las chicas ya tienen sus programas, les pregunté ayer.

-Y está muy bien -contesta Charo sin dejar de maniobrar con las luces- tienen que aprovechar el domingo para pasear, en la semana se les complica.

Mario asiente, aunque por adentro todavía le cuesta resignarse a que la mesa se achicó. Igual lo pasan muy bien con su mujer, a pesar de estar juntos hace tantos años, siempre tienen tema de conversación, comparten gustos y siguen riendo por las ocurrencias de cada uno. Piensa que eso debe ser el amor quizás.

-Yo me voy a la catedral porque es el día de la Virgen, a las cinco hay procesión y después misa -dice Charo, que no le falla nunca a la protectora.

-Rezá por nosotros por favor ¡creo que no nos salva nadie ya!

Mario lo dice en serio, la situación del Lobo no es la mejor ni mucho menos. Todavía no pudo ganar de local en el campeonato y está agarrado con alfileres en el fondo de la tabla por el descenso. En el medio de todo eso, el Diego renunció como entrenador, aunque por fortuna la dimisión sólo duró 48 horas, típico del diez. Así que hoy está entusiasmado por ver al DT, pero no se hace muchas ilusiones en cuanto al resultado.

-Mario, ya sabés bien que yo no rezo por partidos de fútbol. Con todo lo que le tengo que pedir y agradecer, mirá si le voy a estar tirando del manto a la Virgen por esas pavadas -le aclara Charo por si hiciera falta.

-Bueno, para vos son pavadas, para mí es una cuestión de vida o muerte, el corazón no me resiste, vieja.

Charo le hace una mueca y un gesto con la mano para abajo como diciendo que ni se molesta en contestarle. A ella el fútbol no le va ni le viene y la Madre es sagrada, en eso es intransigente.



-Ey don Mario, qué le pasó que se quedó tildado, como dicen los pibes ahora y no sé de dónde lo sacaron, debe ser eso de las redes, están todo el día dale que te dale con el telefonito, no saben hacer otra cosa -interviene Petrella y devuelve al carnicero a la realidad.

-Perdóneme hombre, ¡es que estaba con la cabeza en otro lado! -Mario hace como que no escucha una vez más las protestas recurrentes de su cliente y comienza a contarle todo lo que vivió en la tarde de ayer.

Pelusa y el Ruso habían llegado a la casa de Mario un rato después de que con Charo hubieran terminado de comer y limpiado la cocina. Se sumaron al cafecito que les convidó la dueña de casa y enseguida partieron los tres con las infaltables

casacas y banderas azules y blancas, cada uno con su gorro y un entusiasmo de sobra a cuesta.

Ya en la calle uno, se sumaron al desfile de hinchas que marchaban hacia el bosque, con varias horas de anticipación. La cuestión no es sólo el partido, lo que importa es la previa, los cantitos y todo el folclore necesario e imprescindible. Medio tiempo de caminata se emplea en saludar a amigos y bienhechores y la otra mitad en discutir sobre la formación del equipo y de lo patadura que es fulano o mengano.

Hoy les toca jugar con Central Córdoba de Santiago del Estero, que debe su nombre al importante y centenario ferrocarril de ese nombre -hoy un muy disminuido Belgrano Cargas-, que unía la ciudad de Córdoba con el norte argentino. La estación existe todavía en Santiago capital y el club de los “ferroviarios” como se los denomina, se ubica a pocas cuadras de allí.

Al llegar a la avenida principal del bosque, todo es una marea azul y blanca sólo interrumpida por los carritos de manzanas con pochoclo y los vendedores de globos. En el lago, unos pocos paseantes domingueros pedalean o reman en los clásicos y coloridos botes de alquiler.

Por fin llegan a la cancha y se ubican en su lugar de siempre, en la popular que da a las facultades de calle 60. A pesar de que falta mucho para que empiece el partido, la tribuna ya está por la mitad de su capacidad y los cantos comienzan a calentar la previa. Hombres y mujeres, muchos con chicos subidos sobre los hombros, saltan y ríen. Algunos han llevado pancartas con la cara redonda y sonriente de Maradona.

-¿Te acordás Rusito cuando veníamos a ver el partido de reserva? -pregunta Pelusa.

-¡Cómo no me voy a acordar! -coincide el Ruso- Qué lindo que era, veíamos jugar a las promesas que después debutaban en primera. Se armaban unos partidazos, ahora con eso de cuidar el césped le quitaron toda la gracia.

-Lo mismo que con los visitantes -agrega Mario-, ¡cómo nos cruzábamos con los cantitos! Era muy divertido, pero por culpa de cuatro locos violentos eso también se terminó. Se va perdiendo esa picardía, ahora lo único que importa es la televisión.

-Y la guita. Acordate lo que yo te digo -ahora es Pelusa el que sentencia- van a terminar matando el fúlbo, vas a ver.

La voz del estadio los saca de sus profundas reflexiones cuando anuncia las formaciones de los equipos entre vivas y chiflidos según el caso. Un rato después, un grito generalizado que parece un festejo de gol anuncia el momento más esperado: entra el Diego a la cancha y luego de saludar como un caballero al técnico rival, se acomoda en el banco local.

La algarabía se detiene cuando el equipo visitante a los diez minutos de comenzado el partido se pone 1 a 0 y la desazón invade el banco del Lobo. Pero el comienzo del segundo tiempo traerá de nuevo sonrisas, primero con el empate, más tarde porque Maradona terminó en el suelo queriendo festejar un gol fallido y finalmente con un merecido triunfo por 2 a 1, el primero de local desde la llegada de Diego.

Aunque a Charo no le guste, Mario está convencido de que el triunfo en el día de la Virgen no fue casualidad. Los tres amigos vuelven con las sonrisas anchas compartiendo la felicidad colectiva por las calles del regreso.

-¿Qué le parece Petrella? ¡Como para no estar contento hoy!

Como es de esperar de un contrera de ley, a Petrella no le gusta el fútbol. El piensa como Borges que *el fútbol es popular porque la estupidez es popular*, aunque al siempre casi premio Nobel se le puede perdonar ese concepto tan pueril, visto la pila de otras buenas frases que dejó.

-Mire, yo a Maradona no lo puedo ni ver. Con decirle que le tengo tanta bronca que hasta lo veía jugar mal, vea -dice Petrella, y eso lo pinta de cuerpo entero.

Mario no quiere contestarle para no empañar el buen humor que lo acompaña desde ayer, entonces para cambiar de tema y despachar rápido a su cliente, al mismo tiempo que pasa al vuelo la cuchilla por la chaira, lo apura:

-Bueno y al final ¿qué iba a llevar, hombre? Tanta charla, a ver si se hace el sota y se me va sin gastar nada...

## XI.

*Si querés hacer reír a Dios, contale tus planes.*

Proverbio popular

Mario se va hasta la ferretería de la esquina a comprar unas mechas para el taladro. Malena necesita colgar unos estantes en el departamento y mañana aprovechará la tarde de sábado para hacerlo y de paso disfrutar un rato de charla con su hija, a la que ahora ve con menos frecuencia.

Al entrar al local suenan de fondo unos tangazos en la radio del ferretero, que tiene clavado el dial en la frecuencia modulada de la 2x4. Como hay varias personas adelante, Mario se entretiene observando las interacciones de Julio y de su empleado con los clientes. Una señora que pide ese cosito que va adentro del placard, haciendo gestos incomprensibles con sus manos, un señor que quiere hacer una copia de la llave del garage de su casa, pero no trajo una original. Los comerciantes pacientemente van descifrando los pedidos, orientan a los despistados y dan consejos de todo tipo.

Por fin llega su turno y lo atiende Julio. Se conocen de años, los mismos que vienen compartiendo en el barrio sus respectivos comercios.

-¿Cómo va la vida Julio? ¿Luchando con la clientela? -saluda Mario y se acoda en el mostrador, aprovechando que no hay nadie detrás para ser atendido.

-Bien Mario, vos sabés como es esto, no te lo tengo que explicar. Pero uno se debe a su público, es nuestro pan de cada día y hay que cuidarlo.

-Ya tendrás un glosario de cosos y cositos célebres -se ríe Mario.

-Tendría que hacerlo, la verdad, son increíbles. Sabés que hoy vino un señor que necesitaba elegir colores de pintura, entonces le abro el muestrario para que elija y me dice: "Uy pero sabe qué pasa, yo soy daltónico". Me quise morir, quién mandó a ese pobre hombre a elegir colores, pensé para mis adentros.

Mario larga una de sus típicas carcajadas y envidia la paciencia inalterable de su vecino.

-Dame dos mechas del ocho para pared y seis tornillos con tarugos, Julito. Es para unos estantes y quiero que quede bien firme.

-Dos mechas del ooocho... ¿Qué más necesitabas? -pregunta Julio mientras envuelve el pedido en papel de diario, a la antigua.

-Dame por las dudas un pomo de pulpito, viste que siempre salta un poco el revoque.

Mientras tanto, le llama la atención una alcancía rudimentaria de cartón a un costado del mostrador:

“Colaborá con el muñeco de 66 y 115. Se quema a las 2 am”

-¿Ya están los pibes juntando plata para el muñeco de fin de año? Cada vez empiezan más temprano -observa Mario.

-Y si, ahora cuando terminan las clases ya se ponen en campaña, es una buena excusa para reunirse con los amigos del barrio. Yo siempre les regalo algunos litros de pintura que quedaron de rezago, para la pincelada final.

Ambos recuerdan muy bien cómo comenzó esta historia en los '50, en la esquina de 10 y 40, cuando se quemó el primer muñeco -un jugador de fútbol de Cambaceres, que ese año había salido campeón-. Con el tiempo se convirtió en una tradición popular que identifica a la ciudad: el 31 de diciembre, al marcar el reloj el comienzo de un nuevo año, se desata la quema por toda la ciudad, a distintos horarios, para que los vecinos puedan hacer el recorrido y no perderse los trabajos más vistosos antes de que ardan.

Mario le cuenta a Julio que su abuelo le hablaba de esa tradición que existía en Cádiz, pero que se realizaba en la noche de San Juan, para el 24 de junio. El propósito era el mismo: celebrar o denostar algún personaje que se había destacado ese año, por hacer el bien o por ser un cretino, según el caso. Servía también para hacer arder los malos tragos pasados y empezar de nuevo.

Este año, como era de imaginar, en el barrio El Mondongo el muñeco sería un Diego gigante.

-Y eso que ahora no permiten tanta pirotecnia -acota Julio-, menos mal porque ya se les iba la mano y en cualquier momento iba a haber un accidente feo.

-Claro, lo que importa es lo simbólico, que los jóvenes y no tanto compartan algo en el barrio y de paso se alejen por varios días de tanta pantalla -coincide Mario, mientras deja un buen billete en la alcancía.

-Y bueno, nos encontraremos esa noche quemando al Diego entonces -asegura Julio, otro tripero de ley.

-A ese lo contamos para el lado de los buenos -dice Mario, dando una palmada amistosa al ferretero y pegando media vuelta presuroso, porque con la charla ya se armó la cola de gente de nuevo.



¡Hola mami! ¿Cómo andás? -saluda Valeria entrando al comedor donde Charo está acomodando la ropa que estuvo secándose al sol.

Lo bueno del verano que se acerca es que todo se seca rápido, la casa está ventilada y no hay que ponerse un kilo de ropa para arrancar el día. Un vestidito o una bermuda y listo. Y a la noche, se puede tomar fresco en el patio mirando alguna de las pocas estrellas que se dejan ver en la ciudad.

-Bien nena, ¿qué andás haciendo tan temprano?

-¡Tengo las fotos de la recibida! -exclama Valeria, feliz.

La madre la mira esperando verla con un álbum de fotos en las manos, pero enseguida se da cuenta de su error.

-Seguro las tenés en el teléfono, entonces alcanzame los lentes porque no veo un corno. Que los anteojos de cerca, que los de lejos, es un incordio. Nunca te pongas vieja, nena.

-Ay mami, vos no sos vieja. ¿Por qué no te operás?

-No es tan grave hija, no te preocupes. De algo hay que quejarse siempre, si no, no seríamos humanos.

-Ahora te las abro en la compu así se ven más grandes -responde Valeria, siempre solícita.

Las dos disfrutaban mirando las fotografías de un día que quedará siempre entre sus recuerdos más preciados. Una con los profes, otra con la familia y también con Manuel, cuando todavía Valeria estaba presentable, después enchastrada y sonriente, con el consabido cartel de “Soy cineasta” que le hicieron sus amigas.

-Ya te las bajé en descargas así se las mostrarás después a papá. Sabés mami, estaba pensando, se acerca fin de año y seguro haremos algo acá en casa para el 31, ¿no?

-Seguro, sabés que a tu padre le gusta pasarlo en casa. Calculo que seremos nosotros y tu tía Laura y familia por ahora.

-Te quería decir dos cosas, una que le dije a Manuel que viniera ya que va a estar solo, porque los padres lo pasan en Valeria del Mar con unos amigos y el hermano se va al sur de campamento con su grupo de la facultad.

-Por supuesto lo contamos para ese día nena, ¿y la otra cosa?

-La otra cosa es que tenía ganas de invitarla a Teresa, que fue tan buena con nosotros. Yo sé que lo puede pasar con gente de su barrio, pero me gustaría tenerla acá ese día.

-Me parece una buenísima idea Valeria, qué mejor manera de agradecerle que poder compartir la mesa en un día tan especial. Decile que la esperamos con muchas ganas.

-Le pregunté a Male y me dijo que Miguel vendría también y con su nena, porque Marilina pasa Navidad con la madre y el fin de año con él.

-Qué buena noticia, me encanta poder tenerlos a todos en casa, podemos preparar algo lindo para ese día.

-Si mami, cuenten con nuestra ayuda.



Las fiestas de fin de año han ido transformándose a lo largo de los años. Como en todo orden de cosas, las costumbres van cambiando, las creencias y los mandatos, también. Ya no existe una regla tan rígida para determinar que el 24

lo pasamos en lo de tal, el 25 vienen a casa, el 31 en lo de tía fulana y el 1° en lo del último de la lista y con las pocas ganas que le restan de organizar algo.

En algunas familias, los encuentros forzados inclusive han significado que en esas ocasiones afloraran viejos rencores tribales, fogoneados por el clerico de antaño o el champán de nuestros días, que suelen nublar las mentes y destrabar pruritos que de la razón pasan a la acción.

Por otro lado y especialmente para año nuevo, muchos parten hoy en día a comenzar sus vacaciones, aprovechando los feriados que se suceden en esas fechas. Esta vez no era la excepción.

-Mario, estuve hablando con Valeria sobre la reunión del 31 -inicia la charla de sobremesa Charo- Ella viene con Manuel y Malena va a invitara a Miguel y la nena, que lo pasa con él.

-Qué buena noticia que me das. Bueno, voy a hacer un flor de asadito entonces, ya sabés que a mí no me gusta eso del vitel toné y el pionono, será muy romántica la herencia de los tanos pero a mí me gusta la carne bien argentina.

-Ya lo sé de memoria, no te preocupes. Eso sí, acordate de los vegetarianos.

-¡*Omá de mi arma!* -exclama Mario recordando una vieja expresión de su madre- No te preocupes, no me olvidaré de ellos.

-Por supuesto la cuento a mamá y Laura ya me confirmó que vienen los cuatro, ella va a preparar una ensalada de frutas gigante, de esas que te encantan a vos.

-Eso sí que me gusta, para bajar todas las calorías y la temperatura corporal. Y que le aflojen con turrone, confites y pan dulce que eso también es una costumbre importada y para comer en pleno invierno.

-Bueno, pero todo no les podés prohibir, a la gente le gusta, sobre todo a los golosos, como yo -se ríe Charo, que ama las cosas dulces.

-Ya que estamos, te digo algo -Mario la toma de la mano- tenemos que disfrutar esta posibilidad de reunirnos en casa, podemos preparar una linda mesa acá en la galería y me gustaría que sea larga. Estaba pensando, qué te parece si le decimos a Pelusa que está en banda, el solterón empedernido.

-Por supuesto, tenés que avisarle. Y si viene él ¿por qué no le decís al Ruso y a Mónica? Me habías contado que los hijos siempre se van de vacaciones para estas fechas.

-¡Tenés razón! Les voy a decir, espero que se sumen.

-Y me olvidé de decirte que Vale me preguntó si la podía invitar a Teresa, obvio le dije que sí.

-Buenísimo Chari, después haceme bien la lista así voy reservando mercadería de primera para ese día -Mario se pone feliz, le encanta la idea de terminar el año con toda la gente querida.



La lista de invitados para la cena de fin de año no terminaría ahí y finalmente la mesa sería bien larga, tal como era el anhelo de Mario. Una serie de eventos encadenados, como los que la vida suele preparar, hizo que se fueran sumando nuevos comensales a la celebración.

El amigo Petrella, jubilado como gerente de contaduría del banco de la provincia, había enviudado hacía unos pocos años y, teniendo en cuenta esa circunstancia, Mario era comprensivo con sus berrinches. El hombre era muy apegado a su mujer, por eso desde que ella no estaba se sentía muy solo y se le notaba. Tenía dos hijos, uno se había ido a vivir a España en alguna de las crisis pendulares del país y venía muy de vez en cuando de visita.

Les iba muy bien allá y muchas veces había querido enviarle un pasaje a su padre para que fuera a pasar algún tiempo en Barcelona donde residían, pero Augusto, que así se llamaba don Petrella en recuerdo del primer emperador romano, no quería saber nada con subirse a un avión y menos con cruzar el océano, ni aunque lo llevaran con la mejor excusa, como era la de visitar a los nietos. No había caso, se conformaba con verlos y hablarles por videollamada o alguna rara vez cuando venía toda la familia a Argentina.

El otro hijo vivía en La Plata, pero este año se iba a pasar fin de año con la familia a Mendoza, luego de aceptar la invitación de un colega de trabajo que tenía una

finca familiar en Maipú. Por lo tanto, Augusto estaría solo al momento de alzar las copas.

Le había hecho este comentario a Mario como al pasar, en alguna de sus charlas mañaneras. Y pasó un instante antes de que el carnicero lo invitara a pasar la velada con ellos. No fue fácil convencer al testadura de Petrella, pero después de un buen rato, terminó claudicando. Se ve que no le hacía ninguna gracia la idea de quedarse solo con sus recuerdos esa noche e irse a dormir a las nueve para no pensar en nada, si es que podía conciliar el sueño.

-¿Qué puedo traer Mario? -preguntó el emperador vernáculo.

-Mire, no traiga nada porque está todo previsto. Hagamos una cosa, se viene temprano ese día y mientras charlamos con unos verdes de por medio, me ayuda a salar la carne y después a cortar y servir. ¿Qué le parece?

-Bueno, le acepto, por lo menos puedo ser útil en algo -contestó Petrella, pensando para sus adentros que, aunque un poco contrera, este Mario era un gran tipo.



La puerta de la carnicería se abre y agita en el aire el arreglo de guirnaldas brillantes que instaló Charito en la vidriera.

Hola pibe, ¡feliz Navidad! -Mario le da un abrazo a Franco que acaba de llegar tarde, como de costumbre-. Hoy no te voy a retar porque estamos todavía con el clima navideño, ¿lo pasaste bien?

Charo, que se había instalado temprano en la caja y estaba ordenando el cajón de los recibos, también lo saludó afectuosamente. Ya se había convertido casi en un hijo más.

-Si, lo pasamos con mis tíos que vinieron de Corrientes. Es un hermano de mi mamá y la señora. Hacía un montón que no se veían. Ah, mi mamá me pidió que les agradeciera los pandulces que le mandaron de regalo, estaban muy ricos -contesta Franquito y es una rareza que emita una frase tan larga. Por lo general es muy callado y bastante tímido.

-Qué lindo que se hayan reencontrado -acota Charo, defensora número uno de los encuentros familiares.

-Mi tío la convenció a mamá de ir unos días a Esquina, ellos son de ahí. Vinieron en su camioneta así que la pueden llevar y después se vuelve en colectivo. Primero no quería, pero la convencí de que se fuera con mi hermanito y al final se decidió. Se van el fin de semana.

Mario ni lerdo ni perezoso saca cuentas y le pregunta:

-Decime nene, entonces no van a estar para año nuevo, ¿vos te quedás solo?

-Si, voy a ver si puedo arreglar con algún amigo.

-Bueno, vos hacé como quieras, ¿pero no te gustaría venir a comer un asado a casa el 31? Vamos a ser unos cuantos. Y después nos vamos a ver la quema del muñeco del Diego ¿Qué te parece? No te molesta ver al diez me imagino.

-Pero no don Mario, ¡el Diego es de todos! Gracias por la invitación, vengo seguro.

-Así me gusta Franquito y digo yo, ¿todavía le arrastrás el ala a esa chica que te gustaba? Podés traerla si querés.

-Yo te traduzco Franco, Mario quiere decir si seguís saliendo con tu noviecita -interviene Charo riendo.

-Si si, ya entendí. Marisa se llama y sí, seguimos saliendo -Franco se pone colorado- Bueno, le voy a preguntar, no sé si la dejarán los padres, yo les aviso.

Mario sonríe y le hace señas a Charo como si escribiera en el aire y ella comprende enseguida: tiene que corregir y aumentar la lista de invitados.



Miguel había pasado la Navidad en Rauch junto a su familia y extrañando. A Malena, porque estaba realmente enamorado y la distancia, a la vez de aumentar sus ganas de verla, era un obstáculo que no le permitía compartir con ella todo el tiempo que le gustaría.

Y también extrañando horrores a su nena que se fue en esos días con su madre a Mar del Plata a casa de unos tíos. Cada vez le costaba más estar separado de Marilina, máxime cuando su ex no hacía las cosas fáciles para los tres. Debía cumplir inflexiblemente las visitas programadas, aun cuando su hija tuviera ganas de quedarse con él un día más o cambiar alguna fecha.

No quería que la nena se convirtiera en un botín a repartir entre los adultos, por eso era tolerante al máximo con el régimen de visitas. Sólo esperaba el día en que su hija fuera un poco más grande y pudiera decidir por sí misma cuándo y con quién tenía ganas de estar.

Había deseado otro mundo para ella cuando decidieron tenerla y le partía el alma que no pudiera tener un hogar como el que soñaron al buscarla y que se desmoronó mucho más rápido de lo imaginado. Pero, como dice el tango, contra el destino nadie la talla y hay que aceptar lo que toca.

Todo esto va pensando Miguel mientras maneja su camioneta en una ruta que conoce de memoria, viajando hacia La Plata. Está llevando de pasajeros a Ramona, Ricardo y el pequeño Tomás, que tiene que hacer los controles de rutina. Como cumple sus nueve años el 30 de diciembre y ese día va a estar en la ciudad, están yendo los tres juntos para acompañarlo a soplar las velitas.

Tomás está bien, cumpliendo con su tratamiento a rajatabla. Tendrá que hacerlo toda su vida, pero lo importante es que han podido reducirle los inmunosupresores que previenen el rechazo del órgano y no presenta complicaciones. Recuperó peso y, pasado el verano y con todos los cuidados posibles, el próximo año podrá volver a la escuela.

Paran en una estación de servicio a cargar nafta y estirar las piernas. Miguel aprovecha para hacerle un llamado a Malena y la encuentra de visita en casa de los padres. Como siempre, Tomás quiere hablar con ella y le pide insistentemente que le pase el teléfono. El cariño es mutuo y Malena se pone feliz de escucharlo. El purrete, que es un libro abierto, la pone al tanto con detalle del motivo de su viaje, especialmente del festejo de su cumpleaños, al que la invita sin esperar siquiera la respuesta.

Cuando los viajeros continúan su camino, no saben todavía que en casa de los padres de Malena ya se han puesto al tanto de todo el programa familiar de los

rauchenses, ni que en la lista de la cena de fin de año ya hay tres lugares más asignados. Una propuesta que no podrán rechazar.



El último día del año amaneció gris y con una temperatura baja para la época. Mario, con su habitual optimismo, atendía el negocio confiado de que el tiempo iría mejorando al pasar las horas. En cualquier orden de la vida, trataba de alejar los malos augurios hasta último momento, es decir cuando la realidad contante y sonante no dejara dudas.

Años atrás, cuando las chicas salían de noche y tardaban demasiado, primero pensaba que no habían conseguido taxi, después que habían llevado primero a otras amigas o que habían decidido quedarse a dormir en la casa de una de ellas y en cualquier momento les avisaban. Cuando las horas pasaban, los argumentos se le acababan y no había noticias, ahí si se quedaba sin aliento y le dolía el pecho. Afortunadamente, nunca les había ocurrido nada malo, pero sus temores los pasaron como todos.

Ya había avisado a la clientela que la carnicería atendería hasta la una de la tarde. Quería tener suficiente tiempo para preparar tranquilamente los insumos del asado, como a él le gustaba hacer. Disfrutaba toda la previa tanto como el momento de servir a sus comensales. Con su arsenal de carnicero puesto a punto, comenzaba temprano a desgrasar la carne, marcar las costillas y limpiar las achuras.

Como habían acordado, Petrella se vino a media tarde para ayudarlo y aunque Mario podía arreglarse solo tranquilamente, le dio tarea al hombre para que se sintiera reconfortado.

Las chicas se encargaron de preparar la mesa bajo la galería, invadida por el perfume de jazmines que estaban en todo su esplendor. La tarde se había puesto cálida y despejada, como Mario había predicho, y auguraba una velada placentera.

Sobre dos largos tablones extendieron sendos manteles blancos que Charo conservaba impecables para las grandes ocasiones. Colgadas del alero del techo

que los protegería del rocío nocturno, colocaron luces de colores y sobre las mesas unos arreglos que confeccionaron con ramas de romero y globos navideños.

Mientras salaba el vacío, Petrella comentaba las noticias de último momento, como de costumbre:

-¿Se enteró Mario del virus ese que hay en China que es como de una gripe?

-Algo escuché, pero no presté mucha atención, siempre para esta época amenazan con alguna enfermedad desconocida y después no pasa nada -responde incrédulo el carnicero-, deben ser los laboratorios que siempre quieren enchufarnos algo nuevo y ganar billetes.

-Mmm no sé, me parece que esta vez viene en serio. Lo peor de todo es que se dice que lo contagió un animal raro de esos que compran los chinos en el mercado para comer. Leí que venden animales vivos, serpientes, un espanto.

-Y, no tienen las gloriosas vacas argentinas...

-Parece que el que contagia es un bicho con escamas que se llama pangolín y que se come mucho allá. El tema es que se alimenta de murciélagos, que son los que tienen el virus. Todo asqueroso -dice Augusto haciendo una mueca de repulsión.

-Espere que le preguntamos a mi hija a ver si sabe algo. Malenita, vení -Malena había estado escuchando la conversación y se acerca a la mesa donde están los dos hombres trabajando con la carne- ¿Sabés algo de ese virus chino?

-Todavía no hay mucha información científica disponible. Lo que sabemos en el hospital es que por ahora no está probado que el animal pueda transmitir el virus. Lo cierto es que hay un brote de neumonía en una ciudad de China y se está estudiando -responde Malena.

-Ve don Augusto, no hay que preocuparse al cuete, además por suerte acá estamos a muchos kilómetros, lejos de todo, para lo bueno y para lo malo. Me gusta llamarlo Augusto, así me hubiera ahorrado tantas confusiones. Lindo nombre che.

-A mis padres les gustaba la historia imperial aunque fueran más pobres que una laucha. Mis hermanos mayores se llamaban Adriano y Claudio, que en paz

descansen, pero Augusto fue el primer emperador romano -se da lustre Petrella, que no pierde oportunidad.

Se acerca Valeria con termo y mate para comenzar la primera rueda y luego se suma Charo que trae una bandeja con papas y berenjenas adobadas para los chicos. También agregó varias provoletas, que le gustan a todo el mundo. La tarea está encaminada.



Las luces se bambolean bajo el alero y los jazmines redoblan su esencia en la noche, que se puso agradable y regala algunas tímidas estrellas en el firmamento.

Mario se dio una ducha rápida para estar presentable a tiempo, mientras Augusto vigilaba el fuego concienzudamente. Valeria colocó el equipo de música cerca de la ventana y seleccionó una lista de clásicos de jazz a un volumen adecuado para que no molestara a los comensales.

De a poco llegan los invitados, regocijándose con el olorcito que emana del lado de la parrilla. Cada grupo aporta lo suyo. Laura trajo un recipiente gigante con la ensalada de frutas, Miguel y familia varias bebidas, Teresa -a pesar de la insistencia de Charo para que no trabajara ese día- vino temprano para preparar unas empanadas que servirían de entrada, Pelusa con el Ruso y señora compraron pandulces y turrone, y Raquel confituras, desobedeciendo la blanda negativa de Mario y sus argumentos calóricos.

Franquito pudo venir con su novia Marisa y anda orgulloso del brazo con ella. Tomás y Marilina enseguida se hacen amigos y comen rápido para poder jugar con los juguetes que les trajo Malena de cuando ella y su hermana eran chicas y Charo conserva prolijamente.

La comida se desarrolla en un clima divertido y afectuoso: bromas, anécdotas e historias de familia y amistad ruedan sobre la mesa. Mario y Charito en la cabecera miran satisfechos por la sintonía generada en la reunión, básicamente porque está allí toda su gente más querida. Ambos se toman de la mano bajo el

mantel para compartir esa corriente de cariño y ruegan para sus adentros que nada les quite esa alegría.

Cuando dan las doce, todos se estrechan en un carrusel de abrazos y besos a los que siguen los brindis y el tintineo de las copas que chocan como prenda de unión y buenos augurios. Aunque nada cambie al renovar el almanaque, el saludo del nuevo año acompaña la sensación de haber transcurrido un ciclo y de hacer un borrón y cuenta nueva para encarar el próximo.

Cuando terminan los intercambios, Mario golpea la copa reiteradamente con su cubierto para llamar la atención de todos los presentes y comienza a hablar:

-Mis queridos y queridas, como lo hacemos todos los años, aprovechamos esta ocasión para que quienes quieran puedan contar en voz alta sus deseos para este año 2020 que recién empieza.

-¡Manuel y yo queremos ir de campamento al sur para Semana Santa! -interviene enseguida Valeria, sin poder dominar su ansiedad.

-Si me permiten, mi deseo es que pueda reunirme con todos mis nietos para mi cumpleaños de 80 en junio -pide Petrella y casi no puede terminar la frase por la emoción.

-¡Pero si parece de 60! -comenta Raquel pícara- Yo solamente pido salud para este año, es lo que más me hace falta.

-Lo mismo pedimos para Tomás, que pueda empezar la escuela y esté sanito -dice Ramona y todos exclaman un ahhhh al unísono.

-Yo ya di los exámenes de tercer grado y pasé a cuarto, tía Malena me ayudó a estudiar. Me dijo que este año voy a jurar la bandera -responde el divino de Tomás, que sólo tiene ojos para “tía Malena”, en medio del aplauso general.

Pelusa espera que termine el bullicio y ruega:

-Por favor, lo único que quiero es que el Lobito no se vaya al descenso -el Ruso y Mario van a abrazarlo para reforzar el anhelo que comparten con su amigo.

-Quisiera que el fin de este año nos encuentre así de juntos otra vez, gracias hermanito por recibarnos con tanto cariño. ¡Salú cuñada! -agrega Laura. Siempre bromean con Charo en el momento de brindar juntas una vez más.

Se hace un silencio y como nadie más toma la palabra, Mario agrega:

-Mi deseo es que se cumplan los de todos ustedes, los que dijeron en vivas palabras y los que pronunciaron en su interior. Si eso pasa, significa que yo voy a ser el hombre más feliz del mundo.

Otro aplauso conmovido sigue a las palabras de Mario, que mira a su mujer. Pasándole un brazo sobre los hombros le pregunta: -¿Y vos Chari?

Su esposa respira hondo y con la voz algo cortada por la emoción, dice de un tirón:

-Yo aprendí que además de pedir, es necesario sobre todo agradecer. Entonces antes que nada agradezco infinitamente todas las cosas buenas que me ha dado la vida, empezando por mi familia, mi marido, mis hijas adoradas. También agradezco esta mesa que se nos regala hoy, porque no encontraría una mejor manera de comenzar este nuevo año que no fuera así, con la compañía de todos ustedes que son, ante todo, gente buena y generosa. Deseo principalmente eso, que haya más gente buena y generosa en este mundo y que, no importa lo que nos depare este 2020, lo enfrentemos con esas armas que nos sirven para todas las batallas.

-¡Esa es mi mami! -grita Valeria y salta de su silla. Mientras los invitados aplauden a la dueña de casa, ella cambia la música, sube el volumen e invita a todos a bailar.

La noche y el año recién comienzan y hay que disfrutarlos.

## Palabras finales

Agradezco al amable lector, a la amable lectora, por haber llegado hasta aquí dando sentido a estas páginas. La escritura comienza habitualmente con una idea apenas vislumbrada y va tomando forma mientras los personajes crecen y se desenvuelven dentro de la trama, yendo por vericuetos muchas veces impensados.

En este caso, quise compartir historias de personas comunes y no tanto, que nos atraviesan, muchas veces con situaciones similares, a todos los habitantes de una ciudad como la nuestra, La Plata, la de tilos y diagonales, que vio nacer a algunos y recibió hospitalaria a otras, como es mi caso.

Y especialmente quise reflejar la vida del barrio, que como en cualquier ciudad de nuestro país generoso, brinda sostén a sus vecinos a través de esa red invisible que lo envuelve y que lo conecta. Varias de las historias tienen origen en relatos escuchados o en experiencias propias, pero que pueden sucederle a cualquiera que se pierda en las veredas de no importa cual suburbio.

Como la de Favalaro, que está recreada casi fielmente a partir de la emotiva narración de uno de sus pacientes, al que le agradezco enormemente que haya aceptado compartirla. Lo mismo sucede con los diálogos en la carnicería o en la ferretería o nacidos al calor de las vivencias de un hinchado de fútbol cualquiera de la ciudad.

Hacia el final, quise revivir los momentos previos a una de las etapas más difíciles que nos tocó transitar como Humanidad, cuando no sospechábamos ni por asomo lo que vendría. Y, retomando la frase de nuestro ilustre vecino René: “La medicina sin humanismo no merece ser ejercida”, puedo decir sin temor a equivocarme que ella sintetiza el papel que cumplieron todos quienes entonces nos cuidaron sin descanso y con una dedicación admirable. Por siempre gracias.

Mi cariño infinito a mi esposo y a mis hijos que cada día me alientan a seguir.